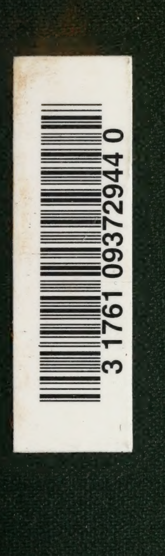

3 1761 09372944 0



SEPAN CUANTOS.....

COROZA CRÍTICA

PUESTA Á LA EXECRABLE EDICIÓN QUE DE LAS

OBRAS DE LOPE DE RUEDA

PERPETRÓ

DON EMILIO COTARELO Y MORI

ya del todo colocada en la picota después de la *SATISFACCIÓN Á LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,* que el mismo felibre tuvo la desgracia de concebir y dar á luz, por el Bachiller Alonso de San Martín.

En Madrid, en la Imprenta de Fortanet. 1910.



EX LIBRIS

Milton A. Buchanan
Madrid 1910

Regalo de D. Antonio Graiño.

colaboraba con Zorrilla su amigo Pujol.—
aprieta y otro más.

SEPAN CUANTOS.....

COROZA CRÍTICA

PUESTA Á LA EXECRABLE EDICIÓN QUE DE LAS

OBRAS DE LOPE DE RUEDA

PERPETRÓ

DON EMILIO COTARELO Y MORI

ya del todo colocada en la picota después de la *SATISFACCIÓN Á LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,* que el mismo felibre tuvo la desgracia de concebir y dar á luz, por el Bachiller Alonso de San Martín.

[Adolfo Bonilla y San Martín y Julio Puyol y Alonso]

En Madrid, en la Imprenta de Fortanet. 1910.



PROEMIO

Dos vecinos honrados de un lugar de Castilla la Vieja, entraron en la Casa del Concejo, y, al pisar el primer peldaño de la escalera, viéronse sorprendidos por un bulto que cayó desde el piso principal con grande estrépito y con tanta fortuna para ellos que de haber avanzado un paso más les hubiera derribado. Retrocedieron espantados, á tiempo de que el bulto, dando señales de vida animal, levantábase del suelo entre ayes y reniegos, y cuando se llegaron á él, advirtieron que era un convecino suyo, regidor, á quien preguntaron cuál fuese la ocasión que le había movido á bajar con priesa tan inusitada. Ha sido,—respondió el despeñado, tentándose las magulladuras—que esos ladrones de arriba (referíase á los otros regidores), sin más razón que la de no querer admitirme la cuenta de ciertas obrillas del Pósito, de las que yo estaba encargado, dijéronme que la cal y el yeso que en ellas se empleó eran de mala calidad, y las maderas podridas ó con carcoma, y los ladrillos de ripio, y que, con todo, yo lo que-

ría hacer pasar como nuevo: y así se alborotaron de tal manera que, amén de darme muchos pescozones y patadas, cada cual donde podía ó donde acertaba á dar, concluyeron por tirarme por la escalera, del modo que habéis visto. Pero, juro á Dios y á Santa María que nadie se ha reído en las barbas del hijo de mi madre, ni nadie hasta hoy me las mesó, y que de siete que quedan allá, los siete han de caer por esta misma escalera, porque me sobran redaños para ello y aun para muchísimo más: aguarden un poco y se convencerán de que no hablo á humo de pajas. No bien hubo acabado de pronunciar la fiera amenaza, comenzó á subir los peldaños con mayor ligereza de piernas de la que podría prometerse después de su forzado descendimiento, y, según subía, iba diciendo á los otros: ¡Siete han de ser, señores, los que caigan; siete han de ser! ¡Lleven cuenta! Poco más de un credo tardó en oirse rebullicio y estruendo de zalagarda, mezclado con el ruido de muchas voces y ternos de á libra, por lo que los dos vecinos se dieron á entender que el caído comenzaba á hacer de las suyas, y más se afirmaron en ello cuando vieron que un regidor bajaba haciendo volatines hasta dar con su cuerpo en tierra.—¡Uno!—dijeron los que esperaban, disponiéndose á llevar la cuenta de los seis restantes.—¡No hay uno que valga!—contestó el regidor, que era el mismo de antes.—¡No hay uno que valga, voto á Cristo, porque soy yo, que me han vuelto á tirar por la escalera abajo!

*
* *

Ved aquí, oh lectores, lo que le ha sucedido á Don Emilio Cotarelo y Mori, quien con motivo de su poco recomendable edición de las *Obras completas de Lope de Rueda*, pretendió hacer pasar por bueno todo el ripio y cascote que en ellas acertó á embutir, que fué mucho, y cobrar en auténticas pesetas alfonsíes sus terribles y truculentos comentarios, que, no por ser empachosos, dejan de ser infundados y execrables. Creyó, sin duda, el hidalgo que aquello iba á pasar inadvertido, dado el poco público que tienen en nuestra tierra las producciones eruditas, pero el Bachiller Alonso de San Martín le pescó con las manos en la masa, y, afeándole su proceder, le hizo rodar de cabeza. Levantóse el hombre, y, presumiendo de lo que no debe ni puede presumir, juró con gesto de matachín y aire de bravucón perdonavidas que había de pulverizar al Bachiller y arrojarle por la escalera; y cuando se esperaba ver al graduado caído y maltrecho, vióse que era el propio Mori el que volvía á rodar por los escalones, dejando en ellos, como testimonios de su marcha triunfal, pedazos de sus vestidos, jirones de su pelleja y tal cual trozo de cuero cabelludo, como podrá comprobar todo el que siga leyendo ú oyendo leer, si lo lee ú oye con atención.

Pero antes de que comience el solfeo, que va á ser

por todos los tonos del canto llano, haré algunas advertencias provechosas.

***

El Sr. Cotarelo ha contestado á mi *Silba de varia lección* en un folleto que titula *Satisfacción á la Real Academia Española y defensa del Vocabulario puesto á las obras de Lope de Rueda por Emilio Cotarelo y Mori, de la misma Academia.* Los que hayan leído la *Silba* dirán seguramente que lo mejor que podía haber hecho el Sr. Cotarelo era callarse la boca y enmendarse en lo sucesivo, pero que, de contestar á aquélla, estaba en el deber de irse al fondo del asunto y dejar á un lado otra clase de intereses que no fueran exclusivamente literarios. Yo creo á pies juntos que así lo entendió el Sr. Cotarelo, pero creo también que lo practicó con tan mala suerte y con tan adversa fortuna, que ha dado lugar á que murmuren los maliciosos y digan que el folleto citado es demostración palpable de que á su autor le importan un pito las cuestiones literarias y que lo que más le molestó de la *Silba* no fueron los silbidos ni los vayas que allí se le dieron por los muchos errores en que incurría, sino el cavilar que la zurribanda podría influir en el ánimo de la Academia para que ésta se tentase la ropa antes de encomendarle el *cuidado* de otra edición análoga; con lo cual pensó que desaparecían ó cuando menos que se hallaban en peligro de desvanecerse las esperanzas que de

beneficiar el filón á mansalva el glosista había concebido. Apoyan este juicio (que no vacilo un punto en calificar de temerario), diciendo que el folleto del Sr. Cotarelo no es una contestación al mío, sino una *satisfacción* (1) á la Real Academia Española, satisfacción que, por cierto, nadie le pidió, y claro es que *excusatio non petita*, etc.; añaden que, al escribirlo, no fué otro su deseo que el de *satisfacer* al mencionado Cuerpo, *á quien tanto ama y venera* (2) ni otro *su principal anhelo que el de ofrecer la vindicación á la Academia para que*, *en vista de ella*, *le siga considerando merecedor de la confianza que le otorgó* (3) *al concederle la honra de cuidar la edición de las obras de Lope de Rueda* (4); y dicen, por último, que el hecho de imprimir el folleto, no para sacarlo á luz en las librerías, sino para regalarlo á quien á él le convenga que lo lea, induce á sospechar que algo más que el interés literario le movió á escribirle. Aunque estas maledicencias parecen traer

---

(1) Portada del folleto.

(2) Pág. 4.

(3) ¿Sabe el Sr. Cotarelo lo que significa *otorgar*? Yo creo que no, porque si lo supiese no lo hubiera empleado en la acepción que lo emplea. *Otorgar* es condescender, consentir, conceder, y en cualquiera de estas tres acepciones resulta peor el sentido de la frase; «la confianza que me *condescendió* al concederme», «la confianza que me *consintió* al concederme», «la confianza que me *concedió* al concederme». De dislate ó de albarda sobre albarda no hay quien le libre.

(4) Pág. 84.

vislumbres de verosimilitud, repito que yo no les doy crédito alguno. El Sr. Cotarelo tiene su fama cimentada en roca viva y demostrados con exceso su desinterés y su amor purísimo á las Letras para que nadie que le conozca le crea capaz de hacerlas materia y ocasión de mercancía. Lo que hay es que *la negra* le persigue y que, siendo un altruista de cuerpo entero, tiene la desdicha de que siempre que intenta una obra en beneficio del común, le sale el tiro por la culata. Recuerdo muy bien que, cuando denunció á sus vecinos los Humbert, en aquellos momentos en que toda la prensa de Europa y América le ponía como hoja de perejil, publicando su retrato al lado del de los famosos aventureros, y en aquellos días en que las tiples y los tenores del género chico se permitían en los *couplets* hacer chistes y chirigotas á su costa, tuve que sostener, no una, sino muchas acaloradas discusiones con los que decían que el ilustre académico de la Española, al dar el soplo á la Policía, más bien que movido por los altos intereses de la Justicia lo fué por la gratificación ofrecida por el Gobierno francés; y recuerdo asímismo que tuve que reñir con un grande amigo mío que, dejándose arrastrar por la corriente del vulgo, atacaba al Sr. Cotarelo con tal saña, que llegó á pedir su cabeza, ó por lo menos parte de ella; y digo que reñí con él por creer entonces, como sigo creyendo ahora, que el acto del Sr. Cotarelo no fué una delación, en el bajo sentido que se da á esta palabra, sino un himno cantado en loor del cumpli-

plimiento espontáneo de los deberes cívicos. ¿Qué tenía que ver aquello con una delación, ni cómo podía hacerla el Sr. Cotarelo, que en uno de sus libros llamó *poco noble* al oficio de delator? (1).

*
* *

Pero, si nada hay que reprochar respecto del desinterés mostrado por el Sr. Cotarelo en su contestación, no puedo decir lo mismo, y me pesa, en lo que atañe al procedimiento que utiliza, pues se vale de algunas maturrangas que no pueden pasar por moneda corriente.

Aseguraba un maestro mío que la mejor prueba que un hombre puede dar de ser tonto de capirote, es suponer que todos los demás lo son, y aunque yo creo y sostengo que el Sr. Cotarelo no es tonto, digo que en esta ocasión ha procedido del mismo modo que si lo fuese, porque, juzgando tontos á los demás, declara con seriedad y aplomo dignos de un pontífice, que al hacer mi crítica sólo tuve razón en tres casos, y que, para eso, dos de ellos son errores materiales ó descuidos de pluma, y es el otro una errata de imprenta; dicho lo cual, se queda más fresco que una *vericunda* lechuga y prosigue tan campante su camino, bien como aquel que habiendo des-

(1) «... el famoso Rodrigo de Cota, que parece *había des»cendido al poco noble oficio de delator*», etc. Cotarelo: *Cancionero de Antón de Montoro* (Madrid, 1900, pág. XXII).

cargado su conciencia, nada tiene que temer de Dios ni de los hombres. Ya sé yo que los que conozcan mi *Silba* no dejarán de sonreirse ante alarde tal de sinceridad bonachona, pero, por si hubiere alguien dispuesto á dejarse dar gato por liebre, me propongo demostrar en las páginas que siguen que los errores cometidos por el Sr. Cotarelo fueron, no sólo más de tres, sino muchos más de los que hube de señalar en la *Silba*, y para ello comenzaré por contestar á las principales réplicas del Sr. Cotarelo. Digo á las principales y no á todas, por dos razones: la primera, porque así lo tengo por conveniente; la segunda, porque, de contestar á todo, sería preciso reproducir mi folleto anterior, y como esto no puede hacerse, me he visto en la necesidad de contentarme con elegir del de D. Emilio Cotarelo los dislates de mayor calibre; aun así, y á pesar de haberlos cribado con zaranda de garbanzos, temo que su cantidad supere á la paciencia del lector. De que no le contesté á todo, no podrá quejarse D. Emilio, ya que él hizo lo mismo conmigo; porque debe advertirse que aunque promete en su opúsculo que va á poner por el mismo orden que yo las coloqué las palabras en que combatí sus glosas y explicaciones, luego no cumple su promesa, pues de *ciento noventa y cuatro* voces que mi *Silba* contenía, el Sr. Cotarelo sólo contestó á *setenta y seis*, dejándose en el tintero las *ciento diez y ocho restantes*, que son, próximamente, las dos terceras partes del total. Después de esto, y para que el señor Cotarelo se convenza de que al Bachiller no le

duelen prendas, pondré, por vía de apéndice, un *Glosario* dividido en las ocho secciones que se expresan á continuación:

1.ª Voces que están en el *Diccionario* con la misma acepción que les da el Sr. Cotarelo.

2.ª Voces que incluye el Sr. Cotarelo sin necesidad alguna, por ser de todos conocida su significación.

3.ª Voces á que el Sr. Cotarelo da torcida interpretación ó con motivo de las cuales comete grave desliz su entendimiento.

4.ª Voces cuyo significado no explica el Sr. Cotarelo, no haciendo otra cosa que transcribirlas del texto al «glosario».

5.ª Voces cuyo significado se pone en duda.

6.ª Voces cuyo significado se ignora, según propia declaración.

7.ª Voces cuya significación da el Sr. Cotarelo sin más prueba que su honrada palabra.

8.ª Voces y locuciones notables que, estando en las obras de Lope de Rueda, no alcanzaron el honor de ser incluídas en el *Vocabulario* del Sr. Cotarelo.

Y luego, que juzgue el público y decida si los errores del Sr. Cotarelo fueron tres ó fueron tres mil.

***

Otra candidez en que incurre el Sr. Cotarelo, á fuerza de querer echárselas de listo, es la de pretender zafarse del asunto, para dejar al Bachiller frente á frente de la Academia Española.

Es triquiñuela muy usada por los chiquillos (y aun por algunos varones mayores de edad), cuando *tienen rabia* á otro, llevar la cizaña á un tercero á quien juzgan con más arrestos, para ver si éste muerde el cebo y, dando crédito al chisme, la emprende con el que estorba al chismosillo, proporcionándole de paso el piadoso gustazo de presenciar los toros desde la barrera, ó la varonil satisfacción de sacar la sardina del ascua con ajena mano. Que tales fueron los dulces designios del mancebo, descúbrelo á cada paso en las páginas de su folleto:

«...llévame á redactar la presente defensa el deseo de satisfacer á la Academia Española, á quien tanto mamo y venero, ya que por mi causa, ó con pretexto de maltraerme á mí, se la maltrata á ella» (1).

«Pero, ¿qué le habrá hecho la Academia á este Bachiller Alonso?» (2).

«...fuerza será concluir que sólo un impulso irresistible de *meterse* con la Academia, á la que zarandea á su gusto, pero con la misma razón que en todo, le movió á elegir una de las menos imperfectas de mis obras (3) *como tema fingido para el otro propósito* (4).

Este usadísimo recurso me trae á la memoria el conocido cuento de aquel Alcalde de Corte á quien

---

(1) Pág. 4.

(2) Pág. 11.

(3) ¡Cómo serán las demás, cielo santo, cuando el mismo autor confiesa que esta es una de las menos malas!

(4) Pág. 11.

cruzaron el rostro de una formidable bofetada, y yéndose á querellar al Rey, le dijo:—¿Es cierto, Señor, que las ofensas inferidas en la persona de un Alcalde de Vuestra Majestad han de entenderse inferidas á Vuestra Majestad misma?—Ciertamente es así, contestó el Rey. Entonces el Alcalde relató el caso muy por extenso, y concluyó diciendo:—Como ve Vuestra Majestad, Señor, han dado una bofetada á Vuestra Majestad en las mejillas de vuestro Alcalde. A lo que el Monarca repuso:—Pues hijo, lo siento mucho, pero ahí me las den todas.

Ahí me las den todas, dijo también la Academia, porque, en efecto, la Academia no hizo caso de Don Emilio á pesar de sus indirectas, antes bien, le dió á entender con su silencio que si le picaba y quería rascarse, tendría que hacerlo por su cuenta y poniendo sus uñas en funciones rascatorias. Es más; yo sé que los inquilinos de la docta Casa se han reído muy á su sabor del *chípiti chápete* que cayó sobre las espaldas del crítico, y que alguno de sus ilustres miembros, después de haber leído la «satisfacción» cotareliana, hubo de exclamar: ¡peor está que estaba! Sepa, no obstante, D. Emilio que cuando el Bachiller quiere hacer una cosa, ni hurta el cuerpo, ni necesita que le azucen, ni acostumbra á buscar por trochas y veredas lo que puede conseguir yendo por el camino real, ni *finge temas* para encubiertos propósitos, pues entiende que todas estas son artimañas de bellacos, y que traen no sé qué tufillo de cobardía que denigra y envilece á quien las usa. Si

con ocasión de las *Obras de Lope de Rueda* hablé de la Academia, fué debido á que esta cometió la ligereza de autorizar la edición, permitiendo que saliesen bajo su amparo y con su nombre las tremebundas pifias que señalé en mi *Silba* y las que voy á señalar ahora, las cuales nos ponen en ridículo ante España y ante el extranjero; pero conste que al empuñar la péñola no me movió á ello, como afirma D. Emilio, un impulso irresistible de meterme con la Academia y de zarandearla á mi gusto, porque si lo hubiera sentido lo hubiera hecho, sino un deseo incontrarrestable de meterme con el Sr. Cotarelo, de zarandear al Sr. Cotarelo, de silbar al Sr. Cotarelo, de silbarle, sí, con todas mis fuerzas, como ahora lo siento de seguir silbándole y como lo volveré á sentir tan pronto como sepa que ha hecho de las suyas en otra edición académica, porque pienso vivir prevenido y con el arma al brazo para darle el alto si otra vez intenta sorprendernos con entruchadas semejantes. No sé si me habré explicado con claridad.



En cuanto á la prosa del folleto, preciso es reconocer que es algo peor que la que el Sr. Cotarelo acostumbra á usar, cosa harto explicable si se tiene en cuenta que escribió muy de prisa su contestación, movido del natural y legítimo deseo de sincerarse lo antes que le fuese posible, y, de esta suerte, si es evidente que abundan los párrafos que no se entien-

den y tampoco escasean aquellos otros francamente mazorrales, debe achacarse á la causa mencionada, pero en modo alguno á que Don Emilio no sepa hacerlo algo mejor. Hay también defectos de sintaxis, entre los que sobresale, por lo ingente, la defensa de un *cuya*, del que si dije en mi *Silba* que valía un Potosí, digo ahora que, después de la defensa, vale todo el territorio del Perú; y se observan además faltas de ortografía, cuya insistencia aleja toda sospecha de errata, como probaré más adelante; pero, en fin, todo esto es de poco momento y no es lícito exigir que un hombre, aunque este hombre sea D. Emilio Cotarelo y Mori, sepa cuanto hay que saber en el mundo y esté exento de imperfecciones.

Pero si la prosa es tan medianeja como se ha dicho, en cambio el contenido del folleto es una verdadera maravilla, un alarde pasmoso de saber universal, hasta el punto de que bastaría esta obra para dar derecho al Sr. Cotarelo á figurar entre los grandes polígrafos españoles. Su léxico, copioso y pintoresco, ofrece los vocablos á montones; quiere decir, por ejemplo, que son fríos los chistes de la *Silba*, y aquí los llama *lapones*, allá *esquimales*, acullá *tiritones*, ahora *álgidos*, después *siberianos*, luego *nipones*, más tarde *cadavéricos;* quiere ponderar lo craso de una ignorancia, y la denomina *pindárica*, *homérica*, *esquílica* y *sofoclea;* quiere... pero ¿á qué seguir, si todas las páginas de la *Satisfacción* son prueba elocuentísima de mi aserto? No menos notable es el conocimiento de los idiomas de que da

repetidas muestras en su opúsculo, citando con asombrosa y no afectada facilidad frases como *muito contra a sua vontade* y *qui potest capere* (1) *capiat*, que proclaman á los cuatro vientos el dominio absoluto que tiene de las lenguas vivas y muertas. Sin embargo, la cualidad por la que más resplandece el autor en este folleto, con ser tan sobresalientes los méritos y excelencias que quedan apuntados, es por el ático gracejo de su pluma, no superado hasta hoy desde los tiempos del gran Quevedo, por el gallardo donaire de sus ocurrencias, por las sales peregrinas de su ingenio y por la fina agudeza de su sátira; recuérdese, si no, cuando con gracil intención y humorismo incomparable llama á mi «*Silba*» *tocata de silbato*, ó cuando me pregunta con felicísima frase si creí *que todo el monte era... bolarménico*, ó cuando atina con la palabra *Turronografía*, única para designar la ciencia ó disciplina que trata de los turrones, ó cuando con fisiológica propiedad, digna de un albeitar, llama *gaticida* á un capador de gatos, ó cuando hace aquel estupendo y memorable chiste, de sabor arcaico, es cierto, pero, chiste, al fin, á costa de las grandes orejas del que fué Presidente del Consejo de Ministros, Excmo. Sr. D. José de Posada Herrera (q. e. p. d.), condiscípulo del Sr. Cotarelo (2). Pero

---

(1) Por cierto, que sobra el acento que coloca en la *a* de *capere*, porque en latín no se acentúan los esdrújulos.

(2) Estudiaron juntos las primeras letras en la escuela parroquial de Pelúgano, según me han dicho.

cuando el escritor rinde la gracia á su talante y albedrío y la pone en el punto y cima que la gracia puede alcanzar, es al decir aquello de que «el Bachiller, *haciendo* de Don Hermógenes... etc.». ¿Qué pudiera decir más el mismo inventor de los chistes? ¡Miren qué misterio encierra aquella palabra *haciendo*, que á cualquiera que no fuese el Sr. Cotarelo le habría costado más de un mes de estudio! Digo que cuando se llega á este *haciendo*, no vale ni gravedad ni echárselas de serio, porque al leerlo los tristes secan sus lágrimas, los melancólicos sonríen, los circunspectos se alborozan, los alegres rompen en carcajadas y todos se complacen y dan señales de recibir contento y regocijo.

No vaya á suponerse que porque abunden los chistes carece el folleto de profundísima doctrina, expuesta en forma de sentencias ó aforismos hipocráticos, los cuales unas veces dan oportunidad para la sosegada meditación, como cuando dice que «una cosa es que una piedra afile las hachas y otra que sea la misma hacha» (1); otras presentan ocasión propicia para una serie de concatenados razonamientos, como cuando afirma que «si una palabra puede tener dos ó más significaciones, claro es que no podrá tener las opuestas» (2); otras inducen á la previsión y al cuidado, como cuando nota con insigne acierto, hijo de una larga y provechosa experiencia del mundo y de

(1) Pág. 15.
(2) Pág. 15.

los hombres, que «las bolsas siempre están descuidadas» (1), y otras, en fin, que mueven á meditar en la dolorosa desproporción que existe entre la magnitud de las humanas aspiraciones y la pequeñez de nuestras fuerzas, como cuando exclama: «¡Qué lástima que no se pueda capar el Diccionario!...» (2).

Sentencias y pensamientos como los transcritos se hallan sembrados á granel en todas las páginas del folleto, y no vacilo en asegurar que si con cuidado se recogiesen, clasificasen y ordenasen, pudiera formarse con ellos un verdadero cuerpo de doctrina y acaso, acaso, todo un sistema filosófico.



Diré, para terminar este proemio, que el Sr. Cotarelo no se limita en su folleto á la defensa, sino que, dando pruebas de un temple viril y de una poderosa acometividad, esgrime con formidable empuje las armas del ataque: su voz adquiere entonces los trágicos acentos de las trompetas de Jericó y truena con tan potente energía, que el ánimo más denodado se sobrecoge y aterra, sintiendo el pánico agorero, precursor de las grandes catástrofes. Yo me había propuesto imitar su estilo al contestarle; pero fué en vano, pues se repitió una vez más el caso narrado en la fábula del jilguerillo que quiso igualarse con el

(1) Pág. 72.
(2) Pág. 45.

buitre; por mucho que escribí y taché, torné á escribir y torné á tachar, no pude componer más que un solo párrafo que está muy lejos de ser modelo de perfección, digan lo que quieran algunos amigos complacientes que, después de haberlo leído y releído, haciendo de él muchas alabanzas y lisonjas, convinieron en que es imitación tan felicísima, que por el tono, conceptos, frases y palabras, más que de imitación, tiene las apariencias de una copia. El párrafo, que estaba destinado para el comienzo, decía de este modo:

«El Sr. Cotarelo, á quien juzgué hombre de más »pesquis, con esa honradez y lisura de que vino dan»do muestras en todas ocasiones, ha escrito un im»pertinente folleto, lleno de pedanterías dignas de »Don Hermógenes, en el cual folleto (1) se mete á »hablar de todo sin saber nada con fundamento, da »pruebas de no tener pizca de sentido común, se fija »en insignificantes descuidos de los que no haría caso »un crítico de buena fe ¡si será tonto el hombre! y »emplea una ruin y despreciable táctica polémica »que le da ocasión al criticastro para ensuciar el pa-

(1) El Sr. Cotarelo hubiera escrito «en *cuyo* folleto», porque después de haberle vapuleado en mi *Silba* por el mal empleo que hacía de aquel relativo, insiste en su error y tengo que vapulearle de nuevo, á ver si de una vez le meto en la mollera el valor de dicha palabra. Es ciertamente vergonzoso que tenga que aprender tales cosas todo un Académico de la Española.

»pel de ochenta y cinco páginas y zaherir algunos
»de mis libros, sin tener en cuenta que más honroso
»y digno que morder y babosear obras ajenas sería
»escribirlas propias, originales y felices: ¡qué desfa-
»chatez y cuánta ignorancia! ¡oh, crítico honrado!
»¡oh, buena fe, nobleza y sinceridad de crítico! ¿Cómo
»había de arreglárselas si no faltara á la verdad? En
»fin, allá se las haya, que yo no le alabo el gusto.
»Hay recursos en las polémicas literarias que sólo
»demuestran el paladar moral, grados de educación
»y medio social ordinario del que los emplea. Tengo
»por costumbre de autor la de contestar en lo que
»me concierne á las críticas literarias, porque de la
»controversia honrada y leal suele quedar gananciosa
»la verdad, pero sucede á veces que, no el deseo de
»lograr este fin, sino otros bastardos agentes, como
»la envidia, el ansia de notoriedad, una inclinación
»perversa ú otra mala pasión guían la pluma del crí-
»tico, escamoteando y suplantando los términos de la
»discusión, faltando sin empacho á la verdad, usan-
»do, en fin, de las artimañas que con tanta pericia
»urden los discutidores de mala fe, y entonces no
»quedan más que dos caminos: ó que un tribunal de
»honor imponga el debido castigo á quien así pro-
»cede ó si aquel tribunal no puede entender en el
»asunto, porque se trate de algún descalificado, to-
»marse la justicia por su mano en forma tan eficaz
»que sirva de escarmiento á estos rateros y estafa-
»dores literarios.»

Este era el párrafo, pero tuve que renunciar á seguir imitando el estilo, porque el grande esfuerzo que me costó escribir las líneas que anteceden no era para repetido, ya que no á todos nos es dado como al Sr. Cotarelo mantener constantemente nuestra pluma á tono de capilla; y así, hube de proseguir mi camino en lenguaje llano y corriente, que es el mismo con que le voy á decir al Sr. Cotarelo, porque le quiero bien, que pues es tan sesudo, procure reprimir las excitaciones de la ira á la que en muchas ocasiones da rienda suelta en el folleto, afeando con salpicaduras de cólera y de atrabilis el sereno clasicismo de sus páginas. Piense tambien en que las suaves advertencias y tranquilas amonestaciones que le he hecho y he de hacerle van á su provecho encaminadas, y así, cuando vea señalado por mí algún error de monta ó algún dislate de más de la marca (que será con frecuencia), no se enoje ni se irrite, antes bien, sienta el dolor de atrición, primero, el de contrición, después, y, haciendo firme propósito de la enmienda, pase valientemente, y lo antes posible, del propósito á las obras. Y sobre todo esto, yo le aconsejo que lleve siempre descubierta la intención y limpia de toda mácula de zancadilla ó de argucia, porque muchas veces peor que ser tonto es querer pasarse de listo, y el que lo intenta se pone en grave peligro de ganarse un vaya á perpetuidad, como el que se ganó Carriazo por emplear artimañas cazurrescas, vaya con el cual le cucaban los chiquillos por calles y por plazas hasta que lograron que fuese

la pesadilla y tormento de su vida, pues siendo ya viejo, según nos cuenta Cervantes, aún temía que cuando menos se catase había de remanecer en alguna sátira el famoso *¡daca la cola, asturiano!: ¡asturiano, daca la cola!*

Nabos, tronchos y badeas
que en aqueste sitio estáis,
tan largos, duros y feas,
y á las gentes recordáis
festejones y peleas;
todos podrán comprender,
al veros cubrir el suelo,
que, saliendo á contender,
aquí zurró el Bachiller
deslices de Cotarelo
y Mori.

Causaron los disparates
del glosador garrafal
gran tormenta de dislates
y esta lluvia torrencial
de pepinos y tomates.
No volverá á suceder,
gracias á quien tuvo celo,
pues, hasta más no poder,
aquí zurró el Bachiller
deslices de Cotarelo
y Mori.

Queriendo hacer un glosario
de palabras anticuadas,
nos largó un *Vocabulario*,
que más parece un rosario
de simplezas y porradas.
Vaya mondongo á vender
el autor del tal buñuelo,
ya que, á todo su placer,
aquí zurró el Bachiller
deslices de Cotarelo
y Mori.

SEQUITUR SIBILATIO

Aburro = (verbo) Entrego.

¡Bendito sea el poderoso Alá!, dice el Bachiller al comienzo de esta segunda somanta: ¡bendito sea Alá!, repite tres veces, y añade que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña al consabido hidalguete del *Glosario*, que ahora, más todavía que en su primer manteamiento, va á ofrecernos ocasión propicia de apreciar lo mucho á que alcanza su sabiduría, las innúmeras luces que natura pródiga encendió en su privilegiado intelecto y la brava resistencia de sus astúricas espaldas.

Y, tornando á anudar el hilo del cuento que se comenzó en la *Silba*, prosigo diciendo que después de haber escrito D. Emilio que *aburro* es *entrego* y replicádole yo que allí *aburrir* estaba en equivalencia de *aportar*, aún se obstina en la versión, jurando que no le apearán de su *aburro* frailes descalzos que viniesen á rogárselo.

Mire, D. Emilio, que me pesa mucho de tener que zurrar la badana á vmd. sobre los mismos cardenales, livores, ronchas y ampollas que le causaron y levantaron los pasados vergajazos, y que así le requiero, por última vez, para que responda si aún se emperra vmd. en que *aburrir* es *entregar*.

El hidalgo:—Sí me emperro, en *efeto*.

—Pues, amigo mío, replico yo, buen ánimo y no se extrañe del mal que pueda sobrevenirle por tamaña terquedad; prepare las costillas y manos á la obra.

Vuestra merced recordará que le dije que, según la Academia, la acepción del verbo *aburrir* que conviene al texto

de Rueda, no puede ser otra que la de «aventurar algún dinero... para lograr una ganancia». Apunte vmd. el significado y ahora *comportemos* los textos, como dice vmd. con frase académica, pero inaguantable, y veamos si se trata de una *entrega*, cual vmd. afirma, ó de una *apuesta*, como sostengo yo. Oído.

«Quiral... Pero, pues nuestra *contienda* más en obras que en palabras consiste, mira qué *premio* quieres que pongamos para que se lleve aquel que por *vencedor* de nuestra lucha quedare.

Burgato: ¿Qué? Una buena joya...

Quiral: Antes me parece que se pongan dos, *tú una* y *yo otra*, porque si yo ganare, *quede libre la mía y pueda gozar de la de mi contrario.*»

Hasta ahora, la acción presenta todo el *mecanismo* ó *economía* de una apuesta, como diría uno de esos niños *integrales* que, en viaje de novios, salen para el extranjero con pensiones del Estado. Adelante.

«Burgato: Y ¿qué cosa tienes tú, veamos, que sin vergüenza de quien después lo alcanzare á saber puedas tú *apostar...?*»

¡Hidalgo! ¿Oísteis? Me parece que ya ha salido el vocablo. Tenga vmd. mucho ojo, porque sospecho que viene *arrufaldado* contra vmd. Sigamos.

«Quiral: Pues... ves aquí este mi cayado... el cual de mi propia gana *aburro*...

Burgato... Pues ves aquí este mi vedijudo sombrero... Y aunque sé que en el *apostar* te tengo ventaja...»

¡Hidalgo, alerta! ¡Alerta! Que el vocablo ha vuelto á salir á dos pasos del *aburro*, lo que prueba que Lope usó las dos palabras como sinónimas. Y lo peor del caso es que este último texto lo citó vmd. sin caer en la cuenta y sin leer los antecedentes y los consiguientes. ¡Fíjese, caray, y no se haga el desentendido, que la cosa va con vmd!

«Quiral: Pues, sus... veremos quien queda vencedor.

Burgato: Espera, espera, que si no me engaño lo mejor y más principal nos falta.

QUIRAL: ¿Y cómo?

BURGATO: ¿... no ves, bobo... que falta la *tercera persona* para que sea entre nosotros dos por juez admitido?»

¡Ay, D. Emilio de mi alma! ¡No doy un cuarto por vuestra merced! El *mecanismo* de la *apuesta* sigue mostrándose á las claras, porque, en efecto, es costumbre en muchas de ellas someter el resultado á la apreciación de un tercero, en quien se depositan, para garantía del pago, las cantidades ú objetos apostados. Esta tercera persona es en la ocasión presente el pastor Aleto, de quien se diría que más bien que á ser juez de la contienda, ha salido á escena á administrar con la cayada un estacazo á vmd., porque después de departir con los dos rivales, y temiendo que la apuesta se convierta en pendencia, les dice:

«ALETO: ¡Tate, tate, pastores! Que no conviene en ley de amistad semejantes *apuestas,* sino tú, Quiral, toma tu cayado y tú, Burgato, tu sombrero...»

¡Don Emilio! ¡Don Emilio! ¡Que viene el vocablo por tercera vez y ahora esgrimiendo una tranca! ¡No se lo decía yo! ¡Corra, corra, que le pesca! ¡Corra, que le santigua! ¡Corra, que le va á hacer cisco!... ¡Cataplún! ¡¡Válgate Dios!! ¡Por huir del uno, tropezó en el otro y creo que se ha *desfocicado!*

—¿En qué tropezó el cuitadín?

—En un texto de Lucas Fernández que había *comportado*, á mayor abundamiento, para demostrar que *aburrir* es lo mismo que *entregar*.

—Y ¿cuál fué el texto?

—Este:

«PASTOR:

Daldo, daldo á prigonar,
y *aborrí* un maravedí.»

¡Demonio! ¡Pues se ha dejado los sesos en el condenado texto! ¡Pobre hombre! Y todo por sostener, como sostuvo, que el pastor *manda* al otro que *entregue* un maravedí al pregonero.

¡Lo veis, hidalgo! Apenas andada una página de vuestra desdichada *Satisfacción*, dísteis de bruces. ¿No reparásteis, cuerpo de tal, en que ni el pastor *manda*, SINO QUE ACONSEJA, ni el verbo *aborrir* es lo mismo que el verbo *aburrir*? (1).

¿No vísteis que *aborrir* significa en el texto de Rueda *aborrecer, despreciar*, ó *tener en menos*, acepción en la que se emplea todavía cuando se recomienda á uno que no sea tacaño y gaste el dinero en cosa que puede serle de más provecho que lo que importa el gasto que se hace en conseguirla? Si no os viera, hidalgo, tan maltrecho como os veo, que, más que para pláticas, estáis para bizmas y emplastos, os diría, como ejemplo, que cuando el pasado año me preguntaron si había leído vuestra edición de las *Obras completas de Lope de Rueda*, contesté: Yo no gasto los cuartos en los libros de D. Emilio; á lo que me replicó mi interlocutor: «pues debiera usted *aborrecer* seis pesetas y comprarlas, porque con ellas se llevaría usted á su casa diversión para cuatro años».

¡Y creo que va á ser verdad!

Adobar gorras.

Si tendrá buena fe el hidalgo, que, habiéndole dicho yo que erraba al escribir «debe de referirse á las de piel ó con felpa, que eran las que solían *propiamente* adobarse» (puesto que *adobar* tiene el sentido de «componer, aderezar», y tanto podían en tal concepto *adobarse* las gorras de piel, como las de cualquiera otra materia), ahora escribe muy satisfecho que «de los materiales empleados para hacer gorras, *sólo las pieles eran susceptibles de ser adobadas*».

¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

---

(1) El Diccionario trae el verbo *aborrir* y el verbo *aburrir* como dos verbos distintos, pero el Sr. Cotarelo, que lo ignoraba, creyó que el *aborrí* (ó aborrid) de Lucas Fernández era lo mismo que *aburrí* (ó aburrid), aunque dicho más rústicamente; prueba de que así lo entendió es que en ello se funda para decir que Lucas Fernández extrema más que Rueda el lenguaje rústico.

. . . .

Mas ¿qué veo? ¡Venid acá, gorronazo, academicastro, que vais á catar la de rengo!

—¿No decís ahora que «de los materiales empleados para hacer gorras, *sólo las pieles eran susceptibles de ser adobadas*»?

—Eso digo en la página 14 de mi *Satisfacción*.

—Pues entonces, ¿por qué diablos afirmásteis en el Glosario que las gorras de piel ó *con felpa*, «eran las que solían *propiamente* adobarse»?

—No entiendo.

—No me sorprende. ¡A ver, hidalgo, abra el *Diccionario!* ¿Qué dice ser *felpa*?

—«Tejido de seda, algodón, etc., que tiene pelo por el haz.»

—Luego vos, que afirmásteis que *propiamente* se adobaban las gorras con felpa (1), ahora lo negáis, asegurando que «sólo las pieles eran susceptibles de ser adobadas».

Voy creyendo que á vmd. también se le puede adobar con *felpa*, en la otra acepción que da el *Diccionario*, que tan bien decís conocer.

Podía ser *adobado* ¡oh señor de Mori!, cual vos, el mismísimo Leno, simple del *Colloquio de Tymbria*, como es de ver por la pág. 112 del tomo II.

Por último, ¡oh hidalgo! Si reconocéis que podía haber gorras *de paño* (cosa que no podéis negar sin dudar de la luz meridiana), ¿qué me contáis del siguiente texto de las Cortes de Jerez de 1268: «... pannos de duenna planos *syn adobo*, dose sueldos de pepiones; e con perfil e *con otro adobo*, vn mr.»?

Aguaceros torbellinos.

El Sr. Cotarelo, en un momento de deliquio estético, muy raro en él, cogió su ebúrnea *policorda* y dijo que lo que queda copiado era una «hermosa frase para denotar lluvias

---

(1) Se *adobaban* hasta las «mancebas de los clérigos», como puede ver vmd. en cierto *Ordenamiento* de Enrique II. (*Documentos del Archivo general de la villa de Madrid;* 1906; II, 42).

copiosas con *ventiscas* fuertes», á lo que yo hube de oponer que la significación que el Diccionario de la Academia da á la palabra *ventisca* es la de «borrasca de viento y nieve», significación que, por tanto, no conviene con la suya. El hidalgo se empeña, sin embargo, en que tijeretas han de ser y en que maldita de Dios la falta que hace la nieve para que se arme una ventisca de órdago. Con objeto de demostrar la *cadavérica* (1) aserción, expulga cuatro textos, que excepción hecha del de Covarrubias (2), el cual parece darle la razón en parte (en parte nada más), no sirven sino para poner en ridículo á quien los trajo á cuento. Cita el hidalgo un texto de Cervantes, en *Rinconete y Cortadillo*, que dice: «No lo dejaría de hacer si nevase ó ventiscase», palabras de las que, como verá cualquiera que no tenga completamente romo el entendimiento, se deduce que no siempre que nieva ventisca, pero en modo alguno que pueda haber ventisca sin nieve. El otro es un pasaje rebanado de las *Coplas de Mingo Revulgo*, que reza así:

Mira ora (3) qué fortuna
que ondea la laguna
sin que corran *ventisqueros*.

Pero, hombre de Dios! ¿Vmd. creyó que esos *ventisque-*

---

(1) El adjetivo *cadavérico* es usado con grandes tino y fortuna por el Sr. Cotarelo para denotar lo frío, lo tiritón, lo gélido, lo glacial, lo esquimal, lo nipón.

(2) «*Ventisca:* el viento revuelto, especialmente cuando viene con agua ó nieve». Claro es que no basta que lo diga Covarrubias para que sea exacto; pero, aparte de que Covarrubias no prescindió en absoluto de la *nieve* en la descripción de la *ventisca*, yo supongo, con algún fundamento, que la Academia no habrá necesitado que el señor Cotarelo descubriese el *Tesoro de la Lengua castellana* para tenerlo presente cuando definió la *ventisca*, y supongo también que tendría sus razones para separarse de la definición de Covarrubias al redactar el artículo correspondiente. De todos modos, esta pendencia debe ventilarla el Sr. Cotarelo con la Academia.

(3) El texto no dice *ora* sino *agora*.

ros están ahí como sinónimo de *ventiscas?* Ya sé que, según la Academia, ventisca es una equivalencia de ventisquero, (cosa que ahora no quiero discutir aunque me parezca un error del tamaño de la cúpula de San Pedro), pero el *ventisquero* de la copla se refiere á la masa de nieve ó hielo reunida en las alturas de los montes, masa que, al derretirse, aumenta el caudal de los ríos, torrentes, arroyos y lagunas; por eso, el poeta dijo: «sin que *corran* ventisqueros», pues las ventiscas no corren, y por eso, el interlocutor cree que es un beneficio que ondée la laguna (esto es, que tenga mucha agua, porque si tiene poca, no ondea), sin que la abundancia haya sido producida por los deshielos, en cuyo tiempo, si es cierto que hay mayor cantidad de agua, también lo es que es á costa de avenidas y desgracias (1). Puede también suceder que el autor de las *Coplas* quisiese indicar con la imagen que si en aquel tiempo, en que aún no habían co-

---

(1) Sé también que el Sr. Cotarelo, para apoyar su opinión, estaba, desde el Vocabulario, agazapado, sin decirlo, tras de las glosas que Hernando del Pulgar, primero, y Martínez de los Barros, después, pusieron á las citadas *Coplas*. ¡Hola, hola! ¿Esas tenemos, hidalgo?

Agachado estabais, conde,
y teneis mucha más traza
de home que aguardó jeringa,
que del que espera batalla.

Nada he de decir de las glosas de Martínez de los Barros, pues fué una especie de Cotarelo del siglo XVI que no hizo más que seguir servilmente en aquéllas las de Hernando del Pulgar; pero de éste, y con el respeto debido, afirmo que en su afán de buscar en las *Coplas de Mingo Revulgo* sentido más recóndito que el que realmente tienen, llegó á suponer que la *laguna* «se entiende por *la mar*» sin que haya nada que lo justifique, incurriendo en esta y otras muchas glosas en un defecto muy común en los buscadores de segundas intenciones, como les ha sucedido á los del *Quijote* que, partiendo de la base de que todo en él es figurado y alegórico, desprecian casi siempre la interpretación literal, única que debe darse en la mayor parte de los casos.

rrido los ventisqueros, estaba llena la laguna, era de temer que después sobreviniesen inundaciones terribles, aludiendo de esta suerte á las amenazas de tormenta que en el reino se observaban; pero resulta que, de todos modos, *ventisqueros* no está allí por *ventiscas.*

Y en cuanto á la cita del *Rebusco de voces castizas*, del P. Mir, que hace vmd. en la *adición*, fíjese vmd. en que no es de *ventisca*, ni de *ventisquero*, sino de *ventisquera*, que no es lo mismo. ¿No sabe leer vmd? ¿Tendré que ayudarle yo? Vaya; practiquemos una obra de misericordia; venga acá vuestra merced, hidalgo, y deletree conmigo:

—¿*V, e, n?*

—*Ven*

—¿*t, i, s?*

—*tis*

—¿*q, u, e?*

—*cue*

—¡Hidalgo, por Dios! ¡*q, u, e, que!*

—*que*

—Eso es; ¿*r, a?*

—*ra*

—Bueno; ahora junte vmd. las sílabas.

—*Ven... tis... cue... rra.*

—¡Hombre!... ¡Vaya vmd. mucho con Dios!

Pero, ¡oiga; espere un poco vmd! Vuelva vmd., que lo mejor se me olvidaba. Mire, D. Emilio; cuando vmd. quiera enflautar un par de citas, hágalo vmd. de esta guisa:

«Enharinando bigotes
y *ventiscando* de canas».

Quevedo, *Romances,* 532.

«recoger quieres la nieve
que tus edades *ventiscan*».

Quevedo, *Ib.*, 464.

Y ahora, corra vmd., que han dado las nueve y va á llegar tarde á la escuela.

Agua de fílibus terre.

No estéis medrosico, hidalgo, creyendo que bramo de cólera. ¿Cómo queréis que me encolerice cuando leo en vuestro Glosario, á propósito de la susodicha frase: «Quizá sea aguardiente»?

No, señor; no. ¿Cómo he de encolerizarme, cuando de sólo recordar la interpretación, sin tenerla delante, me tumbo de risa?

Pues ¡no digo nada al descubrir ahora, por contera, este profundo hallazgo de vuestra académica cholla!:

«Si una palabra puede tener dos ó más significaciones, claro es que no podrá tener las opuestas *ó incongruentes en relación* con ella.»

¡Discurrís como en Beni-bu-Gafar, hidalgo!

Pongamos un ejemplo: *Asno*, según la Academia, es un «animal solípedo, de cuatro á cinco pies (1) de altura; de color, por lo común, *ceniciento:* con las orejas *muy largas* y la extremidad de la cola poblada de cerdas. Se mantiene de hierbas y semillas (2) y es *muy sufrido*».

Pero *asno*, según la misma Academia, es también: «Persona ruda y de muy poco entendimiento.»

Asno tiene, pues, dos significaciones, justas y cabales.

¿Qué decís vos ahora?

—Que *asno* no puede tener las significaciones *incongruentes en relación* con el mencionado solípedo.

—Ponedme un ejemplo, que no entiendo ese galimatías.

—Así, *asno* no puede significar *buche.*

—¿Por qué?

—Porque *buche* es, según dije en mi *Glosario,* «estómago humano».

—Pero, venid acá; ¿no tenéis vos estómago, y, por lo tanto, *buche?*

---

(1) Si llegare á tener tres pies, ó cinco y medio, se acabó el *asno.*

(2) Alpiste y cañamones, por ejemplo.

—¡Ya lo creo!

—Nada, que no hay medio de que nos entendamos.

Aguzadera (Lengua de).

Para que el ilustre senado pueda apreciar la inmejorable calidad del protoplasma que empleó Jehová en la fabricación de la mollera del triste D. Emilio, quiero poner un ejemplo. Después de haber hecho constar en mi *Silba* que el Diccionario trae la acepción de *piedra aguzadera*, pregunté al hidalgo: «¿Y no será esa la que conviene al texto»?, agregando que «en mi pobre opinión, *lengua de aguzadera* »es como decir *lengua de hacha* ó cualquiera otra expresión »semejante, para denotar que uno tiene mala lengua». Pues bien, á estas humildes observaciones y viéndose acosado, contesta el reverendo con la siguiente pregunta, merecedora de ser enviada, con quien la hizo, á las regiones tartáreas:

«¿Cuándo ha sido la piedra de amolar hacha ni otro instrumento semejante?»

. . . .

Habrá habido en el mundo salidas de pie de banco; no digo que no; pero lo que es como esta, *¡piscis!*

¡Les parece á ustedes por dónde fué á tomar el hombre el argumento! Y no es que crea yo que se lo quiso echar de encima de cualquier manera y tirando por la calle de enmedio, no; es que después de haberse dado de calabazadas hasta media noche, lo entendió como lo dice y como lo demuestra con la pregunta, propia de un cabrerizo de Colunga.

Pero, hidalgo, ¡por Dios y por todos los Santos!

¿quién le mete á censurar
lo que no sabe leer?

Ajorman.

El protoerudito se permite también disimular la verdad y utilizar el *disimulo* en provecho propio, acción que no sé el nombre que tendrá en los Códigos de Moral que use el señor Cotarelo; pero, desde luego, descubre una garduñesca

habilidad para *trasponer* las palabras que nó le pertenecen. Ahí va la prueba. Dice el hidalgo en la pág. 18 de su *Satisfacción:*

«El impugnador *afirma* que la *j* que hay en la palabra es *errata...*»

Eso, en castellano, se llama pringarse, D. Emilio.

¿Dónde, cuándo y cómo afirmé yo tal cosa, seor académico? En ningún sitio, en ningún tiempo y de ningún modo, porque eso no lo he dicho yo; eso lo ha dicho vmd., sabiendo, por supuesto, que no era verdad lo que decía y con el piadoso objeto de embrollar el asunto y amañarse á su gusto la contestación. Lo que yo escribí fué esto otro:

«Sin duda, creyó vmd. que aquella *j* que trae la palabra era ortográfica y no prosódica, como lo es», *etc.* (1).

¿Qué les parece á ustedes el modo de pajear que tiene el ilustre trapero del Parnaso? ¿No es cierto que la treta es *fazaña* para ganar ejecutoria de nobleza?

¡Daca la *j*, asturiano! ¡Asturiano, daca la *j!*

Andenes.

Dice agora D. Zenón que, según el texto se *comporta* ó *compota*, *andenes* no pueden ser *andanzas*, sino *aventuras*, porque los personajes «no andan camino alguno, sino que todos están en la ciudad».

Infiérese de aquí, buen hidalgo, que cuando vos queréis *andar*, viviendo en Madrid, mientras no salgáis del casco de la población, hacéis cuenta que no os habéis movido un jeme.

¡Voto á tal, que estoy por encolerizarme con vos, á causa de vuestra crítica honradez! ¿Qué dice el *Diccionario* que son *andanzas?*

—«Casos ó sucesos».

Pues, ¡só académico!, ¿de dónde sacáis entonces que las *andanzas* de que yo hablo implican *paseos* por *caminos fuera de las ciudades?*

---

(1) *Vid. Silba de varia lección*, pág. 10.

¡Aprended, hombre, ese *Diccionario* que decís conocer y no conocéis! ¡Estudiáoslo, por amor de Dios!

Aporreaganaderos.

Inserto esta palabra, no para contestar á vuestras réplicas, sino para felicitaros *ex toto corde* por lo inspirado y lo mucho gracioso que anduvísteis al valeros, para aludir á Moisés, de aquel peregrino circunloquio que consistió en llamarle «el célebre legislador hebreo», lo cual demuestra una vez más vuestra copiosa y nunca igualada erudición, ora en materias profanas, ora en materias religiosas y lugares de la Santa Escritura. ¿Ve vmd. cómo no le escatimo el elogio cuando lo merece? ¿Ve, también, cómo para hacer gala del ingenio no es necesario andar á gatas á caza de libros ajenos? ¡Oh cuerpo de tal, y qué bien suena lo de *el célebre legislador hebreo!* Le ruego á vmd. que no crea que estas alabanzas van con segunda intención, pues como vmd. es tan susceptible y además las coge al vuelo, sería muy capaz de contestarme á este artículo diciendo: «¿Pero es posible que el Bachiller no »sepa que *Moisén* dió leyes al pueblo hebreo, y, por tanto, »no es ningún disparate llamarle legislador hebreo?» Porque, á lo mejor, vmd. las gasta así (1).

Apañar. Cubrir, como si fuera con un paño.

Recordarán los lectores de la *Silba* que en ella aseguré que la significación dada á la palabra *apañar* por el esclarecido mondatextos, era una de las mayores tonterías que había engaitado en su vida y aun de las más ingentes que se han proferido hasta hoy desde los tiempos memorables del bobo de Coria; pero el Sr. Cotarelo sostiene la bobada con un tesón digno de un guardia de orden público, en vista de lo cual, y confesando con toda franqueza que me ha infundido cierto temorcillo, opto por llevarle el humor é interpretar un texto de Lope de Rueda, aprovechando las cotas y

---

(1) Véase lo sucedido con la palabra *Tablilla*.

moniciones del crítico, para que vea que me ha convencido, que me paso á su campo y, sobre todo, que no quiero reñir con él.

En el *Deleitoso* (tomo II, pág. 149), hallo un pasaje que dice así:

«ALAMEDA: Bendita sea la madre que te parió, que tan bien te *apañas* á la sisa», *etc.*

Interpretatio secundum Cotarelum: «Bendita sea la madre que te parió que tan bien te cubres, *como si fuera con un paño,* á la sisa», *etc.*

¿Está vmd. contento, hidalgo?...

Si no lo está traeré á cuento un texto del *Primaleon* (edición de Medina del Campo, 1563; fol. 126 recto), que dice así:

«Y como el gigante vido que aquel cauallero assi se le defendia y tanto daño del recebia, por dos o tres vezes le quiso hechar los brazos por lo *apañar* entre ellos.»

Meta vdm. aquí el *paño* y afúfese inmediatamente, no sea que le dé por enfadarse al gigante.

Apuñeteamos.

Siento deciros, señor y dueño mío, que no me habéis entendido, que no me entendéis, que no me entenderéis en vuestra efímera existencia. Y no os lo explico, porque no me entenderíais tampoco.

Pues ¿no me pregunta el bienaventurado que *en qué pecó al decir que* APUÑETEAMOS *es «darse de puñadas»*, y no «darse de puñetes»?

En nada grave, hermano; en nada grave. Me da lo mismo que vmd. vaya á una ó á otra acepción.

Arguye.

El bueno de D. Emilio se enfurruña porque no le digo lo que significa *arguye* en el texto que *comporta.*

—Pero, ¿no lo sabéis, hidalgo?

—«Del pasaje no se deduce la significación exacta de la palabra, aunque sí que *no conviene con ninguna* de las que el *Dicc.* le asigna» (pág. 21).

—¡Santos Cielos! ¿Tampoco entendéis al *Dicc.*?... ¿Qué dice el texto?

—«Agora no creais sino el que á riedro vaya, ordena unas cosas que no puede (1) entender dónde diabros las añazga ó las arguye.»

—Veamos el *Dicc.*

—Ya lo he visto.

—¡¡Veamos, digo!!

—«*Argüir*... Deducir, inferir consecuencias ó razones en apoyo de alguna cosa.»

—Basta. ¿Cómo se llama esa operación del entendimiento?

—No sé, y si me lo decís, os llamaré D. Hermógenes.

—Pues, no os lo diré.

—¡Sí, sí! ¡Decidlo, por favor!

—Se llama *discurrir*. Y ahora sacad la consecuencia, si podéis, que lo dudo mucho.

Armar.

Os habéis cogido los *artejos* («falanges de las manos», según vos) entre las dos mitades del *Diccionario* académico.

Et probo. Decís que nadie escribiría: *armar mal* una cosa, «sino que, queriendo emplear la forma negativa, se expresaría así: *no le arma bien.*»

Pero, á renglón seguido, os acogéis al *Dicc.*, según el cual (vos diríais: *según cuyo Dicc.)*, *armar* equivale á *sentar bien.*

Pues, si eso creéis, oh, Sr. de Mori, ¿porqué decís que para emplear la forma negativa, escribiríamos: *no le arma bien*?

No, hombre, no; en tal supuesto, deberíamos escribir: *no le arma*, ó no hay académicos en el mundo.

Porque si decís: *no le arma bien*, yo tendré derecho á escribir: *no le arma mal*... un becoquín *de orejas* á D. Emilio.

---

(1) «Puedo», hidalgo. ¡No cometáis erratas, que *comportáis* mal!

Asombrase.

Dije, y repito, que *asombrase* es *asombrase*, y no *amedrentase*, porque todo el mundo sabe lo que es *asombrarse*, ya en el sentido de *espantarse*, ya en el de *admirarse*.

Y añado ahora, Sr. de Mori, que la misma significación tiene *asombrarse*, tratándose del *espanto* de vmd. ó de una persona cualquiera, que del *espanto* de un caballo ó jaco. Y, si no, *arguya* vmd. y señale la diferencia.

Becoquín = Papalina ó gorro que cubre las orejas.

Becoquín de orejas = Lo mismo que el anterior.

Así hablaba Zarathustra.

Es decir; así hablaba D. Emilio en el *Vocabulario* que tantos trasudores le cuesta.

Yo observé en mi *Silba* que aquellas significaciones no podían por menos de ser erróneas, fundándome para ello en que si no hubiera diferencia entre *becoquín*, á secas, y *becoquín de orejas*, sobraba esta última determinación. Bueno; pues esto que se le ocurre á cualquiera que no tenga los sesos en escabeche, no se le ocurrió al nieto de Don Pelayo, y lo peor es que, después de habérselo hecho notar, insiste en que aquellos becoquines eran un solo becoquín. ¡Qué se le va á hacer! Por este empecatado sistema, si el Sr. Cotarelo llega á encontrarse con la palabra *sombrero* y se le antoja glosarla, hubiera escrito:

Sombrero: Prenda que sirve para cubrir la cabeza, etc.

Y si después se hubiera topado con las palabras *sombrero de copa*, hubiera glosado:

Sombrero de copa: Lo mismo que el anterior.

Él es así; en cuanto atisba un dislate, se echa el arma á la cara y ¡pum! No hay cuidado de que yerre el carabinazo. Es un Nembrot en tal género de caza.

Pero, no es esta la más negra, sino que el becoquín dichoso le da ocasión al gentilhombre para embadurnar nada menos que seis páginas de una prosa nutritiva, si, pero de tan bellaca y grasienta catadura, que las páginas dichas de

suso causan un efecto muy parecido al que produce la contemplación de una de aquellas cazuelas de *fabes con morciella* que venden en el *Fontán*, de Oviedo. El hidalgo, sin embargo, la despacha íntegra, engullendo bocados como nudos de suelta; echa después un buen tragazo de sidra y dejando á un lado el *becoquín*, toma la *papalina*, comenzando un divertido monólogo, sobre si es *papalina*, *popelina* ó *papelina*, en el que á fuerza de repetir el *papa*, *pope*, *pape*, parece que se le traba la lengua. En fin; cuando ya está asomado á la erudición, le ocurre lo que era de esperar, á saber que quiere armar camorra y la toma conmigo, no más que porque dije que la urdimbre de la papalina era de seda, y la trama, de lana, tras de lo cual me desafía á que «coja cualquier *Enciclopedia* y me entere de que la papalina era una tela de *dos clases de seda*, una basta y otra mejor» (¡qué modo de hablar, carape!). Vaya; pues envaine, seor Carranza, porque voy á darle gusto. No soy tan aficionado como otros á entrar á saco por el fértil campo de las *enciclopedias* ni á vendimiar en ajenas viñas, pero, por una vez y para evitar tremolinas, quiero seguir el consejo del erudito; y, así, tomo el *Dictionnaire Encyclopédique illustré* de *Armand Colin*, que es la enciclopedia que encuentro más á mano, y en la pág. 756, 3.ª columna, línea primera, leo: «POPELINE, *Etoffe unie dont la chaine est de soie et la trame de laine.*»

Ya estáis complacido, hidalgo (1).

En lo referente á los orígenes de la *papalina* que coge vuestra merced por su cuenta para dar una ingente y sastreril tabarra al lector en las páginas 28 á 30, voy á decirle á vuestra merced lo que sigue:

---

(1) Lo de *La Bicoque* y la *Bicoca* es una materia muy apropiada para la complexión intelectual del Sr. Cotarelo, y lo del francés (á quien alude dos ó tres veces en su folleto) diría que era una *falsedad*, si no fuese más exacto decir que es un *chisme*, y como es más exacto, aunque sea más parecido á los usos de las comadres decir esto último, lo digo. Ese francés á quien vmd. se refiere, mi señor D. Emilio, vale así como unos cien millones de veces más que vmd. y ha hecho

1.° Que *papalina* viene de *popeline*, como dije en la *Silba*, y como vmd. confiesa, después de negarlo, reconociendo la influencia francesa en ese nombre.

2.° Que la palabra *papeline*, para expresar la clase de tela á que me refiero en el texto, se dijo en España, en el siglo XIII, «*papelinga*», y lo pruebo con los siguientes párrafos del Ordenamiento de Jerez de la era 1306 (año 1268; edición de la R. Academia de la Historia):

«... la vara de los pannos de Papelingas, la vara del mejor seys sueldos de dineros alfonsis.»

«... la vara del mejor panno de Papelingas, çinco sueldos de dineros alfonsis.»

«..., panno de Papelingas la vara del mejor çinco sueldos e medio de dineros alfonsis.»

3.° Que, viniese ó no por conducto francés, *Popelinga* es nombre de ciudad, como los de *Brujas*, *Ypre*, *Gante*, *Canbray*, *Lilia* y otros muchos que se mencionan *en el citado Ordenamiento*, y que esa ciudad es, según todas las probabilidades, la de Poperinghe, situada en la parte occidental de Flandes, no lejos de Yprès.

4.° Que, como ve vmd., el sentido propio y originario de *papalina*, *papelina* ó *papelinga*, nada tiene que ver con el de *becoquín*.

5.° Que decir, como copia vmd., que *papalina* se llamó al «gorro que usaba el Papa», ó que se empleaba «especialmente en las ropas de los Papas», es lo mismo que asegurar (guiándose por el moco-suena) que *papamoscas* se llamaba á las moscas que picaban al Sumo Pontífice, ó que *papahigo*

---

por las Letras españolas más que vmd. ha hecho en toda su vida y podrá seguir haciendo en el tiempo que le queda de ella y podría hacer en doscientos ó trescientos años que vmd. viviese. Además, tenga entendido vmd. que ni el Bachiller se deja soplar palabras al oído, ni el francés acostumbra á soplarlas (¿cree usted que todos son *soplones?*), ni aunque las soplase serían *pérfidas*, como vmd. afirma, porque se trata de un perfecto caballero, cosa que vuestra merced no es quien se atrevería á negar si llegase la ocasión.

era «una especie de higo que solían comer los Vicarios de Cristo.»

Con lo cual repito lo de la *Silba:* ¡Tome vmd. erudición, y busque esos datos en alguno de los *Diccionarios* que tan porramente maneja, á ver si los halla!

Besamanos.

Dijo el Licenciado Jáquima (en cuyo lugar se coloca don Emilio en la pág. 34 de su nuevo *Argamandel)* que *Besamanos* eran: «cumplimientos, recuerdos, memorias». Y yo le advertí que *Besamanos* eran... *Besamanos*, sin que fuesen menester más declaraciones.

Ahora intenta demostrar que acertó en la explicación. ¡Pero, bobín! *Besamanos*... ¿dejarán de ser *Besamanos?*

Bolarménico.

SEGUNDA PARTE
del «Entremés famoso»
así rotulado.

Hablan en él las personas siguientes:

COTARELU, *académico.*—El DR. ANDRÉS DE LAGUNA, *médico.*

ESCENA I

Sale Cotarelu, académico, con medalla de peltre y gorro de cascabeles; la una mano metida en la faltriquera; la otra enarbolando, con muestras de grandísimo gozo, un gran librote.

Cotarelu. ¡Acerté! ¡Acerté! *Bolarménico* «son dos palabras», como *Torobisco* son otras dos: *toro* + *bizco.* Además, *bolarménico* era una «tierra traída de Armenia»...

ESCENA II

COTARELU, y el DR. LAGUNA, con guantes y estaca.

Dr. Laguna. ¿Ahí estáis de nuevo?

Cotarelu. Sí, señor, sí, porque he adquirido un ejemplar de vuestro *Dioscórides* de 1555, que buenas doblas me ha costado...

Dr. Laguna. ¿A vos? Mucho lo dudo.

Cotarelu. A mí, sí señor. Y en él he visto que os contradecís.

Dr. Laguna. ¡¡Mori!!

Cotarelu. En la página 209 decís textualmente: «bolo Arménico.»

Dr. Laguna. ¿Y qué?

Cotarelu. ¡¡Que son dos palabras!!

Dr. Laguna. ¡Bueno! Ya os dije la otra vez que, en latín bárbaro, quizá, y que de todos modos no valía la pena de armar tanto *alborote* por ese descubrimiento. Pero, seguid hojeando: ¿qué digo en la página 542 de esa edición?

Cotarelu. Que la *Rubrica Sinópica* es «el vulgar y vil Bolarménico.»

Dr. Laguna. Y ¿qué dice vuestro ayo Covarrubias al folio 100 v. de su edición de 1674?

Cotarelu. *¡Bolarménico!*

Dr. Laguna. Luego ya veis que en castellano, como pudiérais haber observado en Lope de Rueda, si hiciéseis funcionar la cholla, es *una* palabra.

Cotarelu. ¡Pero vos decís que «el vero Bolo se halla» en Armenia!

Dr. Laguna. (Fuera de sí.) ¡El *vero bolo* sois vos! ¿Acaso imagináis que el *bolarménico* (que así, en una palabra, os tengo dicho que es *cosa vulgar y vil)*, de que habla Lope de Rueda, se lo traían *de Armenia* al boticario de Paulilla? ¡Vive Dios que me la habéis de pagar! *(Dale con la estaca hasta romperla, tirándole luego con brío el ejemplar de 1555, dos de 1563, tres de 1566, cuatro de 1570, cinco de 1586, seis de 1636, siete de 1651, ocho de 1677, nueve de 1695, diez de la edición de Covarrubias de 1606, y once de la de 1674.)*

Borde = Hijo adulterino.

¡Qué horrendo disparate! (hube de decir en la *Silba):* sabed, hidalgo, «que *borde* no es hijo adulterino, sino (según »el Diccionario) «el nacido fuera de matrimonio», que no es »lo mismo.»

«Sí—responde el hidalgo—, sabía todo eso y sabía más: »que el hijo adulterino es también hijo fuera de matrimonio »y que, por consiguiente, no hay tal disparate.»

Lo cual es lo mismo que si el Sr. Cotarelo, encontrándose con la palabra *europeo*, hubiese glosado:

Europeo = Alemán,

y habiéndole contestado yo que era disparate, porque *europeo* es el nacido en Europa (continente que comprende muchas naciones, como el concepto de *borde* comprende muchas clases de hijos ilegítimos), me hubiera replicado: «Sí, »sabía eso y sabía mucho más, porque sabía que el alemán »es también nacido en Europa y, por consiguiente, no hay »tal disparate.»

Y es que micer Cotarelo, en punto á Lógica, no ha pasado de los silogismos en *Barbara*.

Yo os quiero conceder, hidalgo, que la *plancha* que habedes fecho es digna de un titiritero; pero, á mi vez, quiero que me confeséis que os ha costado caer de barriga.

¡Caballeros, qué sapada!

Bordonear.—Bordonera.

Con motivo de estas palabras, el crítico no contesta á mis objeciones, pero, en cambio, poniéndose jaque, como quien quiere armar gresca, y con ciertos airecillos de Escarramán, me hace una pregunta y me dirige un reproche.

Pregunta: ¿Es que el Bachiller no percibe alguna variante en la acepción que doy, ó que ésta no le parece exacta?

Respondo: No, señor, no la percibo y además no me parece exacta la acepción que da vmd.

Reproche: «... deje en paz al Diccionario, que lo he visto y estudiado más que lo ha de estudiar él (este *él* soy yo) en toda su vida...»

Respondo: ¡Don Emilio, vaya unos humos!; no lo tome vuestra merced por la tremenda, porque si se enfurruña, me callo; ya le he dicho que no tengo ganas de zalagarda. Y conste que yo no he negado, ni tenido la más mínima intención de negar, ni aun de poner en tela de juicio, que vuestra merced vea y estudie el Diccionario, trabajando en su vista y estudio más que un negro á caballo; lo único que yo he dicho, y con ello no creo ofender á vuestra hidalga merced,

es que vmd., aunque lo ve y estudia *de contino*, no saca ningún provecho, sea porque no lo entiende, sea porque todavía no ha logrado adquirir en el manejo del librote aquella expedición que es menester. Dicen malas lenguas que vuestra merced estuvo cuarenta días con sus noches tras del vocablo *efeuto*, al cabo de los cuales no pudo dar con él, por haberlo buscado primero en la F y, después, en la H.

Buche.

¿Persistís en creer, Mori, que *buche* es *estómago humano*?

¡Bien, hermano! Y buena pro os haga lo que echéis en él, que sean cuales fueren vuestros alcances, no os quiero mal.

Pero si véis que alguna vez os llaman *sabio*, apresuraos á apuntar la acepción, porque pudiera ser que os lo dijesen en broma, y vos lo tomáseis en serio, como os ha acontecido con el *buche* en el presente caso.

Cantará el cuquillo.

Monseñor no supo lo que significaba esta frase, por lo cual tuve que sacar á relucir un texto de Timoneda en que aquélla se declara; pero el hombre, cuando sintió el cebollazo, y vió el texto en la *Silba*, ciego de ira, por no haberlo encontrado él y ordeñádole á su gusto, lióse la manta á la cabeza, comenzó á dar altibajos y reveses y salió por donde salen aquellas personas de avinagrada condición cuando se cogen los dedos entre la puerta, pues no teniendo cosa que replicar, metió el pleito á voces y me echó en cara que yo había dado con el texto en *un libro de inusitada rareza que se titula Biblioteca de Autores Españoles*. No es raro el libro, en verdad, ni yo dejé de mencionar la obra de donde el texto procedía; pero, con ser tan conocida, no es menos cierto, hidalgo, que vos no topásteis con ella, y eso dobla vuestra culpa. ¿Que os dió rabia? ¡Y qué lo hemos de hacer! ¿Que empezásteis á patear y taconear hasta el punto de que parecía que bailábais flamenco sobre un tablado? ¡Consuélese, hermano, que otras cogidas mayores habéis tenido en vuestra vida y ofreced al Santísimo Cristo de Candás un cráneo

de cera bien relleno de sesos, para que no tengáis otras que las superen! ¿Que, cansado de bailar el *polo*, os arrojásteis al suelo, hecho pelota y la emprendísteis á mordiscos y bocados, ora con una, ora con otra parte de vuestro cuerpo? Pues, hidalgo, repórtese, haga paciencia, acuérdese de que solo Alá es vencedor y aprenda para otra vez. Por lo pronto, sólo se me ocurre aconsejaros que os limpiéis el sudor del espinazo y que os sangréis de la vena basílica, que es remedio probado contra estos accesos fulminantes de corajina.

Capiscol.

El Mori estampó en su *Glosario* la afirmación de que *chantre*, *sochantre* y *capiscol* eran todo uno. Ahora reitera lo dicho, y aun le cuelga al *capiscol* otro nombre: el de *primicerio*.

«¿En qué se funda?»—dirán ustedes—. Pues en el *Diccionario* de la Academia, en las *Partidas*, y en Covarrubias (á quien estima el pobre hombre como el *non plus* de la sabiduría etimológica, habiendo dicho Quevedo que, en el *Tesoro*, «el papel es más que la razón»).

Sin meterme en más dibujos, porque no lo merece, voy á citarle á vmd. algunos párrafos de un canonista muy conocido y apreciado, por si logra entenderlos y ver claro en el asunto. El canonista es D. Pedro Benito Golmayo, y el libro, las *Instituciones del Derecho Canónico* (Madrid, 1859; t. I, pág. 173):

«*Maestre-escuela;* capiscol, según otros *(caput scholae);* el cual tenía á su cuidado dirigir la educación del clero, presidir é inspeccionar los colegios de enseñanza, y velar por el comportamiento de maestros y discípulos en todo lo relativo á los estudios y faltas académicas... El *Chantre* se cree generalmente que era el director del canto y música, el que cuidaba de esta parte de la enseñanza, entonaba los salmos y antífonas en el coro, siendo, en una palabra, el jefe de todo el cuerpo de cantores y salmistas... El *Chantre* tenía sin duda alguna su coadjutor ó auxiliar para el ejercicio de sus funciones, y de aquí la palabra *Sochantre*, cuyo oficio es conocido en todas las iglesias catedrales, *al paso que el de chantre no es tan general.*»

En cuanto al *Primicerio*, propiamente nada tenía que ver con los anteriores. Las *Decretales* de Gregorio IX, en el cap. I, título XXV, libro I, señalan sus funciones, diciendo: «*Primicerius* sciat se esse sub archidiacono, sicut et archipresbyter, *et ad eius curam specialiter pertinere*, *ut praesit* IN DOCENDO *diaconis*, vel reliquis gradibus ecclesiasticis in ordine positis.»

¡Canastos! ¡Se me olvidaba que ignora vmd. la lengua del Lacio! (1) Pero dígale al gran (no al *grande*, como dice vmd., cual si D. Sebastián fuese un gigantón del Corpus) Covarrubias, que *capiscol* no es *corrupción* de nada, ni menos del latín *caput chori*, porque en nada se opone la tarea del cántico á la función de un *caput scholae*, puesto que, á partir de Gregorio Magno, se creó la *schola cantorum* en la iglesia romana, según puede ver vmd., si entiende el francés, en la *Histoire du Bréviaire* (versión del alemán) de Dom Suitbert Bäumer (París, 1905), donde verá igualmente lo que son el *Primicerius* y el *Secundicerius*.

Ahora, hermano, coja sus textos *canónicos* y tírelos por la ventana, teniendo cuidado de no ir detrás, que todo pudiera ser.

Cualque.

Dijo él: «Así como».

Dijo mi merced: «*Cualque*, señor académico de la Lengua, es *cualche*, y *cualche* se traduce: *algún*, *alguno*, y no: «así como».

Dice ahora el Licenciado Jáquima: «El pasaje glosado encierra un sentido *algo distinto* del que trae el *Dicc.*, y por eso le di el que le di.»

Le-di-el-que-le-di... ¿Sabéis, D. Emilio, que habláis ya como los propios *papúes?*

Pero, veamos el texto:

---

(1) ¡Ojo! ¡No vaya el hombre á creer que *Lacio* es el impresor del *Dioscórides* de 1555 que tiene él en su biblioteca!

«Yo me he cogido para mi *qualque* docena y media de correonazos» (I, 277).

¿Dónde está la diferencia? ¡Ah, D. Emilio, y qué papeleta vais á hacer *cualque* día!

CUYA.

Hago imprimir este *cuya* en letras mayores de la marca, para que no se les pase á los académicos que presencien esta zurribanda, porque D. Emilio Cotarelo y Mori sumerge aquí la *madreña* hasta más arriba de los corvejones, cometiendo una *de populo barbaro* en los vergeles gramaticales.

Es verdaderamente inconcebible la falta de criterio que aquí revela, y no menos vituperable la olímpica frescura con que echa por delante el disparatón.

Verán ustedes.

Dijo Mori en el Prólogo: «Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido*, de *cuya* obra volveremos á tratar.»

Y yo advertí, por razones que están al alcance de un niño de coro, que «este *cuya* vale un potosí.»

Pero el hidalgo me responde que el *cuya* «no está sino muy bien puesto» (así, con su dejito arcaico y todo), y añade TEXTUALMENTE lo que sigue:

«En la *Gramática* de la Academia (pág. 58 de la edición última) se dice que «*Cuyo* denota *siempre* idea de posesión; equivale á *de que*, *de quien*, *del cual*». ¿Se entera el Bachiller ahora de que está muy bien el texto que reprocha, *y de que lo mismo lo estaría si hubiera* escrito: «Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido*, *del que* (ó *de quien*, ó *del cual* libro ó *de la cual* obra) volveremos á tratar?»

Pero venid acá, hombre; ¡á ver si logro embutiros en el caletre el uso del *cuyo*!...

Por lo mismo que la Academia dice, y dice muy bien, que *cuyo* denota *siempre* idea de posesión, es por lo que no debéis decir: «... en su *Viaje entretenido*, de *cuya* obra», porque dais á entender que os referís á una obra que es propiedad de ó que pertenece al *Viaje entretenido*, y no es eso lo que deseábais decir, sino «que pertenece á, ó es propiedad de

Agustín de Rojas». En otros términos, el sujeto del *cuyo* es Agustín, no el *Viaje*.

Por eso no es lo mismo decir, como se os figura: *de cuya*, que *de la cual*, sino completamente distinto.

Ejemplo: «D. Emilio Cotarelo, *de cuya* vergonzosa ignorancia voy á tratar», está muy bien dicho.

Pero este otro: «D. Emilio Cotarelo en su *Satisfacción, de cuyo* folleto...», está muy mal, porque el folleto no es de la *Satisfacción* sino del susodicho. Y aquí es donde procede el *del cual*.

¿Me ha entendido vmd., Sr. de Mori? ¿No? Pues no puedo explicárselo mejor. Perdone por Dios, y haga lo posible por aprender algo de gramática, ahora que está en la Academia, que va á dejar muy mal á la Corporación, por cuyos fueros salgo yo ahora.

Chirtase.

Aunque con mil repulgos, remilgos, salvedades y distinciones, confiesa aquí el académico que *chirtase puede* ser errata, por *chirlase*, como le dije y él no dió á entender *de ninguna manera*.

Venid acá, donairoso joven. Ya que estamos de confesiones, ¿por qué no confesáis que la *neuma* de la página 2 del tomo I, es un error vuestro, por *nema*?; ¿por qué no reconocéis vuestra falta de sindéresis, al copiar, en la página 402 del tomo II:

«Así por fala que man faltado»,

y aun al colgarle una noteja, en vez de poner:

«(Así) por fada que m'an fadado»?

¿Por qué no cantáis de plano la bobada que hicísteis en el paso del *Deleitoso* (II, 187), escribiendo:

«Que nos dé menester»,

en vez de:

«Que no nos es de menester»?

¿Por qué, en la página 144 del tomo II, estampáis «indis-

cretos», como pudiera hacerlo el mismísimo Zorrapastro, en vez de «y discretos», que es todo lo contrario?

¿Por qué, en una palabra, os habéis empeñado en hacer de Lope de Rueda el infame bodrio que hicísteis con Tirso en la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles,* con santa indignación de lectores y editores, como ya os han dado á entender en las Revistas?

Escurriduras = Resíduos.

Censúrame el muñidor de vocablos, convertido en una especie de Catón Zonzorino romano, que yo le *comporto* los textos á mi gusto y suprimo de ellos lo que me parece, cosa que no es cierta; lo que hay es que yo copio lo que hace falta y no imito al Sr. Cotarelo, que se pasa la vida copiando lo que otros escribieron, hasta que le chorrea por la barba, sin poner nada de su cabeza, ó poniéndolo mal cuando por rara casualidad echa una cana al aire y se aventura á discurrir por cuenta propia. Mas, para que vean ustedes que en este caso se cumple aquel refrán castellano que dice: *cree el ladrón que todos son de su condición,* van ustedes á ver cómo es el Sr. Cotarelo el que escamotea y suprime lo que tiene por bien escamotear y suprimir.

¿«De dónde demonios—le pregunté yo—sacó vmd. que las escurriduras son resíduos?»

Nunca tal se me hubiera ocurrido, porque el hidalgo, como Lohengrin, oyó la pregunta desde Monsalvato y, pasados unos instantes, vimos que se acercaba, tripulando un texto del *Diccionario,* al que daba remolque una hermosísima gansa. Desembarcó el hombre dispuesto á machacarme; tiró de charrasco, y dirigiéndose á mí, contestó con esta endecha de jerigonza:

«Vea el Bachiller el *Diccionario* y á la pág. 420, columna »primera, línea antepenúltima, hallará que *uno de los signifi-* »*cados de la palabra escurridura* es «llegar á los desperdi- »cios ó resíduos de una cosa». ¿Lo quiere más claro?»

Sí, señor; lo quiero más claro, porque lo que decís está más turbio que vuestro ingenio y es más de hojalata que

ese espadón desaforado que esgrimís con la mano zurda.

En primer término, sepa vmd. que «llegar á los desperdicios ó resíduos de una cosa» no es *uno de los significados de la palabra «escurridura»*, como cree vmd., á pesar de ser académico, sino el significado ó equivalencia de *una frase* en que entra la palabra «escurriduras», que no es lo mismo. ¿Quién le ha dicho á vmd. que sea *acepción* de *escurridura* la frase que vmd. cita? ¿No ha leído vmd. las *Reglas* para el uso del *Diccionario* que aparecen en sus primeras páginas? Y si las ha visto vmd., ¿no ha reparado en que en ellas se dice que *las frases* en que entra la palabra se insertan después de las *significaciones* de la palabra misma? ¿Sería lícito decir, por ejemplo, que uno de los significados de la palabra *castaña* es *chasco,* no más que porque en el artículo correspondiente aparece la frase «dar la castaña» con la equivalencia de *chasquear?*

En segundo lugar, si *escurriduras* fuese equivalente de *resíduos*, no cabe duda de que *resíduos* sería equivalente de *escurriduras*. Busque, pues, vmd., con esa vista de lince que posee, la palabra *resíduo*, y si, entre sus diversas acepciones encuentra una que huela á *escurriduras*, le prometo regalarle un becoquín de orejas, con las orejas muy largas y bordadas en oro.

Y en tercer lugar, hidalgo, la frase que me sacáis á cuento con cita de página, columna y línea, ¿no os la eché yo á los cascos, antes que vos os acordáseis de ella, en la pág. 50 de mi *Silba*, donde escribí: «...el sentido que la palabra tiene en el texto y que ha llamado la atención de vmd., está perfectamente explicado en el *Diccionario* con la frase «llegar á las escurriduras»?

¡Hidalgo, caray, más conciencia! ¡Ni que estuviéramos entre luteranos! Licencias tales, solamente podrían consentirse á un genio excelso y luminoso, á un Don Belisario Roldán, pongo por caso, pero no á vos.

Galga.

Fíjense vuesas mercedes!:

D. Emilio Cotarelo y Mori, en la pág. 47 de su *Satisfacción*, refiriéndose al coloquio entre una negra llamada Eulalia y el lacayo Polo, en el cual coloquio Polo llama *galga* á Eulalia, dice que: «el sentido de la palabra *galga* aquí no es el corriente».

Es decir (á ver si acierto á comprenderlo), que deben vuesas mercedes tener ojo al badil cuando oigan ó lean ese epíteto: *galga*. No vayan á creer que Eulalia es una especie de perra muy ligera, de cabeza pequeña, ojos grandes, hocico puntiagudo, orejas delgadas y colgantes, cuerpo delgado, cuello, cola y patas largas, y en las posteriores un dedo más que en las anteriores.

No, señores, no; *galga*, en este caso, como dice profundamente y con gran perspicacia D. Emilio, es: «Nombre despectivo aplicado á una mujer negra». Pues ¡qué! ¿Pensaban acaso vuesas mercedes que lo de *galga* era un elogio? ¡No crean tal, por su vida, y fíense de D. Emilio, que sabe dónde le aprieta el chapín! ¿O imaginaban, por ventura, que Eulalia era blanca? ¡No, sino negra y muy negra, como la suerte de Lope de Rueda en 1908!

Gallejo.

Cotarelo. Toque usted el cuerno (1).

Yo. Acérquese vmd.; y dígame: ¿no puso en su *Glosario:* «*Gallejo* = ¿Gallo?»

Cotarelo. Sí.

Yo. ¿No le dije yo: «No, señor; gallejo»?

Cotarelo. Sí.

Yo. ¿No confiesa vmd. ahora que la palabra puede ser: *Miguellejo* ó *Migallejo*?

Cotarelo. Sí.

Yo. Pues entonces déme las gracias, hombre de Dios, y deje en paz al cuerno, que ya echaré mano de él cuando vmd. quiera.

Ganapán.

Sí, señor, sí; aunque vmd. dijo en el lacerado *Glosario*

(1) Pág. 48 de la *Satisfacción.*

que el texto de Rueda era *de los más antiguos* en que se empleaba la palabra, ahora reconoce, gracias á mí, que ya se usaba en 1496; y aun hace pinitos por su parte, citando el *Diccionario* de Lebrija, impreso en 1492, donde también consta el vocablo.

¿No estará asímismo en el *Universal vocabulario* de Alonso de Palencia, impreso en Sevilla el año 1490, y del cual tiene vmd. ejemplar en la Academia? Véalo, á ver si da con él.

Pero acabe de enmendarse vmd., y no diga disparates. Pues ¡no afirma que «cuarenta ó cincuenta años en la vida de las palabras» son de menos cuenta que en la vida de los humanos! ¿Qué sabéis de eso, D. Emilio? ¡Ahí es nada, *cuarenta ó cincuenta años*, cuando hay palabras que no duran cinco! No se meta en honduras, D. Emilio, y acarree textos, que para eso le ha traído Dios al mundo.

Hornazos (Pascua de).

No insista, hidalgo; no insista, que peor es meneallo.

Decís haber tenido poco trato con pollinos; yo, mucho, por desgracia.

Y, en prueba de ello, véase:

Jareta.

¡Señores! ¡Son increíbles las *mirabélicas* tonterías que con ocasión de la palabra *jareta* ha enjaretado el inefable don Emilio! Ni adrede dice más; pero, como reza el refrán, *el que las sabe, las tañe.*

Recordarán que el pobre hidalgo, después de haber colocado la palabra en su *Glosario*, escribió esta otra, con su buen par de interrogaciones: «*¿Pollina?*» Díjele yo que no podía ser *pollina*, porque el personaje de Rueda se refiere á un *pollino*. En cuanto el hidalgo supo lo que yo había dicho, se echó en busca de textos, haciéndose de piernas y con muy gentiles meneos, aunque los que le vieron ir afirman que, más bien que de buscarlos, llevaba talle de no dejar en todo el reino un disparate sin dar con él en la burjaca. En

efecto; para justificar su dudosa acepción, hace el Sr. Cotarelo este razonamiento, que parece, propiamente, sacado de un *Ars cogitandi:* ¿Sabe el Bachiller por qué puse pollina?—me pregunta—«Pues, 1.° Porque el propio Lope de Rueda lo había dicho inmediatamente antes: «*Entra el Villano* EN UN ASNO *caballero, cantando*».

La primera razón, por tanto, que tuvo el Sr. Cotarelo para sospechar que quizá fuese *pollina*, es que Rueda dijo que era *pollino*. Las cosas, claras, como opina, enseña y practica D. Felipe Trigo. Sigamos.

«2.° Porque este mismo villano lo repite tres renglones adelante, al hablar de su cabalgadura, diciendo: «Aun hasta el ASNO quiere mandar á tandas». (Este asno era, sin duda, jefe de partido constitucional y profundamente parlamentario.)

Como se ve, la segunda razón que el Sr. Cotarelo tuvo para suponer que el animal podía ser jefe de partido, digo, pollina, fué que el villano que lo cabalgaba, mostrándose en un todo de acuerdo con la opinión de Rueda sobre tan importante asunto, dijo que era *pollino*. ¡Qué consecuencia, qué intrepidez y qué tesón de hombre! ¡Diga vmd. que sí, D. Emilio! ¡Manténgase vmd. firme en esa duda, y aunque vea vmd. al burro armado de punta en blanco ó hecho un trovador de las praderas, siga vmd. dudando de si es burro ó burra! En estas materias no es posible proceder de ligero.

Adelante, que el hidalgo no necesita consejos y se apareja á clavetear el argumento para que no se lo eche abajo ni el mismo Protágoras abderitano, aunque resucitase para ello solo.

3.° Porque muy luego y sin salir de su relación, agrega el mismo bobo (1): «quiérome liar con este ASNILLO y comenzar á pacer».

De donde se deduce que la tercera, última y potísima

(1) Como el Sr. Cotarelo no nos había dicho en los números 1.° y 2.° que era *bobo*, ese *mismo* vale un ejemplar de la *Fonología Española*, impreso en papel nipón y encuadernado en cuero de esquimal viudo.

razón que tuvo el Sr. Cotarelo para abrigar cierta atormentadora sospecha de que el burro era pollina, fué que el villano, *agora* en bobo transformado, dice por segunda vez, y por si no le hubieran entendido á la primera, que era *pollino.*

¿Qué les parece á ustedes del argumento en pepitoria que ha escudillado Su Reverencia? ¿No les dije que era increible? Pero, señores, ¡si es que yo no me acabo de convencer de que haya escrito el Sr. Cotarelo lo que queda copiado! En fin, *ingenium, errando probat.*

¿De modo, hidalgo, que vmd. se decidió á sospechar que el asno era asna en vista de que el autor hace constar, *nada menos que tres veces*, que no era asna, sino asno? ¿Es, por ventura, que os habéis propuesto pasar por *corito de celebro*?

¿Habrá que deciros, recordando aquel cantar de *La vuelta al mundo:*

«No es burra, que es burro,
mírele usté bien»?

Pero aún hay más. El hidalgo en su *Satisfacción á la Academia* (¡vaya una *satisfacción* que habrá tenido la pobre señora!), tañe el siguiente fabordón:

«... después de haber yo puesto (1) la significación dudosa de «¿Pollina?» á la palabra y de haber copiado el texto que dice: «¡Arre acá, *señora jareta,* malos cochinos os arranquen »esos bofes!», etc.»

Lo cual no es cierto, porque lo que copió en el *Vocabulario* fué esto otro:

«Arre acá, señora *jareta,* ANSÍ malos cochinos os arranquen DE CUAJO esos bofes».

Es decir, que en trece palabras, y copiándose á sí mismo, omite tres, se equivoca en una, subrayándola indebidamente, y mete dos admiraciones que no figuraban en la primera copia ni figuran en el *Paso* de Rueda. Y ahora, díganme ustedes qué horrores no habrá en el texto de las *Obras comple-*

(1) «*Después de haber yo puesto...*» ¡Asturiano, daca la cola!

tas, cuando tal sucede con uno que no tiene más que trece míseros vocablos. En vista de lo cual, aprovecho la ocasión para rogar á la Real Academia Española que retire de las librerías, y dé orden de quemar, los ejemplares que queden de la edición cotarelesca (que serán todos, menos el mío) y luego proceda con urgencia á publicar en serio las *Obras de Lope de Rueda*, encomendando su cuidado á quien le conste que haya de tenerlo.

Majano.

Aquí insiste D. Emilio en que yo, «según costumbre», le capo.

Pero, Sr. de Mori, ¿hay algo *de usted* en el *Glosario*, después del vocablo *Majano*, que no sea esta frase: «La significación del *Diccionario* es cosa muy distinta»? No, señor.

Pues, sigo preguntando: «¿Muy distinta?... ¿De qué?»

Vaya; *aburramos* cinco duros, á que no sabe usted lo que quiere decir *hombre majano!...*

Matalafes.

Cotarelo. «No conocemos el sentido propio de esta palabra».

Yo. Tan agudo sois como ella.

Cotarelo. Pero ¿usted la conoce?

Yo. ¿Yo? ¡Sí!

Cotarelo. Pues ¿por qué no me lo dijo?

Yo. Porque no me dió la gana. ¡Bueno es eso, que todo os lo haya de decir yo!

Cotarelo. Dígamelo ahora, y no *chirlaré.*

Yo. Bueno. *Matalafe* significa *colchón,* y viene del arábigo مطرح. ¿Estáis enterado?

Mirabélicas.

¡Sois la sal de la tierra, D. Emilio! ¡Qué lindo garabato tenéis! ¡Qué irresistible y galano gracejo!

Véanlo vuesas mercedes: Díjele yo que *mirabélicas*, en el texto á que alude, valía tanto como «admirables, maravillo-

sas» (y repárese en que el adjetivo se refiere á las orejas de una hermosa dama, no á las de D. Emilio). Y aún le recomendé que consultase á Commelerán, á ver si, en latín, *mirabilis* quería decir aquello.

¿Sabéis lo que se le ocurre?

Pues se le ocurre preguntar: «¿Quiere decirnos por qué han de ser *admirables* las orejas de nadie?» Y añade: «¡Como no sea por lo grandes!»

¡Este hombre es una joya! ¡Cada día muestra mejor su innata delicadeza, su esfumada espiritualidad! ¿Habéis oído? No concibe que se admire nadie de otras orejas que de las grandes y gordas. En tratándose de los diminutos auriculares de una tierna y hermosa dama, Cotarelo pasa de largo y se queda tan fresco. Bien es verdad que un hombre á quien no le cabe en la testa que los Amantes de Teruel falleciesen de amor, ¿qué diantre ha de admirar las diminutas orejas de una dama?

Mofar de la tierra.

Cotarelo. «¿Cómo puede la tierra ser objeto de burlas?»

Yo. ¿No dice el *Diccionario*, entre otras acepciones, que *tierra* es «conjunto de los pobladores de un territorio»?

Cotarelo. ¡Ah!... Sí.

Yo. ¿No sois vos un poblador?

Cotarelo. Sí.

Yo. ¿No sois vos el objeto de mis fraternas?

Cotarelo. Sí.

Yo. Pues lo mismo fué objeto, la *tierra* de que habla Vallejo, de las burlas de los jayanes. Andad con Dios.

Oyxte.

«*Cristina.* Asno ¿hate dado alguna carta?

Melchor. ¡Oyxte!»

Cotarelo. ¡Oxte!

Melchor. ¡«Oyxte» dije, y no *Oxte!*

Yo ¡Don Emilio, atiéndale! Si fué errata, no *vió* vmd. bien; y si dijo *oyxte*, ha *oído* vmd. mal. ¡Todo son achaques!

Pajiza = Pajar.

«Pajiza no es pajar (díjele yo), sino el albergue que está cubierto de paja».

El crítico, sin embargo, no se da por vencido, y, después de haber andado al moño con unos textos que el hombre no pudo entender, se desbrava, añadiendo el siguiente párrafo, que si por lo seco presenta bastantes analogías con un orejón, por el estilo no necesita del *Cotarelo me fecit* para descubrir su ilustre alcurnia:

«Por donde resulta que pajiza es pajar y que el que ha disparatado es el que habla de lo que no entiende y afirma »que los ganaderos *(cabañero rico* llama Rueda á Sulco)— »¡buena folía, hermanos!, parece un *solo* de gaitero inexper- »to—, no tienen pajares. Pues ¿dónde han de meter la hierba »y la paja para que coma el ganado en invierno?»

La meterán, hidalgo amigo, en los pajares de los amos, ó la dejarán para que vmd. la meta en sus libros; digo, en los libros que haya de publicar vmd., porque en los que lleva publicados no cabe ni una brizna más. Y ahora sólo quiero haceros tres advertencias:

1.ª Que en tiempo de Rueda, cabañero no era lo mismo que ganadero: llamábase *cabañero* al dueño de una *cabaña* ó conjunto de rebaños, y *ganadero* al *pastor* de ganado.

2.ª Que la *pajiza* es albergue cubierto de paja, diga lo que diga vmd. y aun todos los hidalgos que parezcan tener pujo de decir gansadas y de discurrir á paso de tortuga; y

3.ª Que si vuesamerced no quiere convencerse, debe coger el tomo II de las *Obras de Lope de Rueda* (en las que vmd. ha puesto el *cuidado*, no de un buen padre de familias, sino de un malísimo padrastro), abrir por la página 15 y leer aquesto que se sigue:

«QUIRAL: ¿Qué, Burgato? Entra en mi *pajiza cabañuela*, etcétera.»

Y si no os basta el escobazo, ahí va otro:

«Una *pajiza* cabaña
que contra el sol, el estío,
y contra el agua, el invierno,
sirve de toldo propicio» (1).

Arropaos, hidalgo; apretad los dientes, cual si soportáseis un discurso del susodicho D. Belisario Roldán, encoged los hombros, y aguantad la *melecina* cuanto podáis, para que os produzca efecto satisfactorio, que buena falta os hace.

Parago.

La frase, dirigida contra la negra Guiomar, es como sigue: «esta cara de *parago* por remojar».

Dije que *párago* era *espárrago*, y aun le cité á Mori varios vocablos de lenguas extranjeras, deseando contribuir, en la medida de mis escasas fuerzas, á su académica ilustración.

Él dice que *párago* no es *espárrago:* 1.°, porque *no consta* que los espárragos sean negros; 2.°, porque *no consta* que los espárragos se pongan más blancos después de remojados; 3.°, porque la doncella Julieta *no estropea* los espárragos, digo, los vocablos; 4.°, porque la voz *espárrago*, era entonces tan *común* como hoy.

Pues, no siendo *espárrago*, ¿qué será, Dios de Aranjuez?

¡Ya caigo! D. Emilio, escribamos juntos:

«QUIZÁ SEA AGUARDIENTE».

Queja = Duele.

Mire vmd., Sr. Cotarelo; acá no somos tan tontos de capirote y cascabeles como vmd. se imagina, y, así, es inútil que venga con garambainas y arrequifes que no están al alcance del ingenio de vmd. Doy por reproducido mi artículo de la

(1) TIRSO: *El árbol del mejor fruto;* act. I, esc. 6.ª, tomo I, pág. 34 de las *Comedias* de Tirso de Molina; edición Cotarelo, Madrid, 1906.

Silba, y sostengo que vmd., al establecer la equivalencia de *queja*, creyó que *quejar* era infinitivo de un verbo activo.

No diría ni una palabra más, si no me hubiese encontrado en vuestra *Satisfacción* con estas otras:

«... aunque al principio le parece (al Bachiller) una «*exhorbitancia*».

Como vi la palabra subrayada y cogida entre corchetes para que no se escapase, dije para mis adentros: ¡A Dios con dos mil santos! ¡Aquí hubo una errata y el felibre me la echa á las narices! Con la escama que se podrá suponer, fuí á buscar el texto correspondiente de la *Silba*, y, abriendo por la pág. 72, respiré fuerte al leer que lo que yo había escrito rezaba así: «No la acepción, sino la *exorbitancia* en que acaba de incurrir vmd., etc.»

¡Carape!, exclamé; entonces resulta que la *h* de matute la ha introducido D. Emilio, ó se la han introducido en la imprenta. Dediquéme á averiguar si el desaguisado era del cajista ó era de D. Emilio, y, ¡claro!, resultó lo que no podía por menos de resultar, á saber; que era de D. Emilio. Sí, ilustre auditorio; D. Emilio Cotarelo y Mori tiene la bellaca costumbre de escribir *exorbitancia* y sus derivados, con una *h* entre la *x* y la *o*, como puede verse en el pasaje transcrito y en el texto del *Menandro*, donde se lee: «... todo propuesto y pedido con tan *exhorbitante* preámbulo, etc.» (1), pero, vaya en gracia á que la suprime en la palabra *ahuyentar*, cuando escribe: «... que el cortés envite le había *auyentado* etc.» (2).

¡Tengo lástima hasta del tintero de vmd.!

---

(1) El Menandro: *Novela por Matías de los Reyes. Reimpresa con prólogo de D. Emilio Cotarelo y Mori, de la Real Academia Española. Madrid, 1909.* Pág. 54, líneas 3.ª y 4.ª, Tomo x de la inútil, pero ridícula *Colección Selecta de Antiguas Novelas Españolas.* (Librería de los *Bibliófilos Españoles*—¿quiénes son estos bibliófilos?—Travesía del Arenal, 1. Madrid.)

(2) *Ib.*, pág. 206, línea 7.ª Conviene advertir que la edición no es paleográfica ni, por tanto, se ha tratado de conservar en ella la ortografía de la época.

Y ahora una sencilla pregunta: ¿Puede ser académico de la Española un hidalgo que cree que *quejar* es el infinitivo de un verbo, y de un verbo activo, por añadidura; que no sabe el empleo que tiene en castellano el relativo *cuyo,* que escribe *exhorbitancia*, que escribe *exhorbitante* y que escribe *áuyentado?*

«Un punto de contrición
da á un alma la salvación
por toda una eternidad.»

Créame vmd., hidalgo; deje la péñola y póngase á vender mondongo.

Rapagón.

Aquí, D. Emilio, á consecuencia del *legítimo Armeno,* tuvísteis un «fluxo de vientre» y lo echásteis á perder todo.

«*En* la acepción... me reprende».

«... recto sentido de poco tamaño ó altura».

«Mozarrón».

«... refutación... aclaración... ladrón», etc.

¡Qué mal huele, D. Emilio! ¡Cómo habéis puesto los vocablos, la sintaxis, el léxico, la *fonología!...*

Recuerde.

«Despierte», dijísteis vos.

«Vuelva en su acuerdo», ó «vuelva á acordarse», enmendé yo. Y ahora me citáis á Covarrubias y á la Academia, en pro de vuestra acepción.

Pero, ¿creéis que tengo la mollera tan aherrojada como vos? La verdad de la interpretación, ¿depende de que conste en Covarrubias ó en el *Dicc.*, ó de que sea razonable?... ¿De que conste en Covarrubias ó en el *Dicc.?* Dios os bendiga.

Repastando.

Dice Mori: «no es el ganado el que... recibe *repasto*, sino que son Asobrio y Violeta quienes le *repastan.*»

Y añade: «... de noche no se apacientan las ovejas »

Y concluye: «La Academia resolverá en su día.»

¡Sí, resolverá, sí, y como lo haga bien, no doy una blanca por el *repasto* de vmd.!

Rezongar.

Texto de Lope de Rueda:

«*Clavela.* ¡Ah, señora Julieta! ¡Ah, dueña! ¿No salís?

Julieta. (Que ha recibido antes orden de salir, por conducto de Guiomar, y no salía). Sí, señora; héme aquí. ¿Qué manda?

Clavela. ¿Qué hacíades allá dentro, picuda?

Julieta. ¡Sí, *picuda!*... ¿Qué había de hacer?

Clavela. Sacáme aquí un asiento y dejáos de *rezongar.*»

Cotarelo dijo, que *rezongar* era: «reñir, regañar, disputar». Yo le advertí buenamente que se trataba de «gruñir, refunfuñar á lo que se manda».

Ahora alega que le *birlé* el texto, que le *capé*, y que Julieta «no había recibido orden de su ama».

¡Hidalgo! ¡Abrid el *Diccionario!*... ¡Buscad *bacillar!*... ¡Ponéos por montera ó *becoquín* el vocablo que sigue y ¡al avío!

Salsufragia.

Ni aquí, ni en cuanto al vocablo *rodear*, dice nada nuevo el hombre. Sólo añade: «traté de saber cómo *la* pronunciase entonces el pueblo, que probablemente sería *sal sufragia.*»

Pero ¡cómo estáis, D. Emilio! ¡Un pueblo que *pronuncia una planta* (porque el sustantivo femenino más inmediatamente anterior es *planta)!* ¡Un pueblo «que probablemente sería *sal sufragia!*». ¡Esto es idioma de Berbería!

Sanguinidad.

Pregunta aquí el hidalgo que quién me dió facultades para decir que *sanguinidad* significa esto ó lo otro.

¿Quién me las ha de dar? El que no os las dió á vos: el sentido común.

Porque si Lope de Rueda dice «tengo por averiguado que el amor de la tierra *donde nascemos* tenga *algún tanto de san-*

guinidad con el cuerpo humano», afirmar como vos afirmáis que *sanguinidad* es «parentesco en general», es una solemnísima porrada.

No sé qué estilo tendrá vmd. en amar á su patria. De mí sé decir que la amo como el hijo á la madre, y que llamaré belitre á todo el que me diga que este último amor es de *afinidad* y no de profunda é íntima *sanguinidad.*

Scena.

Aquí, para remediar las gansadas del *Glosario*, dice muy hueco D. Emilio que cuando *lleve* yo «*publicadas* siquiera *la cuarta parte*» (¡mirabélica construcción!) de las obras *originales* que él ha *dado* al público acerca de la historia de nuestro teatro, me reconocerá «el derecho de pedir la palabra sobre estas materias».

¡Alto ahí, Cotarelo! De aquí no paso sin haceros tres advertencias:

1.ª Que no reconozco en vos derecho para hablar de nada sin licencia de vuestros mayores en saber y gobierno;

2.ª Que podéis guardaros todas vuestras *obras*, á las que no sabéis ni habéis sabido dar *originalidad*, pero en las que habéis *comportado* sobre vuestras astúricas espaldas un material á veces muy útil para quienes sepan escribirlas, como Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal, Foulché-Delbosc, Puyol y Alonso, Bonilla y San Martín, y otros que no nombro y á quienes os prohibo nombrar en adelante, porque no sois merecedor ni aun de desatar la correa de sus sandalias;

3.ª y última. Que tengáis muy en cuenta la sentencia cervantina de que «no se escribe con las canas, sino con el entendimiento».

Y no digo más.

Servilla.

El hidalgo quiere demostrar que *zapata* es lo mismo que *zapatilla*, y claro es que no lo demuestra. Pero cita, en apoyo de su tesis, una sátira de Villamediana contra el virrey de Nápoles D. Antonio Zapata, que dice así:

«pues no será maravilla
que á *Zapata* ó *zapatilla*
le arrojen á zapatazos».

¿Lo ven ustedes? Ya está probado que *Zapata* (el virrey) y *zapatilla* eran *iguales*. ¡Habrá... Cotarelo!

Luego pasa á probar que la *servilla* ó zapatilla era de uso *exclusivo* de las mozas de servicio, y cita para ello á Covarrubias, el cual dice que las *servillas* son un calzado «muy á propósito para las *mozas de servicio*».

Pero, hidalgo: de eso no se deduce que no llevasen *servillas* otras personas que no fuesen las fregonas, á quienes otorgáis preferencia desmedida, injustificada, arbitraria y perjudicial.

¡Ah, D. Emilio, y cómo me váis *pulverizando!*

Sesgo.

Con motivo de una cita que hice de *El Rey Don Pedro en Madrid* en mi *Silba de varia lección*, me dice el Sr. Cotarelo: «Sepa, pues, que la comedia *El Rey Don Pedro en Madrid* no »es de *Tirso de Molina*, según la crítica moderna ha decla»rado.»

«hablóme en algarabía,
como aquél que bien la sabe».

Sabido es que la obra consta en ciertos manuscritos como de *Tirso;* de *Tirso* la creyó Hartzenbusch, y de *Tirso* la cree la ilustre escritora doña Blanca de los Ríos, quien sabe de *Tirso* más que el Sr. Cotarelo, y figura, además, á la cabeza de las primeras autoridades en la materia, como lo ha demostrado no una, sino muchas veces, dando, por cierto, ocasión para que algún crítico que se las echa de plancheta, se apropie las espigas que segó la insigne literata.

¿A qué se debe, pues, que el Sr. Cotarelo diga que la comedia no es de Tirso? ¿Lo sacó de su cabeza, después de un profundo examen de la obra? ¡Imposible! A D. Emilio le costaría mucho trabajo determinar si una comedia era de *Tirso* ó era de *Garibaldi*.

En efecto; la *rotunda afirmación* del Sr. Cotarelo tuvo por causa que el egregio Menéndez y Pelayo *sospechó* que la comedia, considerando su estilo y caracteres, podía no ser de *Tirso*, pero sin dar, ni mucho menos, como resuelta la cuestión, por falta de datos concluyentes. En esto, y nada más que en esto, se ha fundado D. Emilio para *asegurar*, como asegura, que *El Rey Don Pedro en Madrid* no es de *Tirso de Molina*, y no agrega una noticia más á las que dió el Maestro, de las cuales se apoderó cuando hubo de proceder á la ejecución de las *Comedias de Tirso de Molina*, recientemente perpetrada por el Sr. Cotarelo en la continuación de la *Biblioteca de Autores Españoles.*

Lo más notable es el modo de expresarse que tiene el señor Cotarelo al decir «... según la *crítica moderna* ha declarado». Esta *crítica* es nada menos que la del Maestro; pero el Sr. Cotarelo se guarda muy bien de citarle, sin duda por creer que, citándole, podría concurrir á darle bombo y á conseguir que vaya siendo un tanto conocido el nombre de un *competidor* que, á juzgar por algunas *pequeñas muestras*, parece no darse mala maña para cultivar los estudios á que el Sr. Cotarelo se dedica.

Sicas.

Dije, como es notorio, que *sicas* son *bolsas*, y no «guardas» ni «alguaciles», como estampó Mori.

Ahora me pide la *prueba*.

El entendimiento, hidalgo, el entendimiento; el cual, según os dije en la pág. 83 de la *Silba* «debe utilizarse con la mayor frecuencia posible».

Tablilla = La que usaban los santeros, amén de la campanilla.

«Este *amén* (dije en la *Silba)*, vale un huevo de pava, por lo menos.» El desgraciado hidalgo de los voquibles, tomando, como suele, el rábano por las hojas y dando una prueba más de su clarísima inteligencia, de su portentosa perspicacia y de su aguda penetración, yérguese con aires de triunfo, refocilándose previamente, como el que exclama: ¡cogido

le tengo!, y, templando la gaita erudita, pregunta: «Pero, ¿de veras no conoce usted, señor Alonso, la significación de *además* ó *además de* que en castellano tiene la palabra *amén*?»

Tras de esta preguntita, suelta el texto del *Diccionario* y rezuma otros dos ó tres del *Quijote*, dejándose en el tintero uno de mi *Hostería de Cantillana*, que, aunque modestamente, hubiera servido para lo mismo que los otros, con la ventaja sobre ellos de que servía además para demostrar que no ignoraba yo el significado de la palabra (1).

---

(1) «..... el mediano escuadrón de tabaques que en una mesa aparecía con jalea, perada y cidra, *amén* de las jarras para el hipocrás, etc.» Vid. *La Hostería de Cantillana*, pág. 161, línea 9.ª. Digo que el Sr. Cotarelo se dejó este texto en el tintero, porque tengo la seguridad de que lo conocía, en primer término, porque él lo sabe todo, y, en segundo, porque, con motivo de la *Silba*, el hombre ha vuelto á echarse á pechos mi novela para zurrarme la badana, leyéndola con tan benedictino detenimiento cual podrá ver el que se fije en la nota de la pág. 70 de su folleto.

La apreciación que de mi *Hostería de Cantillana* hace el Sr. Cotarelo es la que podía esperarse de sus alcances; en modo alguno merece el nombre de crítica literaria, porque ésta no la sabe hacer, sino el de murmuración de minucias, así como sus ensañados conceptos no merecen la denominación de juicios, sino la de mordiscos de hidrófobo ratoncillo de biblioteca. Todos los reparos del sopista erudito se reducen á llamar la atención sobre si yo menciono ó dejo de mencionar los *cuellos de lechuguilla*, siendo así que en el tiempo en que comienza mi novela iba ya para seis años que estaban prohibidos por no sé qué pragmática; si había ó no había profundas diferencias entre *guedejas* y *copetes*, ocasión que aprovecha el crítico hében para presentársenos como un perfecto peluquero del siglo XVII; si se bailaba ó no se bailaba la *zarabanda* á principios de la segunda quincena de Octubre de 1629; si el capitán Alonso de Contreras iba á cumplir los cuarenta y siete años ó había entrado en los cuarenta y ocho; si doña Inés de Guzmán estaba ó no casada en el año de gracia de 1644, y otra porción de atinadas y concienzudas observaciones que ofrecen todos los caracteres de un murgazo imponente, pero que, además de ser muy oportunas, tratándose como se trata de una novela de mero pasatiempo, ponen de manifiesto los altos vue-

La pregunta de D. Emilio puede obedecer á dos causas: ó á una aviesa intención del mancebo, que tomó la cuestión por ahí, á ciencia y conciencia de que tergiversaba los tér-

---

los de la pluma del Sr. Cotarelo, al par que la profundidad de su maravilloso cacumen, cuando lo emplea ó intenta emplearlo en el análisis de una obra literaria.

Yo siento mucho tener que apelar á la artillería gruesa cuando es insignificante el enemigo; pero téngase en cuenta que, á veces, un falderillo que nos ladre con insistencia y procacidad, concluye por agotar nuestra paciencia, y, así, no hay más remedio que, ó resignarse á que nos muerda los zapatos (pues más arriba no alcanza), ó darle con el tacón en mitad de la testa y dejarle espatarrado, dando aullidos, en medio del arroyo.

Sí; el Sr. Cotarelo será todo lo erudito que él quiera, pero ni entiende una sola palabra de Literatura, ni sabe lo que es el Arte, ni, aunque sepa, ó por mejor decir, ni aunque tenga apuntado lo que por Arte entendieron tales y cuales autores, es capaz de apreciar y de sentir el Arte por sí mismo. El Sr. Cotarelo experimenta la misma sensación cuando pasa la vista por un cuadro de Velázquez, que cuando contempla una viñeta de *El Cencerro;* el Sr. Cotarelo se vería negro si tuviese que establecer las diferencias que existen entre la Alhambra de Granada y un *nacimiento* de la plaza de Santa Cruz; el Sr. Cotarelo, creyéndose literato, me hace el mismo efecto que me haría un sordo que se las echase de músico por dedicarse á hacer fundas de clarinete; el Sr. Cotarelo, en fin, sirve para lo que sirve, á saber: para pasarse la vida revolviendo papeles viejos, oliscando legajos, acogotando tomos, deletreando bervetes, cazando citas á tenazón, haciendo amistades con la polilla de los archivos, atollándose en nombres y en fechas y descalabrándose cuando se cae desde lo alto de los plúteos; pero ni sabe estimar lo que encuentra, ni sabe construir con los materiales que se procura, porque su habilidad de constructor no se extiende á otra cosa que á amontonar los materiales en confusión execrable, y ¡ay de él cuando quiere elevarse á más!, porque, como Sancho, en ocasión memorable, no puede conseguirlo sin producir estrépito y ruido. Para prueba de lo que digo, ahí están sus polvorientos é indigestos *Estudios sobre la historia del arte escénico en España*, en los que pudieran encontrarse, (no digo que no), algunos elementos para que un hombre inteligente escribiese la historia mencionada; pero, ¿quién se atreverá á afirmar, sin temor de

minos, ó á una silvestre falta de sentido para hacerse cargo de lo que lee y para darse cuenta de lo que le dicen; pero como en el Sr. Cotarelo esta falta de sentido supera sin nin-

---

que le tiren nabos, que aquel cajón de sastre, aquel fardel de trapero, aquel mugriento tendejón de *Las Américas*, es la historia del arte escénico español?

Y como en cuestiones literarias, y aún en otras muchas, no reconozco ninguna autoridad al Sr. Cotarelo, aquí debiera terminar esta nota. Sin embargo, como en la suya se ha permitido faltar á la verdad, es preciso darle un serretazo, con el fin de que sepa con quién trata y tenga un poco más de cuidado para otra vez.

Dice en primer término que *La Hostería de Cantillana* «está en gran »parte plagiada de una antigua novela de Fernández y González, titu»lada *El Conde-Duque de Olivares*, pues casi todas las aventuras son »las mismas en una y en otra». Doy mi palabra de caballero (ahora hablo con el público, naturalmente, no con el Sr. Cotarelo), de que no conocía ni el título de la tal novela cuando escribí la mía y de que sigo no conociéndola á la hora presente; pero en vista de la citada afirmación (ahora me dirijo al Sr. Cotarelo, claro está), requiero al Sr. Cotarelo para que pruebe lo que ha dicho, en la inteligencia de que si no lo prueba, le diré que ha faltado á la verdad á sabiendas, y emplearé para decírselo el verbo correspondiente á este concepto.

Me atribuye además que he usado la palabra *sendos* en significación de *grandes*, lo cual no es cierto. En la pág. 81 de mi *Hostería* se leen estas líneas:

«—*Pues aquí tenemos á Lampordo y á Balugante que habiendo ganado no ha mucho* SENDOS *doblones*.»

¿De dónde sacó el Sr. Cotarelo que en el pasaje mencionado se emplee la palabra *sendos* en sentido de *grandes*? ¿No vió, poco más atrás (en la pág. 78) estas otras líneas?:

«*Tomaron asiento los* TRES *valientes junto á una de las mesas, pidieron* SENDOS *gomboiros de estaño*» (picheles de un cuartillo para arriba), es decir, un gomboiro cada uno. ¿No está empleada la palabra con toda propiedad y como no sería capaz de emplearla el Sr. Cotarelo, que ignora el uso que tiene en castellano el relativo *cuyo*, como dejo demostrado?

Asegura, á renglón seguido, que *salvilla* no significa *salvadera*, cual si yo hubiera querido emplear las palabras como sinónimas cuando escribí:

gún género de duda á lo avieso de la intención, atribuyo la pregunta á lo primero más bien que á lo segundo.

Dígame, hidalgo insigne, por vida de los críticos de en-

«*Sobre la mesa, había un tintero de cuerno, una salvilla, etc.*» (página 121), y, lo que es más, como si yo no hubiese demostrado saber lo que era una *salvilla*, cuando dije en la pág. 161, describiendo un *agasajo:*

«*aquellas* SALVILLAS *de plata, con búcaros y bernegales para el agua, vidrios para la mosela, limón y garapiñas, etc.*»

La que no es castellana, ni mora, ni judía, ni siquiera *bable* es la palabra *salvadera*, que emplea el Sr. Cotarelo, para designar el recipiente en donde se tienen (ó en donde se tenían, porque ahora los polvos de escribir no los usa nadie más que el Sr. Cotarelo), los polvos ó arenillas; *salvadera* no es nada; búsquese en el *Diccionario* y no se encontrará, pues lo que quiso escribir el Sr. Cotarelo, y lo hubiese escrito si supiese ortografía, es *salbadera*, que es como se llama aquel objeto. Pero, ¿qué puede esperarse de quien escribe *exhorbitancia* y *auyentado?*

Afirma también el Sr. Cotarelo que la palabra *óstugo* no tiene la *significación* que le doy y que, además, no es una *clase de moneda.* El párrafo de la *Hostería* en que aparece el vocablo es este:

«—*¿Pareceos, señores, que cuando un amigo y cofrade hinche de veras la bolsa sin gran trabajo, está en el orden que no haga partícipes de la alegría á los no afortunados que se ven* SIN ÓSTUGO DE MONEDA?»

¿Qué ve el Sr. Cotarelo en estas palabras para deducir, como dedujo, que yo creí que *óstugo* era una *clase de moneda?* ¿Es que faltó la buena fe ó es que sobró la ignorancia? Y en cuanto á que la palabra no tenga el significado que le doy (trozo, parte de una cosa, reliquia, resto, etc.)..., descúbrase el Sr. Cotarelo, bese la tierra, pida perdón y lea el párrafo que sigue, en el que el vocablo aparece empleado en el mismo sentido:

«*... y él, poniéndose el dedo pulgar en la garganta y extendiendo la mano arriba, les dió á entender que no tenía* ÓSTUGO DE MONEDA...»

¿Sabe el Sr. Cotarelo quién escribió esto? ¡Qué ha de saberlo! ¡El Sr. Cotarelo no sabe nada de nada! Bueno; pues el párrafo anterior fué escrito por un tal Miguel de Cervantes, en un libro que se llama el *Quijote* y en cuya segunda parte, cap. LIV, podrá leerlo, si sabe.

Después de lo que antecede, supongo que al Sr. Cotarelo se le habrá caído la cara de vergüenza; pero, por si no fuera así, que todo

grudo y papelón: ¿para qué os sirve esa vista de sacre que tenéis? ¿No leísteis aquel párrafo mío en que decía: «Prepárense ustedes, porque el hidalgo va á hacer ahora *un pinito*

---

pudiera suceder, quiero agregar todavía que el Sr. Cotarelo no es inexpugnable ni siquiera en su baluarte de erudición, erudición que casi toda es pura alquimia, como lo demuestra al asombrarse de que yo dijese que una comedianta de principios del siglo XVII, salió á bailar la *zarabanda* calzando *zapatos de tres corchos de guadamecil con virillas de plata.*

—¡Esos no eran *zapatos*, voto á tres mil *zoizos!*—exclamó el Sr. Cotarelo soltando ternos, haciendo fieros y en ademán de comerse el mundo—¡¡Esos no eran *zapatos*, sino *chapines*, que no usaban las *damas* más que en la calle y en visita!! Mandemos al alborotado crítico á hacer *jaretas*, pero no sin decirle que por lo que se refiere á su afirmación de que los *chapines* los usaban las *damas*, cuenta D. Francisco de Quevedo que vió con ellos calzadas á dos *damas* distinguidísimas de su tiempo, que se llamaban *la Coruja* y *la Carrasca*

«llevan puñazos de ayuda
como perrazos de Irlanda,
avantales voladores,
chapinitos de en volandas».

(Baile titulado *Las Valentonas.*)

y que Cervantes también nos dice que los usaban hembras tan honradas y damas tan linajudas como *la Escalanta* y *la Cariharta*, de la cofradía de Monipodio, la primera de las cuales se quitó un *chapín* para *tañer en él como en un pandero*, y la segunda que, por no ser menos, tomó *otro chapín y se metió en la danza* (Véase *Rinconete y Cortadillo).* En cuanto á que el *zapato de tres corchos de guadamecil* no se usase para bailar, véase lo que escribió Monreal (que como erudito valía mil veces más que el Sr. Cotarelo, y era un literato), en un artículo titulado *Los bailes de antaño*, describiendo una *zarabanda* bailada por la Jusepa Vaca:

«El ZAPATO *de solos* TRES CORCHOS, *para que no le impidiesen las cabriolas, era de* GUADAMECIL, etc.» El Sr. Cotarelo, que no sabe más que á medias lo que era guadamecil, objetó que «los chapines no se hacían de guadamecil ó guadamecí, que era un cuero duro y grueso usado en asientos, cubiertas de baúles...»

¡Sí, sí! ¡¡El baúl mundo... se vendeeee!!

de hablista clásico? Sí lo leísteis, aunque no lo entendísteis, pues vos mismo lo copiáis, para mayor ludibrio, en vuestra cencerruna *Satisfacción.* ¿Cómo no reparásteis, infeliz, en que el fundamento de mi prevención á los lectores estaba precisamente en aquella palabra *amén*, que embutísteis en vuestra prosa salchichesca, palabra de la que, si dije entonces que valía un huevo de pava, afirmo ahora que vale un huevo de avestruz? ¿En cuál de las otras ocho palabras de la

---

Pero resulta que en esta, como en otras muchas ocasiones, el señor Cotarelo no sabe lo que se pesca, porque ignora que además de la acepción que da de guadamecí, tiene otra, que es la de *brocado* (véase el *Diccionario*), que era una tela tejida con oro ó plata y que se empleaba, entre otros usos, para hacer zapatos de baile.

Por lo demás, si existen ó no en castellano las palabras *esparajismo*, *escamojos* y *mosela;* si pueden ó no decirse frases como *faltas de puntualidad de más de la marca* y *urdimbre de trapaza*, no es, no puede ser el Sr. Cotarelo quién para juzgarlo, ni puede tampoco permitírsele que se entremeta á dar su opinión sobre asuntos gramaticales al hombre que arroja esta badea á la faz de la Lengua castellana:

«*Solo que el famoso novelista granadino* (CON GASTAR NINGUNOS ESCRÚPULOS *en esta materia)*, etc.» (Pág. 71 de la *Satisfacción... ¡¡á la Academia Española!!).*

Claro es que lo que él quiso decir es que el novelista, *con gastar* POCOS *escrúpulos en esta materia* ó *con no gastar muchos escrúpulos en la materia,* etc., pero no lo dijo, por ser empresa superior á sus fuerzas.

¡¡Con gastar ningunos escrúpulos!!

¿Cómo pretende el Sr. Cotarelo, después de esto, que se discuta con él? ¿Cómo ha de reconocerse beligerancia en cuestiones literarias á quien NO SABE EL CASTELLANO?

Hagamos, pues, con su apreciación de *La Hostería de Cantillana*, lo que decía aquel que iba á hacer con el anónimo que tenía delante al tiempo de decirlo, y repitamos una vez más el conocidísimo epigrama de Moratín:

Tu crítica majadera
de los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera;
más pesadumbre tuviera
si te gustaran á ti.

pedestre frase de vmd. descubriría nadie el *clasicismo*, si son de lo más ramplón que ha podido salir del tenderete de un zapatero de portal? Pero, pues no lo entendísteis, tendré que declararme más y ponerlo al alcance de vmd; y, declarándome, digo que lo que yo quise dar á entender es que aquel *amén* de que asísteis, garrapateado por vos en la mazorral explicación de la palabra *tablilla*, es hermogeniano, es afectado, es pedantesco, es ridículo, es insufrible y que me hizo el mismo efecto que si me hubieran dicho que vmd. pide á la criada el chocolate de este modo:

«Marcolfa hermana: apórtame el pocillo del sabroso, ca-»liente y confortante soconusco, amén de un vidrio de agua, »en el cual vidrio (1) hayas previamente diluído, ó, cuando »menos, intentado diluir el blanco al par que ligero y espon-»joso panal.»

¡Andad de ahí, pobre hombre!

Terrero = Terrado ó terraza.

Vuelvo á decir que *terraza* no es castellano, sino un galicismo, y que *terrado* y *terrero* son cosas muy distintas. *Terrero*, en castellano, y, pese á todos los *Diccionarios* habidos y por haber, es la tierra que se amontona en sitio determinado, y que unas veces sirve de muro de contención, otras para enrasar un desnivel del terreno, otras para que se emboten los proyectiles cuando se tira al blanco ó se prueban las armas (2), etc.; y *terrado* es «el sitio de una casa, descubierto y elevado, desde el cual se puede explayar la vista» (sigo la definición de la Academia, aunque me parece rematadamente mala). *Terraza* puede ser traducido por *terrado*,

---

(1) Bueno; ya sabemos que el Sr. Cotarelo hubiera dicho: «en *cuyo* vidrio», etc.

(2) «... y por abreviar, cuando vaya al campo final dando su postrimería al arte militario, por pelear y *tirar á terrero...*» (DELICADO; *La Lozana Andaluza*, Mamotreto XXI, pág. 83. Edición Rodríguez Serra; Madrid. 1899.)

pero *terrado* no puede serlo por *terrero,* digan lo que digan todos los que no saben lo que dicen.

El hidalgo escuderil, en un temeroso párrafo de bostezosa y modorresca *complixión*, muy semejante á una droga averiada, afirma que «algunas casas de los siglos XVI y XVII tenían *terreros*». Terreros, ¿eh? Terreros días viva vuesamerced. ¡No te dé Dios malos *terreros! Terrados* y muy *terrados,* amigo mío. Llame vmd. á un niño de la doctrina que entienda de letra y déle un bodigo de los que guarde en su arcaz, y mándele que le lea esto, y fíjese:

«Vistióse, como decimos,
»de veinticinco alfileres
»por si el Rey en una plaza
»en un *terrado* la viese (1).

«... los muchachos pregonan
»*terrados* como castañas:
»¡Suban al *terrado*
»que está fresco y galano (2).

»los bravos son mis altos y escalones,
»no los toros, pues tengo y no lo callo,
»más hombres en *terrados* que en balcones (3)

»Apelaron á *terrado*
»Doña Inés y Doña Rapia» (4).

«... envió el caballero un pajecillo á la calle que conjeturó corresponder con la casa de aquel *terrado*» (5).

En cambio, vean lo que escribe un académico de la Espa-

---

(1) QUEVEDO: *Romances* (Toros y cañas en que entró el Rey Don Felipe IV.)

(2) BENAVENTE: Baile de *Los Toros.*

(3) QUEVEDO: *Thalia*, soneto III.

(4) Ib.: *Romances* (Fiesta de toros literal y alegórica.)

(5) VALLADARES: *El caballero venturoso.* Primera parte. Aventura VI, Tomo I, pág. 75, R. Serra, editor, Madrid. MCMII.

ñola, en la réplica que da á mi *Silba*, con motivo de la palabra que figura al comienzo de este artículo:

«Pero hoy, mejor mirado, me inclino en absoluto al lado de la acepción académica y *de que se* refiere Rueda...»

¡Guay, de orejas que tal oyen!

Como el verbo que rije en esta oración es *inclinar*, hay que leer así: «... *me inclino de que se refiere Rueda*».

Siga el lector, que el hidalgo no ha terminado el discante:

«... y de que se refiere Rueda al objeto ó blanco para tirar á él.»

¿Para tirar á quién? ¿A Rueda? ¡Solamente eso le faltaba al pobre batihoja!

Como ven ustedes, el hidalgo gasta una sintaxis zambombesca.

¡Señores académicos! ¿No creen vuestras señorías que ha llegado el momento de la expulsión? ¿Puede tolerarse una granizada de zupia como la que el hidalgo ha descargado sobre todos nosotros?

¡Nada, nada! ¡A vender mondongo, he dicho, y á dejar en paz á las Letras españolas!

Torobisco

D. Emilio apuntó la idea (?) de que *torobisco* eran «dos palabras»: *toro bisco* ó *bizco*...

¡No se rían vuesas mercedes, y déjenme acabar...!

Yo le advertí piadosamente que *Torobisco* debía de ser el conocidísimo *torvisco*.

Ahora pide la *prueba*...

Sí, señores, pide la *prueba*...

No lo duden ustedes, pide la *prueba*, y aún reproduce el *toro bizco* en la pág. 77 de la *Satisfacción*.

¡¡Ucho—ho!!

Trompeta bastarda

Pues señor... El gran Mori se topó con las palabras *trompeta bastarda* y no habiendo oído tal trompeta en todos los

días de su medianamente aprovechada vida, salió del paso con una interpretación de á real y medio, diciendo: «Cierta clase de trompeta, al parecer muy ruidosa». Y la trompeta, naturalmente, sonó lo mismo que un vil cuerno.

Confesada así su ignorancia en achaques de trompetería, yo saqué á relucir tres textos en que aparece la susodicha trompeta y, claro, el cuitado erudito, de igual suerte que le ocurrió con lo del *cuquillo*, volvió á sentir el escozor del ladrillazo, volvió á ponerse lívido, volvieron á erizársele los pelos del occipucio, volvió á patear como si bailase un tango, volvió, con gran saña, á emprenderla á mordiscos con las diferentes partes de su cuerpo y, en fin, como era natural, y hecho una lástima, volvió á salir por las de Pavía, diciendo que las tres citas están tomadas de la *Organografía musical antigua española, por Felipe Pedrell*, pero diciéndolo con tal indignación y con ademanes tan descompuestos y desatentados, que más que un pacífico y polvoriento erudito, dijérase que parecía un loro soberbio al que, por entre los hierros de la jaula, le endilgasen un jeringazo de dos cuartillos de bencina.

Y todo porque yo di con el libro y él no, y por considerar que si en lo sucesivo quisiera él darse tono con la cita, tendría que hacerla de vejiga ó curarla de punto. ¡Por vida de la destemplanza de humores y de las vísceras enfermas! Cuídese esos hígados, D. Emilio, y no olvide vmd. de que le sangren de la vena basílica.

Menos mal si se hubiese contentado con patalear y echar espumarajos y ternos; pero, no satisfecho con tales extremos, fué el desgraciado á ponerse en ridículo por el camino más corto, como siempre acontece á aquel que se desmanda, y, así, refiere, narra ó relata, que cuando vió los textos por mí mencionados y resuelto á disipar una duda tenaz que había comenzado á hurgarle (aunque el muy ladino no dice dónde le hurgaba), *se encaminó al estante en que tiene los libros de música*, y...

Aquí el Bachiller hace un paréntesis y dice que, por Mahoma, diera la mejor trompeta bastarda, de dos que tiene,

por ver la pinta del hidalgo cuando se encaminaba al estante en el que guarda los libros de música, pues ya se imagina que no dejaría de emprender el tal camino sin llevar holgadas pedorreras, cumplida chupa de dómine y su buen becoquín de orejas; y añade el Bachiller que diera las dos trompetas y un pito encima por ver, además, al hidalgo abrir uno de los tales libros á las altas horas de la noche y ponerse á solfear, porque es fama que tiene la mejor voz del mundo para cantar fandangos.

Encaminóse, pues, como dijimos, al estante de los libros musicales, y asegura que no tardó en dar con uno *muy* chiquito, pero MUY aprovechado (aludiendo al de Pedrell), que es *para él* MUY *conocido* (¡van tres *muys*, amigo!) por razones que no cree oportuno traer á colación.

Yo no dudo, Sr. Mori, que el libro en cuestión sea por vuestra merced *muy conocido*, pero holgárame yo de que lo fuera tanto que antes de ahora hubiérades topado con él, pues, de esta guisa, ni vos escribiérades la desatinada glosa, ni yo dejara de ahorrarme el trabajo que me costó el contestarla, con lo cual vais también contestado á todas las montaraces diatribas que evacuó vuestra mollera estupenda en las tres páginas que dedicásteis al artículo trompetil. Pero no quiero terminar el mío sin citar unas palabras de vuestra mismísima merced que traen olor más que bellaco, por lo que atañe á la gramática, y que dicen así:

«Yo pediré humildemente perdón (se dirige á la Acade-»mia Española, sin duda), por no citar esos (textos) ni otros »varios, porque, francamente, no creí que en un sencillo »glosario de Lope de Rueda *debía de salirme* de mi papel...»

Tal le medre Dios á vuesamerced.

Conque, *debía* DE *salirme*, ¿eh?

De donde debiera vmd. salirse es de la Academia Española, y poner (no me llame vmd. pesado y machacón, D. Emilio, porque es que quiero convencerle y lo hago por su bien), y poner mondonguería: una mondonguería modestita, pero, vamos, mondonguería.

Vericundas.

«¡Singular calificativo aplicado á las lechugas!», dijo Pifartos, en el colmo del asombro.

Vericundas quiere decir *verdes* en el caso de autos (advertí yo, cuando me acabé de reir).

Y ahora viene Pifartos, y dice: «Vengan las pruebas.»

Y yo le contesto: Búsquelas usted, puesto que le hacen falta.

Zoizos = Suizos.

El Sr. Cotarelo se incomoda otra vez y apela al vituperio, no porque yo le dijese que me parecía una antífona su célebre frase «... en tiempo de David no había suizos en Judea», sino porque no la copié con fidelidad y exactitud, puesto que, según me observa con innegable oportunidad, la frase era así: «*Claro es que* en tiempo de David no había suizos en Judea».

Tenéis razón, hidalgo; pero no seais tan cosquillosico; confieso que me comí las palabras *claro es que*, aunque claro es también que cuando en la línea 5.ª de la página 99 de mi *Silba* puse aquellos puntitos suspensivos delante de la frase, al citarla por primera vez, era para denotar que no la había tomado por el principio. Buena ocasión era esta, si yo fuese mal intencionado, para preguntar como vmd. preguntó en lo del *amén*: «Pero, ¿es posible que no sepa el Sr. Cotarelo que cuando se ponen puntos suspensivos delante de una frase ó párrafo que se copian es para indicar que éstos no se transcriben desde su comienzo?» Mas como no tengo mala intención, y á mayor abundamiento sabía que me hubiera expuesto como vmd. á que me llamasen bobo, no quise utilizar aquel *recurso polémico*.

Ahora bien; lo principal es que se salve la *antífona*, y la antífona se salva, ¡vaya si se salva! Es más; ahora y con lo que hay que agregarla, no solamente queda de órdago, sino digna de los maitines de un oficio doble de primera clase; sin embargo, como en esta clase de oficio se duplican las

antífonas, es preciso añadir otra y, por tanto, puede arreglarse de esta suerte:

El antifonero: **1.ª Antífona**: *Dixit zoizis: nolite loqui adversus Cotarelum iniquitatem.*

2.ª Antífona: (Ex Glossario) *Palam, in tempore David non erant zoizos in Iudaea.*

1er. Versículo del Coro: *Verè, non erant zoizos*, sed cum hoc audivisset David, ¡porra!, dixit et eiecit arpam.*

Como veis, la antífona queda perfectamente; y vos, hidalgo, vais servido.

APÉNDICE

El Sr. Cotarelo afirmó de una manera rotunda y absoluta que sólo en tres casos tuve razón al criticar su *Vocabulario*, y que, para eso, en dos de ellos tratábase de errores materiales ó descuidos de pluma, y en el otro, de una errata de imprenta. Semejante inexactitud, que seguramente no habrá sido creída por ningún lector, ni acaso tampoco por el mismo Sr. Cotarelo, me movió á hacer un examen más detenido del *Vocabulario* que el que había hecho la primera vez; y con objeto de demostrar al insigne erudito que conmigo no vale querer embarullar las cosas ni meterlas á barato, voy á insertar á continuación, según prometí en el *Proemio*, una lista de las *principales* palabras incluídas en el glosario, dividida en las secciones siguientes:

I. Vocablos que en el glosario del Sr. Cotarelo aparecen con la misma significación que tienen en el *Diccionario*.

II. Vocablos que sin necesidad alguna figuran en el glosario del Sr. Cotarelo.

III. Vocablos cuya acepción ó no puede admitirse ó constituye una bobada.

IV. Vocablos que están en el glosario, pero sin explicación alguna.

V. Vocablos de cuya acepción duda el Sr. Cotarelo.

VI. Vocablos cuya acepción desconoce el Sr. Cotarelo.

VII. Vocablos cuya acepción no tiene más fundamento que la palabra del Sr. Cotarelo.

Al final de estas listas insertaré otra que contendrá algunos vocablos y frases notables que se leen en las obras de Rueda y que el Sr. Cotarelo no incluyó en el glosario, sin que haya causa alguna que pueda explicar tales omisiones, como no sea el censurable descuido, la espantosa desidia y la crasa ignorancia que camparon en el arreglo de aquella edición desdichadísima (1).

Una de las bases aprobadas por la Academia en 1907 para la publicación de esta clase de ediciones, dispone que «cada »obra publicada llevará al fin un vocabulario donde estén »las voces, acepciones y formas de palabras *que no figuren* en »el *Diccionario* de la Academia, además de las que se juzguen »*notables por cualquier* concepto.» El Sr. Cotarelo cumplió tan al pie de la letra este último inciso que él mismo tiene el desahogo de confesar en su «*Satisfacción*» que *no bajan de trescientos* (2) los vocablos por él consignados cuya significación *es la misma* que les da la Academia; y justifica el hecho diciendo que, por ser *notables*, dada su *rareza*, les consideró merecedores de figurar en el glosario: entre tales voces, se encuentran muchas tan extrañas como *acote*, *ahinco*, *aviso*, *baraunda*, *devanean*, *embebecidos*, *espaciosa*, *estantigua*, *fontanas*, *hinchen*, *limitados*, *mercedes*, *plegarias*, *rancor*, *sesgo*, *tomillar*, *tomo*, *traspies*, *vendedera*, *zaguera* y otras no menos desconocidas que las que quedan transcritas, y que demuestran, de un lado, lo extenso del léxico del Sr. Cotarelo, puesto que aquellas y otras semejantes palabras le parecieron raras, y, de otro, los recursos de que ha tenido que

---

(1) El *Vocabulario* del Sr. Cotarelo consta de 730 palabras: las listas que siguen constan de 614. No vaya á suponerse que la diferencia de 116 está formada por los vocablos respecto de los cuales nada hay que objetar, *porque éstos escasamente llegarán á 40;* pero no se ha creído necesario incluir el resto mencionado, porque se trata de vocablos ó de dislates de menos importancia que los que van á verse en las listas mencionadas.

(2) Me comprometo á demostrar que son más de 350.

valerse para llenar el expediente y cumplir el compromiso contraído de componer el vocabulario de la edición.

No se crea que á aquél quedaron reducidos dichos recursos, no; el Sr. Cotarelo dió prueba de tener maravillosa facilidad para encontrar otros tales y mejores. En primer término, cualquiera que lea su *vocabulario* se sorprenderá al ver los *verbos*, no en la forma de *infinitivo*, que es la corriente en esta clase de trabajos y la que la lógica demanda, sino en el *tiempo* en que aparecen en el correspondiente pasaje; y su sorpresa no será menor cuando repare en que los *nombres* y *adjetivos* no siempre se transcriben en su *forma masculina y en singular*, como también lo piden la costumbre y el sentido común, sino en el *género y número en que se hallan empleados en el texto:* alega el Sr. Cotarelo que lo ha hecho así *para mayor claridad*, y aunque no es fácil saber cuál es la *mayor claridad* que resulta procediendo de esta manera, como no sea aquella á que se refería D. Hermógenes cuando se explicaba en griego, lo que sí averigua aun el menos avisado, es que, glosando según los cánones de este nuevo sistema, cada verbo, cada nombre y cada adjetivo pueden convertirse en tantas glosas cuantos hayan sido los tiempos, géneros y números en que los usó el autor, lo cual, si es cierto que no es de utilidad para el que lee, en cambio reporta al glosista la ventaja indiscutible de *hacer bulto* y le da ocasión de pasar por buena la moneda de plomo. De otro modo, ¿cómo hubiera podido el Sr. Cotarelo dar tres golpes al verbo *adiestrar* en los tres vocablos *adiéstrame*, *adiestraremos* y *adestrára*, y otros tres al verbo *henchir* en sus tres tiempos de *hinchen*, *henchiría* y *henchí*? ¿Cómo aparecerían un *traspuesta* y un *traspuesto*, cual vocablos distintos é independientes? ¿Cómo enjaretar, casi seguidos, un *turasen* y un *ture,* cual si fuesen vocablos de distintas familias? ¿Cómo admiraríamos, en ringla colocadas, las tres palabras *espaciosa*, *espaciosas* y *espacioso* y muchas más por el estilo que se podrán ver más adelante?

Otro de los admirables recursos empleados por el señor Cotarelo para emborronar papel ha sido el de dar caza con

liga, cepos y cimbeles á gran cantidad de inocentes términos de patanes y de simples que no son sino otras tantas palabras de uso corriente y moliente, aunque alteradas en la prosodia, recurso tanto más censurable cuanto que el Sr. Cotarelo había prometido formalmente, en la *advertencia* que puso al frente del *Vocabulario*, que suprimiría tales palabras, por ser «únicamente modificaciones rústicas de la forma corriente entre la gente culta en tiempo de Rueda»: esta promesa, sin embargo, no fué cumplida por el Sr. Cotarelo, puesto que rústicos y patanescos son los vocablos *cataplasmos*, *emprasto*, *compiezo*, *confeites*, *entrueja*, *groñidor*, *plantufo*, *párago*, *potecario*, *sambido*, *soportativo*, *tantárticos*, y otros muchos de este jaez que incluyó el implacable glosista.

El cual utiliza un tercer recurso para procurarse material de glosa, que es el de copiar en el *Vocabulario* frases enteras de Lope de Rueda que no tienen otra cosa de particular que el usarse hoy en el mismo sentido en que entonces se usaban, y ofrecer un pretexto al erudito de llenar muchos renglones de comentarios ácratas.

Es irrisorio, en efecto, hallar en un vocabulario de las obras de Rueda, frases como «*de hoz y de coz*», «*se coma tras ello las manos*», «*de lance en lance*», «*di de mano*», «*perdóneme sus ausencias*», «*vida airada*» y otras que usó Rueda, que usaron los escritores anteriores y posteriores á él, que seguimos usando en nuestros días y que se usarán sabe Dios hasta cuándo; pero, ¿quién le quita lo bailado al Sr. Cotarelo al darse el gustazo de ver un *Vocabulario* bien atarugado, sostenido por abundantes y macizas columnas?

Por último, el Sr. Cotarelo, en su afán de *hinchar el perro*, como él dice (cosa que no es tan fácil como parece, según indicó Cervantes), ó de rellenar de perdigones el cartucho, como digo yo (cosa que no es difícil, con la condición única de hallar un *primo)*, dió en la gracia de incluir en el glosario infinidad de frases *literalmente copiadas del texto*, *sin añadir explicación ni comentario alguno*, lo cual basta para demostrar su completa y absoluta inutilidad en aquel lugar. Si á lo di-

cho se agrega que muchas veces se observa en la colocación de las voces un orden alfabético disparatado (1), que son numerosas las referencias de páginas que están equivocadas, que con harta frecuencia el glosista duda respecto de la significación de una palabra que está perfectamente explicada en el *Diccionario* y que, en ocasiones, no hace más que alterar un poco los términos de la explicación académica para darla como de la propia cosecha, podrá el lector comprender cuál es el valor del famoso *Vocabulario*, cuál fué el cuidado que su autor observó al componerlo y cuál fué también la razón que tuve yo al indignarme, como me indigné, en nombre de las Letras castellanas, cuando salí á quebrar una lanza en su servicio, razón de la que podrá darse entera cuenta aquél que con un poco de detenimiento lea las páginas que siguen.

---

(1) Por ejemplo, la frase «*en ayuso*», en vez de colocarla en la A la incluye en la E; la frase «*Inseparables gracias*», que debiera estar en la G, hállase en la I; la frase «*de lance en lance*», que cualquiera iría á buscarla en la L, está en la D, y así por el estilo.

I

Vocablos que están en el glosario *del Sr. Cotarelo con* LA MISMA *acepción que en el Diccionario de la Academia.*

Aballa (1) : baja = ABALLAR : bajar.
Aborrir : aburrir, desesperar = ABORRIR : entregarse con despecho á alguna acción.
Acabalada : cabal, completa = ACABALAR : completar.
Aconhortaos : alentaos = ACONHORTAR : confortar, animar, alentar.
Acote : señale = ACOTAR : fijar ó señalar.
Acostado (deudo) : cercano = ACOSTADO : cercano en parentesco.
Adiéstrame : condúceme, guíame
Adiestraremos : conduciremos
Adestrara : dirigiera
} ADIESTRAR : guiar, encaminar.
Afrecho : salvado ó harina basta = AFRECHO : salvado.
Afufas : fuga = AFUFAS : fuga.
Agra : agria, áspera = AGRO : agrio.
Aguaderos : aguadores = AGUADERO : aguador.
Ahinco : insistencia, porfía = AHINCO : empeño ó diligencia grande.
Ahotas : á la verdad, ciertamente = AHOTAS : en verdad, á buen seguro, ciertamente.
Alárabe : moro = ALÁRABE : árabe.
Albilla : una clase de uva = ALBILLA : uva, etc.

---

(1) Los vocablos que van en *negrillas* y los significados que les siguen son los que aparecen en el *Vocabulario* del Sr. Cotarelo. A continuación se insertan, en *versalitas*, los vocablos correspondientes y la significación que tienen en el *Diccionario*.

Almacén : significa dilación = ALMACÉN (gastar uno) *fig. y fam.* : gastar muchas palabras ó usar de grandes ponderaciones para explicar alguna cosa de poca entidad.
Añasga : engaña ó enreda }
Añasgado : engañado } AÑASCAR : enredar, embrollar.
Apaño (os) : os cojo ú os agarro = APAÑAR : asir ó coger con la mano.
Asas : orejas (voz de germanía) = ASA : *germ.*, oreja.
Asombrase : amedrentase = ASOMBRAR : asustar.
Atetándola : amamantándola = ATETAR : dar teta.
Auditores : oyentes = AUDITOR : oyente.
Avezó : acostumbró = AVEZAR : acostumbrar.
Avisado : discreto = AVISADO : prudente, discreto.
Aviso : cuidado = AVISO : atención, cuidado.

Baldeo : la espada (voz de germ.) = BALDEO : *germ.*, espada.
Baraunda : ruido grande, estrépito = BARAUNDA : ruido y confusión grande.
Barajamos : peleamos, reñimos = BARAJAR : reñir.
Bochines : verdugos = BOCHÍN : verdugo.
Boscajes : bosques ó arboledas = BOSCAJE : conjunto de árboles.
Breval : higuera que da brevas = BREVAL : higuera que da brevas.
Brutesco : grutesco = BRUTESCO : grutesco.
Buche : estómago humano = BUCHE : estómago de los racionales.
Burjaca : bolsa = BURJACA : bolsa grande de cuero, etc.

Cajeros : buhoneros = CAJERO : buhonero.
Cándido : pálido, blanco = CÁNDIDO : blanco.
Cantón : esquina de la calle ó casa (1) = CANTÓN : esquina.

---

(1) ¿Es que puede haber esquina de una calle que no sea la esquina de una casa? ¿Es que puede haber esquina de una casa que no sea la esquina de una calle? El Sr. Cotarelo y Mori tiene la palabra para rectificar.

Carátula : careta representando rostro humano = Carátula : careta.
Catarnos : guardarnos, rendirnos = Catar : guardar, tener, etcétera.
Cohondidos : atacados, invadidos = Cohonder : manchar, corromper.
Comprador : oficio doméstico = Comprador : criado ó mozo destinado á comprar.
Cortabolsas : ladrón = Cortabolsas : ladrón, ratero.
Culpante : culpado = Culpante : que tiene culpa.

Chapinazos : golpes dados con el chapín = Chapinazo : golpe dado con un chapín.

Debres : débiles = Deble : endeble.
De lance en lance : de un suceso en otro = De lance en lance : de una acción en otra.
Desacordados : destemplados = Desacordar : destemplar un instrumento, etc.
Desarrevueltas : desprovistas, exentas, libres = Desarrevolver : desenvolver, desembarazar.
Desgoncéis : descoyuntéis = Desgonzar : desencajar.
Deshambridas : hambrientas = Deshambrido, da : muy hambriento.
Desprivar : hacer caer á un valido ó privado = Desprivar : hacer caer de la privanza.
Devanean : se equivocan, desbarran = Devanear : disparatar, delirar.
Ditado : títulos ó calificativos = Ditado (ó *dictado)* : título de dignidad, etc.

Embebecidos : abstraídos, absortos = Embebecer : quedarse embelesado y pasmado.
Embroque : encaje, vierta, derrame = Embroque : vaciar una vasija en otra, copiar.
En ayuso : abajo = Ayuso : abajo.
Engarrotado : agarrotado = Engarrotar : agarrotar.

Enrubiar : teñir de color rubio el pelo = ENRUBIAR : poner rubia una cosa; dícese más comunmente de los cabellos.
Entramos : entrambos = ENTRAMOS : entrambos.
Eres de menester : eres necesario = SER MENESTER : ser precisa una cosa ó haber necesidad de ella.
Escribano : calígrafo, pendolista, escribiente = ESCRIBANO : *ant.* escribiente (1.ª acep.)
Espaciosa : calmosa, perezosa
Espaciosas : largas
Espacioso : calmoso
} ESPACIOSO, SA : lento, pausado.
Espiritado : poseído del demonio = ESPIRITAR : *ant.* endemoniar.
Estantigua : fantasma = ESTANTIGUA : visión ó fantasma.
Estar á temas : tener cuestiones ó contiendas de palabra = Á TEMA : á porfía, á competencia.
Estringa : agujeta = ESTRINGA : agujeta.

Firmó : afirmó ó hizo firme ó inconmovible una cosa, pero en sentido material = FIRMAR : afirmar, dar firmeza y seguridad á una cosa.
Fontanas : fuentes = FONTANA : fuente.
Frutuosa : fructífera = FRUTUOSO, A : fructuoso.

Gavia : jaula; procede del italiano = GAVIA (del latín *cavea)* : jaula de madera en que se encierra al loco furioso.
Gomarra : gallina (voz de germ.) = GOMARRA : *germ.*, gallina.

Hemencia : vehemencia = HEMENCIA : *ant.* vehemencia.
Hinchen : llenan = HINCHIR : henchir, llenar.
Hondijo : honda = HONDIJO : honda.
Hostal : fonda ú hostería = HOSTAL : hostería.

Jaco : armadura del tronco = JACO : cota de malla, de manga corta, que no pasaba de la cintura.
Jaén : una clase de uva = JAÉN : uva Jaén.
Justo : jubón (voz de germ.) = JUSTO : *germ.*, jubón.

Ligagamba : lo que hoy ligas = Ligagamba : liga.
Lima : camisa (voz de germ.) = Lima : *germ.*, camisa.
Limetas de vino : botellas de vino = Limeta : botella.
Limitados : cortos = Limitado : dícese del que tiene poco entendimiento.

Manos á labor : manos á la obra = Manos á la labor, ó á la obra.
Marchante : comerciante = Marchante : mercantil, traficante.
Mareadores : ladrones que andan con la flor de trocar un real en cuartos (voz de germ.) = Mareador : ladrón que trueca la mala moneda por la buena.
Mareaje : navegación = Mareaje : arte ó profesión de marear ó navegar.
Marré : equivoqué = Marrar : errar.
Mercadante : mercader = Mercadante : mercader.
Mercedes : gracias = Merced : premio ó galardón.
Mirlas : orejas (voz de germ.) = Mirla : *germ.*, oreja.
Molletes : panecillos = Mollete : panecillo.

Nómima : amuleto = Nómina : reliquia en que estaban escritos los nombres de algunos santos.
Notomías : esqueletos = Notomía : esqueleto.

Ocurrir : acudir = Ocurrir : acudir.
Ofensarte : ofenderte = Ofensar : ofender.
Otrie : otra persona = Otre : otri.

Paloma : la sábana (voz de germ.) = Paloma : *germ.*, sábana.
Papirotazos : capirotazos = Papirotazo : capirote (3.ª acepción).
Pasaderas : piedras puestas en un río ó arroyo de poco fondo para atravesarlo = Pasadera : cada una de las piedras que se ponen para atravesar charcos, arroyos, etc.
Pasadores : saetas = Pasador : cierto género de flecha ó saeta.

Péndola : pluma = PÉNDOLA : pluma.
Piedra : la gallina (voz de germ.) = PIEDRA : *germ.*, gallina.
Piltra : la cama (voz de germ.) = PILTRA : *germ.*, cama.
Plegarias : ruegos dirigidos á una persona = PLEGARIA : súplica humilde y ferviente para pedir una cosa.
Pobreto (tomo I, pág. 83) : igual á pobrete = POBRETO : pobrete (2.ª acep.).
Poniente : sombrero (voz de germ.) = PONIENTE : *germ.*, sombrero.
Porquerón : corchete = PORQUERÓN : corchete.
Prosupuestos : predichos ó antes expresados = PROSUPUESTO : *irreg.* de prosuponer; PROSUPONER : presuponer.

Quillotrado : enamorado = QUILLOTRAR : *act.* enamorar.
Quinolilla : juego de quínolas = QUINOLILLAS : quínolas.

Rancor : rencor = RANCOR : rencor.
Recuerde : despierte = RECORDAR : *n. fig.*, despertar el que está dormido.
Red : la capa (voz de germ.) = RED : *germ.*, capa.
Retorcijada : retortijada = RETORCIJAR : retortijar.
Rodancho : broquel (voz de germ.) = RODANCHO : *germ.*, broquel.
Rompido : roto = ROMPIDO : roto.

Salvante : salvo = SALVANTE : *adv.* salvo.
Santiguadera : santiguadora = SANTIGUADERO, RA : santiguador.
Sesgo : tranquilo, sosegado = SESGO : sosegado.
¡Sus! : exclamación que significa ¡adelante!, ¡vamos allá! = ¡Sus! : interjección que se emplea para infundir ánimo.

Tabletas : medicina, pastilla = TABLETA : pastilla.
Tablilla : la que usaban los santeros, amén de la campanilla = TABLILLA DE SANTERO : insignia con que se piden las limosnas para los santuarios ó ermitas.
Tangas : tañas = TANGIR : tañer.

Testimoniero : el que levanta testimonio falso = Testimoniero : el que levanta falsos testimonios.
Tirantes : calzas (voz de germ.) = Tirante : *germ.*, calza.
Tomé á merced : se entregaron, se rindieron = Darse ó entregarse á merced : darse ó entregarse á discreción, estar uno á merced de otro, estar enteramente á sus expensas.
Tomillar : tierra que lleva ó cría tomillo = Tomillar : sitio poblado de tomillo.
Tomo : bulto ó tamaño = Tomo : grueso, cuerpo ó bulto de una cosa.
Trábate : cógete ó agárrate = Trabar : prender, agarrar ó asir.
Tramas : enredos y picardías femeninos (¡!) (1) = Tramas : *fig.* enredo.
Traspiés : zancadillas = Traspié : zancadilla.
Turasen : durasen = Turar : durar.
Turbiado : turbado, entorpecido = Turbiar : turbar.
Ture : dure = Turar : durar.

Valederos : valedores = Valedero : valedor.
Vendedera : vendedora = Vendedero, ra : persona que tiene por oficio vender.

Zaguera : última = Zaguero, ra : que va, se queda ó está atrás.
Zapuzado : chapuzado = Zapuzar : chapuzar.

---

(1) *¡Picardías femeninos!* ¡Recontra, D. Emilio! ¿Le enseñaron á concordar así en la escuela parroquial de Pelúgano? He oído decir que un académico, después de leer eso, enfermó del bazo gravemente. *¡Picardías* FEMENINOS!... ¡¡Cotarelu, caray, vaya un repollazo!!

II

Vocablos que sin necesidad alguna figuran en el glosario *del Sr. Cotarelo y cuya explicación constituye una falta de respeto al lector, por ser tan claro el sentido de las palabras que, solamente un prurito de llenar papel, á salga lo que saliere, pudo mover al glosista á consignarlos en el ridículo* Vocabulario.

Abejeros : ladrones de ganado (1).
Acemilón : calificativo despectivo. (Sin duda temió el académico que se confundiese con un título pontificio.)
Acipreses : cipreses. (Recordemos que el término es de un pobre pastor).
Acullá : allá.
A usadas : á osadas.
Adaquel : á aquel. — ¿Qué tal, señores míos?
Adaquellas : á aquellas.
Adaquestos : estos.

---

(1) Nota importante.—No vaya á creerse que esta y otras muchas palabras de germanía las ha descubierto el Sr. Cotarelo. En el *Paso* de Los ladrones hay una escena en que un ladrón viejo, llamado Cazorla, explica á otros ladrones novatos los términos de la jerga, dándoles la correspondiente equivalencia en castellano. Júzguese, pues, de la necesidad que tendrá el lector de las observaciones del hidalgo, cuando el mismo personaje del *Paso* va diciendo, punto por punto, lo que significa cada palabra. Pero el erudito vió en esta escena una verdadera mina de vocablos, y, teniendo en cuenta que era Cazorla su propietario, y que *quien roba al ladrón, ha cien años de perdón*, arrambló con todas las palabras y las echó á su *Vocabulario*. La mayor parte de ellas figuran en el *Diccionario* y son bastantes las que aparecen consignadas en el número anterior de este *Apéndice*.

Aldabas : orejas (voz de germ.) (Está en el pasaje de Cazorla.)

Amotacén : almotacén. (Y á renglón seguido confiesa... ¡que es errata! Entonces ¿por qué le dió vmd. categoría de vocablo?)

Amoxcarse : amoscarse.

An : aún.

An agora : aún ahora.

Andacá : anda acá. (Aquí el hidalgo á puro discurrir, se quedó sin pelo y con una calva jerónima.)

Asiento : el casco (voz de germ.) ¡Lo dice Cazorla!

Ausadas : á osadas. (Creo que ya lo había dicho antes su merced; pero el hidalgo, para glosar, aprovecha hasta las erratas. ¡Más le valiera haberlas corregido en el texto!)

Burlonazo : burlador.

Cadaldía : cada día.

Calcurros : zapatos (voz de germ.) ¡Voz de... Cazorla!

Calete : puñal (voz de germ.) ¡Voz de... Cazorla!

Cálida : la saboyana (voz de germ.) ¡Voz de... Cazorla!

Callibajo : calle abajo. (Cotarelmori : Cotarelo y Mori.)

Campana : la saya de la mujer (1) (voz de germ.) ¡Voz de... Cazorla!

Canturro : el gallo (voz de germ.) ¡Voz de... Cazorla!

Cara de siempre novia : requiebro de una gitana. (¿Cómo hubiera glosado el Sr. Cotarelo si, en vez de dicha frase, llega á encontrarse con esta otra?: «Cara de siempre bobo».)

Cebolla : la gallina (voz de germ.) ¡Voz de... Cazorla!

Ciquibaile : ladrón. (La explicación la da el Viejo en *Los Desposorios de Moisén.)*

Coma tras ello las manos (se) : frase bien usual, aun hoy. (Entonces, ¿por qué echó vmd. la frase á la *burjaca?* Y si echó ésta, no más que por la gracia de que se usaba en

---

(1) ¿Ha visto vmd. *sayas de hombre,* D. Emilio?

tiempo de Rueda en el mismo sentido que hoy, ¿por qué no apandó también con otras como *déjame hacer*, *guárdenos Dios*, *calla asno*, *¡hola, hola!*, y mil más que están en las obras de Rueda y se siguen usando hoy en el mismo sentido en que entonces se usaban?).

Contecillos : cuentecillos. (¡Qué talento no tendrá D. Emilio cuando dió con el significado en un pasaje tan oscuro como este!: «... *y* CONTARLE *hemos de aquellos* CONTECILLOS *de la tierra de Jauja*...»)

Cuartaguillo : diminutivo de cuartago. (¿Temió, por ventura, D. Emilio, que algún lector tomase la palabra por diminutivo de *letanía?)*

Cuatreros : ladrones de yeguas, caballos y otros animales (1) (voz de germ.) ¡Voz de... Cazorla!

Chivatil : cuadra ó establo de los chivos. (Dígame, D. Emilio, ¿cómo se llama la cuadra ó establo de las *chivas?* ¿Es que el chivatil es *para chivos sólos?*

Debrían : deberían.

Defensa : Tercera persona del singular del presente de indicativo del verbo defensar. (¡No grite tanto, hidalgo, que ya lo hemos entendido!)

De hoz y de coz. (Creo que basta consignar la frase para justificar su inclusión en este número del *Apéndice.)*

Denunciar de ese pastor : noticiar, avisar. (No digo nada, porque en esto le reconozco al Sr. Cotarelo una autoridad indiscutible.)

Doñasno : nombre de capricho, etc.

Doña Bruta : epíteto despectivo.

Donemilio, ¡no nos jorobe más!

Duelo, quizá sea errata por *diablo*. (¡Buena errata sería, recaray! Por el estilo de las que acostumbran á encontrarse en las obras de vmd.)

Empastro : emplasto.

Enxalmo : ensalmo.

---

(1) Por ejemplo, los que roban tigres, hienas, panteras y sardinas.

Espritillo : diminutivo de espíritu. (¡Este es buen hallazgo!)

Fugetivas : fugitivas. (¡Y este también es de barba de pato!)

Galga : nombre despectivo, aplicado á una mujer negra. (¡Claro! ¡Como que en la escena la llaman así! Es lo mismo que si un día le llamasen *eruditín* á D. Emilio y al llegar á casa apuntase: «*Eruditín : nombre despectivo dado á un académico*». Por lo demás, no se crea que el *nombre despectivo* se aplicaba solamente á las *mujeres negras*, como se demuestra con el siguiente ejemplo: «y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fué por culpa del *galgo* de su autor, antes que por falta del sujeto». *Don Quijote*, Parte primera, cap. IX.)

Garitero : ladrones que escalan ventanas (voz de germ.) ¡Voz de... Cazorla!

Garlito, lo usa en la misma forma traslaticia de hoy. (Véase lo dicho en *coma tras ello las manos.)*

Garrida : piropo de un gitana. (No, señor; piropo de quien piropée; figúrese vmd. que un erudito tuviese la costumbre de salir por las mañanas á perseguir fregonas; figúrese que el erudito se topase con una y le dijese: «¡Óyeme, rica!» ¿Habría derecho para decir que *rica* es «piropo de un erudito»? No, en ningún modo; es piropo de todo el que llame *rica* á la susodicha fregona, ó á cualquiera otra hembra, sea erudito el *requebrante*, ó sea emperador de Trapisonda.)

Gata salvaje : gata cerval ó montés. (¡Vamos, sí, lo que se dice *salvaje!)*

Groñidor : gruñidor.

Groñidores : ladrones de puercos (voz de germ.) ¡Voz de... Cazorla!

Guzquejos : gozquejos.
Henchí : henchid.
Hinchiría : llenaría ó hinchiría.
} ¡Esto se llama aprovechar el tiempo, caballeros!

Hincapié : en el mismo sentido figurado que hoy. (Véase lo dicho en *coma tras ello las manos* y *garlito.)*

Huygo : huyo. (¡Muy bien!)

Manceba : en el mismo sentido que hoy. (Véase lo dicho en *coma tras ello las manos*, *garlito* é *hincapié.)*

Manos lavadas: también esta frase parece moderna. (Véase lo dicho en *coma tras ello las manos*, *garlito*, *hincapié* y *manceba.)*

Marañado : enmarañado. (¿De veras?)

Marras (la de) : en el mismo sentido que hoy. (Véase lo dicho en *coma tras ello las manos*, *garlito*, *hincapié*, *manceba* y *manos lavadas.)*

Mase : maese.

Meajica : diminutivo de meaja. (¡No confundirlo con el diminutivo de *verdascazo*, señores académicos!)

Moceta : mocita.
Moixquitos : mosquitos. } *¡Salao!*
Moxquito : mosquito.

Nasción : naturaleza, país.

¡Oxe! : ¡Oxte!

Papen duelos : frase cuyo sentido es corriente. (Véase lo dicho en *coma tras ello las manos*, *garlito, hincapié, manceba*, *manos lavadas* y *marras.)*

Paso de la muerte : trance de la muerte. (¡No confundirlo con un plato de calamares en tinta ó, quizá, con una espingarda!)

Perdóneme sus ausencias, parece frase de nuestros días. (Véase lo dicho en *coma tras ello las manos*, *garlito*, *hincapié*, *manceba*, *manos lavadas* y *papen duelos.)*

Pica en tierra : la gallina (voz de germ.) ¡Voz de... Cazorla!

Pobreta : pobrecita. (¡Pobrecito!)

Políos : del verbo polirse. (Probablemente no sabría decir ni el tiempo ni la persona, pues, de otra suerte, lo hubiera soltado de carretilla, como hizo con *defensa.)*

Porná : pondrá.

Puchas : puches. (¡Muy bien!; ya lo aplaudí en la *Silba.)*

Quengulo : que engullo. (¡Les parece á ustedes!, vuelvo á exclamar; el que dice la palabra ó las palabras *quengulo*,

es un pobre *simple:* «... que me paresce *quengulo* y bebo». Pero el Sr. Cotarelo, juzgando, sin duda, más simples á los lectores, explicó una cosa que no tenía necesidad alguna de ser explicada, como no fuera para que la simpleza fuese doble y para demostrar que á todo hay quien gane.)

Recolmo : exceso.
Recomplida : cumplida con exceso.
Recontento : alegría excesiva.
(¡Esto sí que resulta excesivo!)

Rezaguera : retrasada, rezagada. (Mucho es que no dijo: retrasada ó rezagada con exceso.)

Sacerdotables : sacerdotales. (¿No será errata, D. Emilio?)
Sampe : pegue ó zurre. «Pardiez que *os la sampe*»; quizá deba leerse *zampe.* (¡Délo vmd. por seguro!)
Scena : escena. (¡Bravo!)
Sendos : correspondientes, ó uno para cada cual. (¡Canastos, qué descubrimiento!)
Senoretas : señoretas ó señoritas. (Como vmd. quiera, don Emilio.)
Sernícalo : el manto (voz de germ.) ¡Voz de... Cazorla! (Como el *Diccionario* trae *cernícalo*, en la misma acepción, el señor Cotarelo, en vez de haber echado mano á la palabra para recluirla en el *Vocabulario*, debiera haberse limitado á salvar por nota la errata, si lo era, ó á llamar la atención sobre la prosodia empleada en ella.)
Sesgo (1).
Sicateros : ladrones que cortan bolsas (voz de germ.) ¡Voz de... Cazorla! (Como el *Diccionario* trae *cicatero* en la misma acepción, aplíquese lo dicho con motivo de *sernícalo.*)
Siete almas : jaco (voz de germ.) ¡Voz de... Cazorla!
Sisa : significación actual. (Véase lo dicho en *coma tras ello*

---

(1) Incluyo esta palabra para llamar la atención acerca del hecho de figurar el vocablo en el *glosario* inmediatamente después de *Serenas* y antes de *Sernícalo* y *Servilla.* Es decir, que en un «Vocabulario», *por orden alfabético,* se prescinde ¡hasta del alfabeto!

las manos, garlito, hincapié, manceba, manos lavadas, marras, papen duelos y *perdóneme sus ausencias.)*

Tantárticos : antárticos. (Interpretación que ofrecía serias dificultades si se tiene en cuenta que quien pronuncia la palabra se limita á decir: «... los polos *árticos* y *tantárticos.)*

Ternán : tendrán.

Tremibundas : tremebundas. (¡Tremebundas, sí, señor!)

Verísimo : verdaderísimo. *(¡Verdaderísimo!* ¡Qué palabrota, Dios mío! ¡Parece un terno!)

Zahúmame : sahúmame. (¡Oh, portento interpretatorio!)

Zarzo : sayo (voz de germ.) ¡Voz de... Cazorla!

Zollozando : sollozando. (¡Zopla! ¡Lo que zabe!)

III

Vocablos incluidos en el glosario *del Sr. Cotarelo con motivo de los cuales el glosista ó tropieza, ó cae, ó hace reir.*

Aburrir
Aburro } Véase la *Silba,* pág. 1 y la 27 de este folleto.

Achí : palabra gitanesca. (Dice que es *gitanesca* porque es una gitana quien la pronuncia. Por cierto que el Sr. Cotarelo acentuó la *i* y en las cuatro veces que el vocablo aparece en el texto no está acentuada la *i* ni una sola.)

Aguaceros torbellinos : (Vid. *Silba,* pág. 5 y la 31 de este folleto).

Aguijemos : (Vid. *Silba,* pág. 7).

Aguzadera : (Vid. *Silba,* pág. 8 y la 36 de este folleto).

Ajorman : (Vid. *Silba,* pág. 10).

Ajormando : (Ib.)

Ajorro : (Ib.)

Alinda : pastorea. (El texto es: «... un pastor que se dice Quiral, que *alinda* con el val sombrío...» Solamente al Sr. Cotarelo se le hubiera ocurrido decir que *alinda* es *pastorea.* ¿No vió la preposición empleada? ¿Cómo, pues, creyó el erudito que un pastor podía *pastorear con el val sombrío?* ¿No está diciendo el texto que ahí *alindar* está por... *alindar,* es decir, por *estar contiguo,* ó *estar cerca?* Dígame, si no, D. Emilio: aquel gigante de que hablaba la hermosa Dorotea, *¿pastorearía* también?: «... que es un descomunal gigante, señor de una grande ínsula, que casi *alinda* con nuestro reino...» — *Quijote,* Parte primera, Cap. xxx.—¡Por vida de los académicos de peltre!)

Alterno : eterno. (El texto dice: «... porque veas cuánto deseo tengo de verme ya fuera de aqueste *alterno* debate». Y considerando que se trata de un *debate,* ¿puede haber duda de que el vocablo está empleado en el sentido de *alternar* en la disputa?)

Amuese : entregue
Amuestre : enseñe

Como la primera palabra es corrupción de la segunda, resulta que no pueden tener diferentes significados. Es lo mismo que si hubiera glosado de distinta manera las palabras *haya* y *haiga.*

Apañar : (Vid. *Silba,* pág 12 y la 38 de este folleto).
Aporreaganaderos : (Ib.)
Apriscas : recoges, reduces (no el ganado sino otras cosas; en general). (Teniendo en cuenta que es un pastor el que habla, nada tiene de extraño que usase en la conversación los términos de su oficio, pero de ello no puede deducirse, como deduce el Sr. Cotarelo, que el verbo *apriscar* tenga el extenso significado que él quiere darle).
Argadijo : (Vid. *Silba,* pág. 13).
Artejos : (Vid. *Silba,* pág. 15).
Asigna : (Ib.)
Asomado : (Vid. *Silba,* pág. 16).
Atordecido : (Vid. *Silba,* pág. 19).

Becoquín
Becoquín de orejas
Vid. *Silba,* pág. 20 y la 41 de este folleto.

Bermejuelo : (Vid. *Silba,* pág. 22).
Bien acostumbrado : (Ib.)
Bimbilindrón : (Vid. *Silba,* pág. 23).
Bonete : gorro ó sombrero (no es lo mismo, señor, *gorro* que *sombrero),* que usaban en el siglo XVI los caballeros, no solo los clérigos. (A parte de que hubo y hay clérigos que son muy caballeros y caballeros que son muy clérigos, resulta que el bonete también lo usaban los médicos: «... ponte este *bonete* — dice COLADILLA á MONSERRATE, en el *Paso* de *El Médico simple,* y añade luego — ... que sin esto, no eres médico». También resulta que el *bonete* lo

usaban los estudiantes: «... y para eso se puso á lo escolástico, aunque algo bastardillo, cierto *bonete...*» etc.—*La Pícara Justina*, lib. I, cap. III-2.—De donde se deduce que el *bonete* lo gastaba el que lo tenía, fuese clérigo, médico, caballero, estudiante ó erudito).

Bragada : cabra (Vid. *Silba*, pág. 29).

Buche : (Vid. *Silba*, pág. 31 y la 47 de este folleto).

Burjaca : (Vid. *Silba*, pág. 32).

Cabañero : dueño de una casa en que hay ganados; algunos eran ricos. (¡Demonio! ¡Puede que fueran ricos, los muy sinvergüenzas! ¡Qué noticia más interesante! Es lo mismo que si glosásemos: *Academia* : casa donde había académicos: algunos eran de Asturias).

Calabazón en garabato : (Vid. *Silba*, pág. 32).

Calzado : calzas. (No, señor; las *calzas* eran parte del *calzado*, pero no todo el *calzado:* por eso pregunta PERALTA á FUENTES:

«Señor Fuentes, ¿qué mudanza
habéis hecho en el *calzado?*

á lo que FUENTES responde:

Señor, *calzas* á la usanza).

Cantará el cuquillo : (Vid. *Silba*, pág. 34 y la 47 de este folleto).

Carillas : hermanas. (Sostiene que *carillas* son *hermanas*, porque GETRONA había dicho antes que los ganados los conducían *sus hermanas* y porque añade después: «cuando lleguen al pozo nuestras *carillas...*», etc. Es decir, que si yo hubiera hablado de un *erudito* á quien tenía que ver, y dijera cinco minutos más tarde: «vaya, voy á buscar á ese *abencerraje*», el Sr. Cotarelo hubiera glosado así: *abencerraje* : *erudito*. No; *carillas* está allí por *caras* ó por *queridas*, como *carillo* ha de interpretarse en el mismo sentido, y no por *hermano*, en otro pasaje de *Prendas de amor:*

MENANDRO

A la fe, sabe que aquí
que te (he) vencido, *carillo*, etc.)

Casapuerta : parece ser la puerta de la casa. (No, señor; parece ser lo que es... *casapuerta*, á saber: el zaguán por donde se entra á la casa; vea vmd. el *Diccionario).*

Catar el signo : (Vid. *Silba*, pág. 34).

Comedia : (Ib.)

Como la mar : (Vid. *Silba*, pág. 37).

Crego : (Ib.)

Crisnejas : crines ó cabellos del sol. (El texto dice: «... antes que hubiera *el de las doradas crisnejas* acabado de hacer su acostumbrado paseo...», etc. De modo que si el gran D. Emilio oyese aquello de «el tío del gabán», diría: «*gabán* : capote con mangas, y á veces con capilla, que usa *el tío*», y de ahí no le apearía nadie; para que sea gabán tendría que ser *del tío*, del mismo modo que las *crisnejas* para ser crisnejas, tienen que ser *crines* ó *cabellos* (¡qué atrocidad!), del Padre Sol).

Cualque : (Vid. *Silba*, pág. 38 y la 49 de este folleto).

Chamelote sin aguas : ... El *Dicc.* trae *camelote de aguas*, ... El otro será, pues, lo contrario. (Ó sea el *camelote de vinos.* ¿Ve vmd. cómo cuando se pone á tono le salen bien los raciocinios? No, señor, no; *el otro* era el *chamelote de flores;* si vmd. hubiese leído *La Dorotea*, se hubiera hallado con este pasaje:

«LUDOVICO: Ya sabéis que hay *chamelote de flores* y *chamelote de aguas.*»—2.ª parte; Acto cuarto, Escena 3.ª)

Chilladora guitarra : (Vid. *Silba*, pág. 38).

¡Chípite, chápete! : (Vid. *Silba*, pág. 39).

Chirtase : (Vid. *Silba*, pág. 40 y la 51 de este folleto).

Chivatezno : (Vid. *Silba*, pág. 39).

Dejarreté : ¿será desjarreté? (No sé, hidalgo; voy á ver el *Dicc.* «*Dejarretar* : desjarretar». Sí, señor; era *desjarreté).*

Derreniegado : enfadado. (¿Está vmd. seguro?; porque el *Dicc.* dice que *derreniego* es *reniego* y quizá...)
Desbarbadillo : (Vid. *Silba*, pág. 41).
Descabalgar : (Vid. *Silba*, pág. 42).
Descalfar ó **escalfar** : robar ó substraer una cosa. (¿No será una errata más redonda que la cabeza de vmd.?)
Desembracemos : (Vid. *Silba*, pág. 42).
Deservicio : agravio, ofensa. (¡Cá! *Deservicio* es la culpa que se comete contra alguno á quien hay obligación de servir. Pregúnteselo vmd. á la Academia).
Desgaire : (Vid. *Silba*, pág. 43).
Desllorarme : palabra de capricho. (Descubrimiento por el que puede pagarse el consabido huevo de pava).
Despeado : (Vid. *Silba*, pág. 44).
Después de mañana : pasado mañana. (Dénle al hidalgo el otro huevo de pava).
Di de mano : (Vid. *Silba*, pág. 44).
Dinerico : (Vid. *Silba*, pág. 45).

Embaidor : (Ib.)
Empozado : (Vid. *Silba*, pág. 46).
Enalbardaré : (Vid. *Silba*, pág. 47).
Encaramar : (Ib.)
Encovadas peñas : (Vid. *Silba*, pág. 48).
Engotada : (Ib.)
Ensañe (se) : (Ib.)
Entelerido : (Vid. *Silba*, pág. 49).
Entenada de Miércoles Corvillo : (Ib.)
Escombradas : solitarias, solas. (Como la frase es «escombradas calles» y *escombrar* es *desembarazar*, *limpiar*, ya ve vmd. la falta que hacía la glosita).
Escurribanda : (Vid. *Silba*, pág. 49).
Escurriduras : (Vid. *Silba*, pág. 50 y la 52 de este folleto).
Espaciosa : (Vid. *Silba*, pág. 51).
Espacioso : (Ib.)
Estada : (Ib.)
Estilados : (Vid. *Silba*, pág. 52).

Estofa : hechura ó disposición. (El texto es el que sigue: «¿Había barba de mejor *estofa* y autoridad en todo el lugar que la mía?» Sustituya D. Emilio la palabra *estofa* por la palabra *calidad*, vea después lo que es *estofa* en el *Diccionario* y medite acerca de si la *calidad* puede ser traducida por *hechura* ó *disposición)*.

Estrena : albricias. (No, señor; *albricias* es el regalo que se da por una buena nueva, y *estrena*, es la dádiva, alhaja ó presente que se da (1) en señal y demostración de gusto, felicidad ó beneficio recibido).

Fantastiguillas : presumidas. (Tampoco: *fantastiguillas* ó *fantastiquillas* es diminutivo de *fantásticas*, que en una de sus acepciones significa *presuntuosas* ó *presumidas)*.

Festejón : (Vid. *Silba*, pág. 52).

Formida : (Vid. *Silba*, pág. 53).

Fuslera : (Vid. *Silba*, pág. 54).

Galga : (Ib. y la 53 de este folleto).

Gallejo : (Ib. y la 54 de este folleto).

Ganapán : (Ib.)

Gismero : charlatán, chismoso ó chismero. (Vmd. buscó, sin duda, el vocablo en la G y no le halló, pero no se le ocurrió á vmd. buscarlo en la J; allí podría haber topado con esta palabreja, que quizá le hubiese servido: «*Jismero* : ant. *cuentero*»).

Golondrinillo : (Vid. *Silba*, pág. 55).

Horas : (Vid. *Silba*, pág. 57).

Hornazos : (Vid. *Silba*, pág. 58 y la 55 de este folleto).

Jareta . (Vid. *Silba*, pág. 59 y la 55 de este folleto).

Jergas : (Vid. *Silba*, pág. 59).

Lacayo : en el sentido que tuvo luego. Es voz introducida en España á principios del siglo XVI; por consiguiente, Rueda es de los primeros en usarla. *(Por consiguiente,*

---

(1) Conste que esa *dádiva que se da* es cosa de la Academia Española.

vmd. erró, como lo tiene por bellaca costumbre. ¿Conque, la voz se introdujo en España á principios del siglo XVI, señor *Jareta?* Veamos:

«Amigo discreto, por vuestro dislayo

(Vmd. ve ya venir un *lacayo*, ¿eh? ¡Pues sí que viene!, ¡prepárese el hombre!):

»Amigo discreto, por vuestro dislayo
»sabed que m'arrayo de grant jazaran
»e cotta muy fuerte, como piedra yman
»non temiendo nada á ningunt *lacayo.*»

Esto es lo que se lee en el *Cancionero de Baena* (de mediados del XV, como ignora vmd.), núm. 404.—Respuesta de Juan de Guzmán, pág. 457, edición de Pidal.—Si este Juan de Guzmán fué, como sospecha don P. J. Pidal, hermano del Conde de Niebla, excuso decirle á vmd., cuitado D. Emilio, que era ya hombre hecho y derecho en el año de gracia de 1411. Pero aguarde un poco, porque vmd. es muy capaz de decir que la palabra es errata:

«Mas yo, commo symple e rudo *lacayo*
»le do mi rrespuesta en buen altabaque».

Ruegue vmd., á quien entienda de ello, que le haga á vmd. el favor de cotejar el texto, que se encuentra al número 416, pág. 465 del propio *Cancionero* y de la propia edición.

¿Os escuece el tomatazo, no es cierto? Pues aguardad, todavía, hidalgo, porque no he concluído:

«Non se mas que un *lacayo*

Esto no lo dice el Sr. Cotarelo, aunque tendría perfectísimo derecho para decirlo; esto lo dice Alfonso Alvarez de Villasandino, núm. 554, pág. 619:

»Non se mas que un *lacayo*
»decir quanto se estiende...» etc.

y hay que agregar que el buen Alfonso era muy viejo en tiempo de Don Juan II, pues ya hacía versos en 1347. De modo que á mediados del siglo XIV había ya *lacayos* en Castilla y D. Emilio se pasó más de siglo y medio sin saberlo.

¡Cotarelu, fiyu de mis güelles! ¡Qué coses dis, hom! ¿Non t'envergüenzas? ¡E la xente de Piloña que te tenie por tan empericotau y tan resabíu! ¡Van crerte bobu! ¡Ye verdá!)

Lacayuelo : paje. (¡Que no, porra! *¡Lacayuelo* es diminutivo de *lacayo!)* ¿En qué siglo se introdujeron los *lacayuelos* en España, *Don Cotarelu?)*

Ladrontío : (Vid. *Silba*, pág. 61).

Lanzaron : (Ib.)

Lendrosilla : diminutivo de lendrosa. (Dicen las crónicas que cuando D. Emilio, al cabo de mucho cavilar, encontró este significado, se puso, para festejarlo, á tararear la *Marcha Real* con una letra de su invención que decía así—y cántese, para que suene—:

Vocabulario, conchu,
menuda palabreja
que al feliz lector
le voy á colocar;
si Covarrubias
volviese á alentar,
se quedaría ton-
to al verme á mí *glosar.)*

Limpiadera : (Vid. *Silba*, pág. 64).

Lumbre : (Ib.)

Majagranzas : Palabra usada en desprecio de otro. Rueda no da el sentido de ella. (Veamos:

«Salinas: ¡Mirá el *majagranzas!*»

Bueno; pues resulta, D. Emilio, que Lope de Rueda sí da el *sentido;* lo que no da, ni le hacía falta, es el *significado.* Si va vmd. á glosar todas las palabras cuyo significado no den los autores, ¡tarea le mando!)

Majano : (Vid. *Silba*, pág. 63 y la 58 de este folleto).

Mala gana : dolencia. El *Dicc.* lo trae como provincial de Aragón, en sentido de *congoja;* Rueda dice: «Vuestra mujer está de *mala gana*», etc. Quizá signifique algo más que *congoja.* (Tal es la bochornosa explicación del erudito, á quien hay que mandarle al *Diccionario* para que vea en él si *congoja*, además de *desmayo*, significa también *angustia* y *aflicción de ánimo.* Después, y trabajando doce horas diarias por espacio de veinte ó treinta años, es posible que llegue á vislumbrar la significación aproximada de la frase ó, por lo menos, á ponerse en disposición de comprenderla, si otro se la explica bien. En cuanto á que la frase sea *provincial de Aragón*, como dice la Academia, también lo dudo mucho: en *La Dorotea*, de Lope, se leen estas palabras:

«Gerarda: Dice Dorotea que no quiere ventanas para los toros, porque está de mala gana, *como dicen en Valencia.*»—2.ª parte, Acto 5.º, Esc. 2.ª).

Mal alzado : (Vid. *Silba*, pág. 64).

Mal punto : (Ib.)

Maraña : enredo. (No, no; embuste inventado para enredar ó descomponer un negocio. Vea vmd. si cuadra al texto esta significación).

Masándose : (Vid. *Silba*, pág. 64).

Masecoral : (El hidalgo no dice lo que es *masecoral*, pero *capea* al *Diccionario* y á Covarrubias, quedándose, después de la afrentosa faena, más fresco que un novillero de la plaza de Tetuán. Sin embargo, con ocasión de la palabra, escribe lo que sigue: «La pícara Justina dice que su tercer abuelo fué de los primeros que trajeron el *masicoral*, *que*, *por lo visto*, era producto de Italia». Con lo cual parece dar á entender el mísero hidalgo que el tercer abuelo de la *Pícara* era italiano. Yo no le contesto más sino que pruebe que era italiano aquel insigne abuelo, empresa que le va á costar algún trabajó).

Mase Jaula : «... Por lo que se ve, la frase era ofensiva». (Texto:

«—Andá con Dios, mase Alonso ó *mase jaula:* ¿qué »queréis?

»—¡Mase jaula! Al fin sois mi mujer y no ha de dar el »hombre crédito á vuestras palabras.»

De modo que si yo os digo: «Andad con Dios, D. Emilio, ó *don académico*», ¿va vmd. á deducir que la frase *académico* es ofensiva? En ciertos casos, puede que tuviera vmd. razón).

Másteles : el rabo ó mango de las cucharas. (D. Emilio, yo creo que mástel es el palo derecho que sirve para mantener una cosa, sea cuchara, sea cucharón).

Matalafes : (Vid. *Silba*, pág. 65 y la 58 de este folleto).

Meajica : (Vid. *Silba*, pág. 65).

Melcochero : El texto pondera como tranquilo y sedentario este oficio. (No es mal hallazgo. Pues, bueno, D. Emilio; ya lo sabe vmd.; ¡á vender melcocha, para vivir tranquilo y todo lo sentado que se pueda!)

Meloja : (Vid. *Silba*, pág. 65).

Meneará : parece ser *conduciré*... (¿Parece ser? ¿Pero es que vmd. lo da como descubrimiento suyo? ¿Pero es que cree que no sabemos acá que una de las acepciones del verbo *menear* es *manejar, dirigir, gobernar, guiar?)*

Mimbrera y **mimbrereta** : estribillos de un cantarcillo. (La razón de este significado hidalguesco es obvia: en el *Auto de Naval y de Abigail*, canta un personaje la siguiente canción:

«*Mimbrera, amigo,*
so la mimbrereta,
y los dos amigos
idos se son, idos
so los verdes pinos;
so la mimbrereta,
mimbrera, amigo.»

Por este procedimiento, si el imponderable erudito se llega á encontrar con la vieja canción cuyo estribillo es:

¡Ay, ay, ay, don José,
cómo madruga usté!;

pesca á *don José*, por ser el que más abulta, y glosa: «*Don José*: estribillo de un cantarcillo». ¡Les digo á ustedes, señores míos, que no hay paciencia para aguantar tanta porrada! ¡Y á esto llaman un académico! Pero, ¿qué hace en la Academia ese hombre?)

Mirabélicas: (Vid. *Silba*, pág. 66 y la 58 de este folleto).

Mofar de la tierra: (Vid. *Silba*, pág. 66 y la 59 de este folleto).

Monecillo: monaguillo ó monacillo. (*Monecillo* es igual que *monescillo*, palabra que, por cierto, se ha omitido en el *Diccionario* sin razón alguna).

Morase: (Vid. *Silba*, pág. 67).

Nalgada: (Ib.)

Nasción: (Ib.)

Niervosos: nerviosos. (*¡Salao!*)

No te pienses: corresponde á la frase «cuando menos lo pienses». (¡Que no, que no y que no! Corresponde á la frase «cuando menos te pienses», que es la del texto).

Oíslo
Oíslo
Oíslo

(El hidalgo da nada menos que tres golpecitos á la palabra y en ninguno de ellos nos dice lo que es *oíslo*. Pero en cambio, afirma que unas veces es verbo y otras sustantivo, según que vaya ó no acompañada la palabra de signos de interrogación. «*¿Oíslo?*», y dice el hidalgo: «aquí lo usa como verbo»; «entrad, *oíslo*...», etc. y agrega: «aquí como sustantivo». El hidalgo, pensando así, podía haber metido en el *glosario* otras dos palabras de la *Comedia Armelina*, diciendo: «*Mencieta* se usa unas veces como nombre propio y otras como interjección»:

«Tal me pase por *Mencieta*». Aquí como nombre »propio.

»¡Mencieta!, ¡Mencieta!». Aquí como interjección».)

Ordeñadero: «Es, como se ve, también el lugar en que se reunen los ganados para ordeñar las hembras paridas.»

(Pero, ¿es que cree vmd. que pueden reunirse para ordeñar á los machos, ó á las hembras que no hayan parido? Además, fíjense ustedes en la manera de decir que tiene D. Emilio: «lugar en que se reunen los ganados para ordeñar las hembras»: como quien dice: «lugar en que se reunen los ganados para tomar acuerdos». ¿Es que las ordeñan los ganados? ¡Cuando les digo á ustedes que D. Emilio no sabe sintaxis!)

Otear : mirar. (Mirar de cierta manera, D. Emilio; no basta mirar solamente para que con propiedad pueda usarse el verbo *otear*, que, según la Academia, es registrar ó mirar con cuidado).

¿Oyxte? : (Vid. *Silba*, pág. 68 y la 59 de este folleto).

Padre : el amo ó dueño de una casa de prostitución. (No hubiera estado demás declarar que en este caso se suplen las palabras «*de la mancebía*»; pues, en efecto, con el nombre de *padre de la mancebía* era conocido el que ejercía aquel *oficio*).

Pailón : «... sería una *paila* grande». (¿Sería? Pregunte vmd. á cualquier cerero lo que es *pailón* en el siglo xx, y puede que hasta tenga la amabilidad de enseñárselo).

Pajiza : (Vid. *Silba*, pág. 68 y la 60 de este folleto).

Paramento : el *Dicc.* pone esta significación como propia de la Arquitectura. (¡Á ver, á ver! Abro el *Dicc.* y leo: «*Paramento* : adorno ó atavío con que se cubre una cosa || Sobrecubiertas ó mantillas del caballo...» ¡Vaya! Pues, por lo menos, hay aquí dos acepciones que no son arquitectónicas. ¡Sr. Cotarelo! ¡Que os van á tirar membrillos!)

Paráos : ponéos ó colocáos. (*Comportemos* el texto. Hay una dueña que contesta con malos modos á un barbero, y éste dice: «Paráos ahí, dueña». Según D. Emilio, lo que quiere decir el barbero es: «Ponéos ahí, dueña» ó «Colocáos ahí, dueña» (¡!). El Sr. Cotarelo ignoraba que una de las acepciones del verbo *parar* es *cesar en el movimiento ó en la acción* ó *no pasar adelante*, que es lo que el rapista quiso decir: «No paséis adelante, dueña».

Pardios : juramento que no hallamos usado en Rueda más que en esta ocasión. (Este gran descubrimiento fué consignado por D. Emilio con vistas al premio Nobel).

Pasaderas : (Vid. *Silba*, pág. 69).

Pasagonzalo : papirotazos. El *Dicc.* dice que es pequeño golpe dado con presteza, definición que parece demasiado general. (¿Por qué, gran Dios, por qué parece demasiado general? ¿Es que tiene, por ventura, *cuatro* entorchados?)

Pascua de hornazos : (Vid. *Silba*, pág. 58 y la 55 de este folleto).

Patas de avestruz : el diablo. (El texto dice: «el de las patas de avestruz». Que es lo mismo que si cualquier glosista viese las palabras «el de las tonterías», y tradujese: «el de las tonterías : D. Emilio». Según eso, aquello que se lee al final del *Paso quinto* del *Deleitoso* «¡Oh, válalos *el de las patas luengas*», ¿también debe ser interpretado por *el mismo demonio?* Entonces, ¿por qué no glosó estas palabras vmd.?)

Pecilgo : (Vid. *Silba*, pág. 69).

Péndola : (Ib.)

Pernadas : coces. (¡Duro, D. Emilio! ¡¡Duro ahí!! Pues no, señor; *pernadas* no son *coces*, sino los golpes que se dan con la pierna ó el movimiento violento que se hace con ella).

Pésete : pese á. *(Pese á... ti*, digo yo que será; es decir, *pésete*. De todos modos, preciso es reconocer que D. Emilio ha andado esta vez un poco menos disparatado que la Academia, la cual (D. Emilio diría *cuya Academia)* dice que *pésete* es «especie de juramento, maldición ó execración», y agrega que «llámase así por explicarse con esta voz el deseo de que suceda algo malo» (¡!).

Pichel flamenco : (Vid. *Silba*, pág. 70).

Piltra : (Ib.)

Piltraca : mujer despreciable. El *Dicc.* la hace sinónima de *piltrafa*. (¡Y hace muy bien el *Diccionario!)*

Piquera : la que *vendía* residuos de reses muertas para la

venta. (¡Qué dicción, justos cielos! ¡Si parece de un yerno de Enrique el Pajarero!)

Pollos de Marta : el refrán parece ser: «Como los pollos de Marta, que no han comido y danles agua». (Vamos á verlo: «BOBO: Antes estas nuestras ovejas me parece que son *como los pollos de Marta, que no han comido y danles agua*». ¡Pues ya lo creo *que parece ser!* ¡D. Emilio, si el BOBO y vmd. han dicho lo mismo!)

Porhidias (1) : parece errata por *porfías.* (¡Ca! ¡No hay errata que valga! Ahí *porhidias* vale tanto como *perfidias).*

Porradas : (Vid. *Silba*, pág. 71.)

¡Por vida de la cuerva! : Exclamación burlesca. (Mucho es que no agregó vmd.: «parece frase de nuestros días»).

Potecario : boticario. (Vmd. debería haber dicho: *potecario*, lo mismo que *apotecario*, y si vmd. se había propuesto glosar las palabras que Rueda desfigura por boca de los simples y bobos de sus *pasos*, debería también haber glosado aquel *motecario* (boticario)—que tenía el mismo derecho á serlo que el *potecario* de vmd—y que aparece en la *scena quinta* de *Medora:*

«ORTEGA: ... ¿Qué *motecario* ha de querer abrir á la media noche?»

¡Hay que ser lógicos, hidalgo!)

Pozuelo de la Jara : parece referirse á determinado lugar. (¡Hombre, claro está!; para referirse á *lugar indeterminado* no lo hubiese *determinado* Rueda como lo determinó, y, además, y para ser consecuente, debería también vmd. haber glosado el *Val Sombrío*, el *Vado del Ciervo*, la *Falda del Encinar* y otros nombres de *lugares* que se leen en las obras de Lope de Rueda, tan *determinados* como el *pozuelo* que tanto llamó la atención de vmd.)

Prendado : preso. (¡Quia! *Prendar*, señor mío, es sacar una

(1) Este y los dos vocablos que siguen los inserta el Sr. Cotarelo en un orden alfabético disparatado, á saber: *Por vida de la cuerva, Porhidias, Porradas.* En el *Vocabulario* son harto frecuentes los casos análogos de *analfabetismo.*

prenda para la seguridad del pago de una deuda ó satisfacción de un daño).

Queja : duele. (Vid. *Silba*, pág. 72 y la 61 de este folleto).
Quillotrado : (Vid. *Silba*, pág. 73).

Ragea : parece ser errata por *grajea*. (No sé; porque he ido á evacuar la cita, fiándome de D. Emilio, quien asegura que la palabra está en la pág. 292 del Tomo II, y, en efecto, en toda la página mencionada no aparece ni rastro de semejante vocablo, prueba del cuidado que puso el señor Cotarelo en la edición. Hay que advertir que el *fenómeno* se repite, como veremos, con irritante frecuencia).
Rancor : (Vid. *Silba*, pág. 74).
Rapagón : (Ib.)
Rebelado : como transitivo: «me habían *rebelado* una mujercilla». (¡D. Emilio, por Dios! ¡Otra falta de ortografía! Pero, ¿no sabe vmd. que aquel vocablo se escribe *revelado* (mostrado, descubierto, etc.) porque es del verbo *revelar* y no del verbo *rebelarse*? ¿No le da vergüenza, D. Emilio?)
Rebrotan : vuelven á brotar. Falta este verbo en el *Dicc.*, y es lástima. (Lloremos).
Recambien : substituyan. (¿En qué quedamos? Recambiar ¿es *devolver alguna cosa ó el saludo*, como asegura vmd. en el vocablo que sigue, ó es *substituir?*)
Recambio : devolver alguna cosa ó el saludo. (¡Sí! ¡ó la primera papilla! ¿No vió vmd. en el *Dicc.* que *recambio* es anticuado y que tiene la significación de *cambio?* Pues, ¿á qué más? ¿Va vmd. á salir con la peregrina teoría de los *nuevos matices?*)
Recolmo : (Vid. *Silba*, pág. 75).
Recuerde : (Ib.)
Red : (Vid. *Silba*, pág. 76).
Remanescais : volváis á quedar. (Si con la significación de *aparecer de nuevo*, que el *Dicc.* da del verbo *remanecer*, pudiera *apañarse* D. Emilio, se lo agradeceríamos de veras).

Reñegado : (Vid. *Silba*, pág. 76).
Repastando : (Vid. *Silba*, pág. 76 y la 63 de este folleto).
Repunta : (Ib.)
Resabidas : parece vocablo moderno. (¡Ya ve vmd.! ¡Lo usaba Rueda! ¿Ó es que creyó vmd. que hasta que vmd. nació no existieron personas *resabidas* en el planeta?)
Rescaño : (Vid. *Silba*, pág. 77).
Resquebrajo : «... es no sólo hendedura ó grieta, sino hondonada, pues en ella podían estar ganados pastando». (Ó bebiendo, ó durmiendo, pues no parece sino que los ganados podían estar allí sólo con la precisa condición de que pastasen. *Item:* el Sr. Cotarelo ha confundido la *hendidura* con la *grieta*, á pesar de ser cosas muy distintas. *Item:* el Sr. Cotarelo glosa la palabra *resquebrajo* y el texto no dice *resquebrajo*, sino *requebrajo*. ¡Oh, cuidadoso don Emilio!)
Resto : suerte en el juego de envite. (No, señor, no; el *resto* no es una suerte. La Academia dice que es «la cantidad que en los juegos de envite se consigna para jugar ó envidar», lo cual tampoco es cierto. La cantidad que *consigna* el banquero se llama *monte* en castellano; *resto* es lo que queda de esta cantidad, y, *envidar el resto*, es jugar á una ó más suertes dicha cantidad *restante*).
Rezongar : (Vid. *Silba*, pág. 78 y la 64 de este folleto).
Rodea : (Vid. *Silba*, pág. 78).
Romarizado : constipado. (¿No será errata por *romadizado*, hidalgo? Dígolo porque en cierto libro me encuentro con este párrafo: «No sería eso, respondió Don Quijote, sino que tú debías de estar *romadizado*, ó te debiste de oler á ti mismo...» —Parte primera, cap. XXXI).
Romiaje : romería. (Claro; *romiaje* es romería ó, mejor dicho, *romeraje*, como *catredal* es *catedral*, *haiga* es *haya*, *arbañil* es *albañil*, etc., etc. Si se fuera á dar categoría de palabra á todo vocablo cuya prosodia corrompe el pueblo soberano, sería menester un diccionario tres veces mayor que el de la Academia).
Rompido : (Vid. *Silba*, pág. 79).

Ronceras : (Vid. *Silba*, pág. 79).
Rubiarme : (Ib.)
Rueco ó **rueca** : las rocas ó carros de las fiestas del Corpus en Valencia. (No sé decir á vmd., porque como vmd. dice que la palabra está en la pág. 66 del tomo II, y, leída la página de cabo á rabo, resulta que en ella no hay ni *ruecos* ni *ruecas*, podrá vmd. tener razón, pero no hay modo de comprobarlo).

Sacabuches : (Vid. *Silba*, pág. 79).
Salsufragia : (Vid. *Silba*, pág. 80 y la 64 de este folleto).
Salteada : atacada de improviso. (Dice el texto: «CAMILA: »Yo te lo agradezco, Quiral; y si, como *salteada* y no bien »proveída, no acertare á rendirte las debidas gracias...», etcétera. De donde se deduce que la palabra tiene, no la significación que le da D. Emilio el célebre, sino la que da el *Dicc.* al verbo *saltear:* «sorprender el ánimo con una impresión fuerte y viva»).
Sanguinidad : (Vid. *Silba*, pág. 81 y la 64 de este folleto).
Scena : (Vid. *Silba*, pág. 81).
Señorée : posea, enseñorée. (¿Ignora el gran erudito que existe el verbo *señorear?*)
Servilla : (Vid. *Silba*, pág. 82 y la 65 de este folleto).
Sesgo : (Vid. *Silba*, pág. 82).
Sicas : (Vid. *Silba*, pág. 83).
¿Sicas? : (Ahora lo glosa con interrogantes).
¡Sicas! : (Ahora con admiraciones. ¡Sí, señor! ¡Sicas se ha dicho!)
Soletas : (Vid. *Silba*, pág. 83).
Somorgujo : (Vid. *Silba*, pág. 84).
Soportativo : superlativo. (Trátase de un gañán que no sólo pronuncia las palabras bárbaramente, sino que las trastrueca y dice *prencepio*, *álima*, *máscula* y *Adrián y Esteban* (por Adán y Eva). Bueno; pues este animal replica en cierta ocasión á su interlocutor: «Á ese, Melchior (que así se llama el gañán), échele un *soportativo...*» Su interlocutor le contesta así: «*Superlativo* quieres decir, badajo».

«Sí, señor», torna á replicar el otro, reconociendo su majadería, y, en estas, viene Cotarelo, agarra la palabra, se la apropia de mala manera y glosa: «*Soportativo* : *superlativo*». ¡Caballeros! ¡El que conozca una muestra de simpleza mayor que esta que levante el dedo!)

Sotacómitre : cargo en las galeras, *al parecer* subordinado al cómitre. (¿Al parecer? ¿También esto ha sido vmd. el primero en sospecharlo? Abra el *Diccionario* y verá vmd. que una de las palabras que en él se emplean como ejemplo para explicar el modo de usar la preposición *sota* es precisamente la palabra... *¡sotacómitre!)*

Tablilla : (Vid. *Silba*, pág. 84 y la 67 de este folleto).

Tacaño : «... Como se ve, aquí se determina una de las condiciones ó clases del *tacaño*, que era ser embustero». (Ó lo que es lo mismo: «... aquí se determina una de las clases del tacaño, *que era ser embustero*». ¡Sintaxis de caballería, pero de caballería cosaca! ¿Duda todavía alguno de que EL SR. COTARELO NO SABE EL CASTELLANO?)

Tanda : (Vid. *Silba*, pág. 85).

Tapados : convencidos—en los juegos de adivinación—. «¿Tiénense por *tapados* vuestras mercedes?—Sí, por cierto». (No, por cierto, digo yo. En los juegos de *adivinanzas*—que no es lo mismo que *juegos de adivinación*—el que propone una de ellas, y en el caso de que no la acierten los demás, les pregunta: «¿Se dan por *vencidos?*», y si la respuesta es afirmativa, declara la adivinanza que propuso. Ya ve el Sr. Cotarelo cómo *tapados* no está allí por *convencidos*, sino por *vencidos*, que es cosa muy diferente. ¡Tápese, tápese vmd. y procure que no le conozcan!)

Tarea : golpes. (Dícelo el crítico sagaz, porque en el conocido paso de *Las Aceitunas* hay una muchacha á quien su madre administra unos cachetes y al saberlo un vecino, exclama: «¡Las aceitunas no están plantadas y ha llevado la mochacha *tarea* sobre ellas!» Si en vez de valerse de esta frase, llega Rueda á decir: «... y ya le han dado que

sentir», el Sr. Cotarelo hubiera glosado: «*dar que sentir* : *golpear*». Don Cotarelu no se anda en chiquitas).

Terrero : (Vid. *Silba*, pág. 85 y la 74 de este folleto).

Tirá afuera : alejaos, huid. (No, señor: *tirá afuera*, será *tirad afuera*, digo yo).

Tomé á merced : (Vid. *Silba*, pág. 86).

Tomillar : (Vid. *Silba*, pág. 87).

Tomo : (Vid. *Silba*, pág. 88).

Topado ha Sancho con su rocín : (Ib.)

Torobisco : (Vid. *Silba*, pág. 88 y la 76 de este folleto).

Tortario : Quizá sea errata. «... y el *tortario* moro nos declara». (Es una prueba más del *cuidado* que ha puesto el señor Cotarelo en la edición. En el mismo parlamento de Leno, en el que aparece la palabra *tortario* y once líneas más arriba, se lee: «... y por no ser lícito este casamiento, »en hábitos de pastor, la transporté en manos de *Tartario*, »hombre anciano y de nación *moro*». Y luego resulta que unos renglones después, el Sr. Cotarelo se encuentra con las palabras *tortario, moro*, y no acierta á descubrir la errata. ¿No es vergonzoso que ande esta edición por esas librerías con nombre de la Academia Española?)

Tragantón : que come ó que traga mucho.
Tragantoria : devoradora.
Traspuesta : comida ó tragada.
Traspuesto : devorado ó tragado.
(¡Hasta hartarse, señores míos!)

Trompeta bastarda : (Vid. *Silba*, pág. 90 y la 76 de este folleto).

Turrones de Alicante : (Vid. *Silba*, pág. 93).

Vedijudo : peludo. (No; que tiene el pelo enredado ó en vedijas).

Ventayo : igual que *ventalle* : abanico (y lo mismo que *ventallo*, forma en que aparece la palabra en uno de los *Romances varios*, de 1664, titulado *Los valientes y tomayonas*. Por tanto, nada de particular tiene que una *negra* dijese *ventayo* por *ventallo*. Si á eso iba, ¿por qué no glosó vmd. otras palabras de la negra, como *yaman, cabayo*, *ca-*

beyos, etc., que se encuentran en el mismo caso? ¡Lógica, D. Emilio, lógica!)

Vericundas : (Vid. *Silba*, pág. 96 y la 79 de este folleto).

Vida airada : (Ib.)

¡Y á mí, pajas! : (Vid. *Silba*, pág. 97).

Yantar : «... se refiere á la comida del mediodía». (Y ¿de qué se espanta vmd., señor hidalgo?)

Zaga : (Vid *Silba*, pág. 97).

Zámpese : arrójese. (Vamos, lo que se llama *zamparse*, que es meterse de golpe ó apresuradamente en alguna parte).

Zapuzado : (Vid. *Silba*, pág. 97).

Zoizos : (Vid. *Silba*, pág. 98 y la 79 de este folleto).

Zumaque : (Vid. *Silba*, pág. 100).

IV

Vocablos ó frases que están en el glosario *del Sr. Cotarelo sin explicación alguna, porque el glosista se limitó á transcribir al pie de la letra la frase en que aparecen sin dar la acepción. Ejemplo:* Berrenda, *13.*—«Tu *berrenda* chiva», *lo cual demuestra que, para tal viaje no necesitaba alforjas, y que dichas palabras maldita la falta que hacían en el* Vocabulario, *como no fuera para llenar espacio.*

Acabalas
A más andar
Adobo
Adormidos
Aguaduchos
Argamandeles
Arguenas
Bausán
Berrenda
Boba
Brezo en casa
Cabecera del almohada
Cadillosa
Capilladas
Corcovo
Cornocales
Corrales
Cucharal
Cudolete
Chacotero
Chirlase
Chirtase
Chupa de palmito
Dama de forja
Desbabada
Don mostrenco
Enamorosas
Encreyente
Estantiguas
Estibal
Farfante
Huidores
Hurona
Jolite
Librea
Mechualón
Merescientes
Modorra
Oliveta de Mallorca
Oriellos
Pergamino virgen
Pobreto (33, t. 1)
Quintanarios
Quistotro
Rapaza
Redondillos
Sambido
Sangual (Don)
Sayuelo
Serpentino (246, tomo 1)
Sisones
Soime salido
Tenazadas
Tripicallo
Zahumate hija, etcétera

V

Vocablos que aparecen en el glosario *del Sr. Cotarelo respecto de cuyo significado el glosista no está muy seguro, pues confiesa que abriga alguna duda acerca de su verdadera interpretación.*

Aflito
Antepuerta
Antuviador
Asmado
Aviones
Azafrán romí
Boix
Bordonera
Corregüela
Despeado
Engotado
Farsa
Festejón
Gallejo
Guaita
Hilofomia
Hostalero
Jareta
Mirabélicas
Portillón
Repulgo
Ronceras
Sensuelva
Sicas
Tabaque de la yesca

VI

Vocablos que aparecen en el glosario *del Sr. Cotarelo y respecto de los cuales confiesa,* AL FIN, *el glosista que ignora su significado.*

Abuchaba **Codochas** **Matalafes** **Párago**

Nota. Como se ve, el hidalgo es sumamente *optimista* juzgándose á sí mismo.

VII

Vocablos que aparecen en el glosario *del Sr. Cotarelo y cuyos significados no tienen más prueba que la honrada palabra del hidalgo, lo cual quiere decir que mientras no dé á conocer los fundamentos que tuvo para establecer tales significaciones, hay motivos más que suficientes para permanecer en una prudente suspensión de juicio.*

Acachorrasen : maltratasen ó motejasen.
Ahoté : quebranté, domeñé.
Armar : sentar ó estar bien una cosa ó prenda de vestir.
Arrufaldado : enfurecido.

Babosillo : mozalbete despreciable.
Bajacerreros : ladrón que hurta fruta por los mercados. (El hidalgo hace la referencia diciendo que la palabra se halla en la pág. 261 del tomo I, y como no es cierto que esté, no podemos comprobar la cita).
Blasón : rótulo ó letrero. (Como el hidalgo dice que la palabra está en la pág. 247 del tomo II, y no es cierto que esté, tampoco podemos comprobar la cita).
Blasonar : manifestar.
Bureos : animales de mar. (¿Sardinas? ¿Almejas? ¿Percebes? ¿Congrios, quizá?)

Calcillas : calzas cortas ó medias calzas.
Caleteros : ladrones que aprovechan las puertas abiertas ó descuidadas. (Como el hidalgo dice que la palabra está en la pág. 230 del tomo II, y no es cierto, tampoco aquí hemos podido comprobar la cita).
Campañas : campos en general, aunque tengan asperezas y montes (¡!).

Caperuza : gorro ó sombrero que traían los criados. (No es lo mismo, señor, *gorro* que *sombrero:* creo que ya se lo he dicho otra vez).
Casa fosca : cárcel.
Cercol : círculo, palestra ó campo para reñir ó disputar. (¡Gran Dios!)
Compiezo : comienzo, principio.
Confeites : confites.
¿Cuántis? : ¿Cuánto va? (¿Cuánto va á que vmd. no da ni una en el clavo?)

Chambariles : útiles ó instrumentos del oficio de zapatero.

De dar y tomar : cosa útil ó en buen estado.
Desbocada : tragona.
Dia dragonis : medicina. (Agrega que *dragonis* será la *dragontea* ó la *sangre de Drago.* Por mí, no hay inconveniente).

Entenada de Miércoles Corvillo : frase proverbial.
Entremés : aquí significa un descanso ó intermedio en la representación.
Entrueja : antoja.
Estada : se usa en oposición á venida ó llegada.

Filomoncia : nombre de capricho.
Fundación : fundición. *(Fundar un hospital:* acción ó efecto de fundirlo con todo lo que tiene dentro).

Gruazo : macho de la grulla (de *la grulla* hembra, se entiende).

Hablamos de ballestas : frase proverbial, etc.

Inseparables gracias : continuas gracias.

La de dos filos : la daga.
Limpiadera : cepillo de limpiar los caballos.

Mastusar : desgreñar, desordenar la barba.
Moixqueta : morisqueta. *(¡Salao!)*

Moxca de Arjona (afuera hay cantos) : parte de un dicho proverbial.

Neguilla : negación.

¡Oxe! : ¡oxte!

Pecilgo : pellizco.
Pollera : conjunto ó nidada de pollos.
Pratel : plato.
Puerta caladiza de portal : puerta que se subía y bajaba en vez de girar lateralmente.

Rapagón : la significación de ladrón es posterior. (¡Por los clavos de Cristo, Mori! ¿Posterior á qué?)
Repastando : apacentando.
Retartalillas : palabras que se consideran ociosas ó impertinentes.
Romano (al) : *al brutesco.*
Roncha : manía, tema.

Sacabuches : véase *Maneras*. (Y visto, sigo pidiendo la prueba del significado).
Saltaritota : bailadora.
Sayalero : parece ser otra cosa del que teje sayales. (Siempre lo creí así, del mismo modo que *zapatero* es cosa distinta del que prepara los cueros para hacer zapatos y *portero* distinto del que hace las puertas. Pero, en fin; explíquese el hidalgo y nos entenderemos).
¡Sicas! : ciertamente.
Sobrehusa : como se ve, podía ser también dulce.
¡Suso! : Ea (Ea, judíos, á enfardelar...)

Terciopelo doble : muy suave, por tener el pelo algo más largo y fino que el ordinario...
Tomamos (las) : Se sobreentiende las de Villadiego.
Traspillada : devorada, consumida.
Traviesas : amoríos.
Trechas : truchas, digo, trazas ó argucias.

Tudesquillo : vestido á manera de herreruelo con mangas.

Veduño : casta ó calidad de las aceitunas. (Como el Sr. Cotarelo dice que la palabra se encuentra en la pág. 22 del tomo II, y no es cierto, tampoco en esta ocasión hemos podido comprobar el significado).

Veta : trementina de veta. (¿Qué es esto, Dios de Israel?)

Vida airada : se hubiera creído más moderna esta *acepción* de la frase. (¿Es que la frase «vida airada» tiene otra acepción? ¡Venga, hidalgo!)

Xerifar : enumerar ó inventariar.

Ximia : mona. (¡No está en el *Diccionario!*, y, por eso, pido la prueba).

VIII

Algunos vocablos y frases que aparecen en las Obras de Lope de Rueda *y á los que el Sr. Cotarelo perdonó la vida, unas veces indebidamente y otras con manifiesta falta de consecuencia, dado el criterio que tuvo para incluir otros semejantes y aún peores* (1).

De la COMEDIA EUFEMIA

Perrero mayor
La de las buenas veces
Dar satisfecho
Caso de poca estofa
Perro rastrero
Caer á una cantonada
Sin registralla al dueño del armadijo
Me pidió por ti (por «me preguntó por ti»).
***Llevantamiento**
Moza de chapa
Coto (por «acoto»).
***Almaciete** (?)

De la COMEDIA ARMELINA

La de los misterios
Redrojo
***Socrocios**
Sobresolado

---

(1) Las palabras ó frases que llevan * no las considera dignas de glosa el Bachiller, pero cree que tuvieron el mismo derecho á ser incluídas en el *Vocabulario* que otras del mismo género que apandó el Sr. Cotarelo. El orden en que se insertan las frases y vocablos no es el alfabético, sino aquél en que aparecen en cada una de las obras.

Estar con los muchos
***Mercadeaba**
Ávense

De la COMEDIA DE LOS ENGAÑADOS

***Engollís**
Darse conclusión
Conformado contra mí
***Salmandera**
Mirá cómo queréis esos bledos
***Doña Negra** (Recordemos á *Doña Bruta* y á *Doñasno).*
Cubrir una capa
Si aquí no nos quieren, acullá nos ruegan
***Don Traidor** (Pudiera ser el esposo de *Doña Bruta).*
Dejáos de esas Francias
Atraviese y pida la plaza
***Dómine Faldetas** (Pudiera ser el cuñado de *Don Traidor).*
Espadas tiradas
Andando á la desconocida
Misa de salud
***Preparatorio**
Picuda
***Anadón** (aumentativo de ánade, como *acemilón* fué el aumentativo de acémila).
***Cumpretas**

De la COMEDIA MEDORA

Margute
Desbabada soy estada
Tal mal venga
Empinándose contra mí
Aquel dolorido
***Doña Gallinilla** (Pudiera ser la madre de *Doña Bruta* y del *Dómine Faldetas*, suegra de *Don Traidor).*
Haz á tu modo
Grasura
Perder el cacarear

*__Don Sardesco__ (Pudiera ser el segundo marido de *Doña Gallinilla*, padrastro de *Doña Bruta* y del *Dómine Faldetas*, suegro político de *Don Traidor*).
Pies de trueno
Don Diablo meridiano
Los pies en las espaldas
*__Micer Horca__ (Tío de *Doña Gallinilla*).
*__Finiestras__
*__Fuesa__
Saldragas
En la color del paño estamos
Vayas (ó vete) **á templar esos laúdes**
Ligar
Desligar
Perdonanzas
*__Paripaticas__

Del COLLOQUIO DE CAMILA

*__Polido__
*__Colloquio__
Hora lícita
Cobijáos esas piernas
Conoscerte ventaja
*__Denantes__
*__Ansina__
*__Lantisco__
Barreñas
Orden (ú ordén) **de la leche**
*__Somo__
Dinos de gracia
*__Vees__
*__Asentar__
Pedro de Urdimales
Enramado de alegría
Dar vuelta sobre mis errantes vacas
*__Subjeta__
*__Entuences__

Con quien tu grado desea
***Huese**
***Respleute**
Pan perdido
***Sorromícalo**
***Millano**
Ánima de campana
***Enxalmador**
***Testimuños**
***Convenible**
Desparcido
Dar asiento
***Congeute**
***Prepuésito**
***Dengollir** (Recordemos el *quengulo).*
***Don Mal Viejo** (Pudiera ser el padre de *Don Traidor*, suegro de *Doña Bruta*, consuegro de *Doña Gallinilla* y enemigo declarado del *Dómine Faldetas).*
***Mostramo**
Rey Adoras
Á mala ves

Del COLLOQUIO DE TYMBRIA

***Testimoñero**
Pastoral
***Mengaña**
***Nigromántulo viudo**
***Arroyo Guijoso** (á legua y media de *Pozuelo de la Jara).*
***Vado del Ciervo** (á trescientos pasos de *Arroyo Guijoso).*
***Falda del Encinar** (colindante con el *Vado del Ciervo).*
Habla sin mote
Trascueco
Miembra
Haces caudal
Bien reñido
En abierto
Mandaria

Pechigona
Á la revuelta
De punta en blanco (acepción notabilísima—tomo II, 110—, sobre todo, comparada con la del mismo tomo, pág. 277).
Aulagas
Tueco (como se halla así tres veces consecutivas, parece no ser errata).
Tierra gruesa
***Peñasco de las Adelfas** (á media legua de *Pozuelo de la Jara).*
Roer el cabestro

Del DIÁLOGO SOBRE LAS CALZAS

Trovar calzas
Andar al moderno

Del DELEITOSO

Paso 1.º

Me la he colado
Ramo (de la taberna).
***Lenseñó**
***Sobrellos**
Á tajo abierto
***Dencima**
***Supido** (¿No hay un *rompido?)*
***Infuntos**
Mis manos por candil
***Dentramos** (¿No glosó *entramos?)*
***Don Rapaz** (Pudiera ser el hijo putativo de *Doña Bruta* y de *Don Traidor*, nieto de *Doña Gallinilla* y de *Don Mal Viejo*, nieto político de *Don Sardesco*, sobrino del *Dómine Faldetas* y confidente de *Micer Horca).*
Esquinar
Yastaba
***Pratos**
***Ande day**

Paso 2.º

Topetando
***Vallado del Corralejo** (Propiedad de *Don Sardesco* en término de *Pozuelo de la Jara).*
Cara pegadiza
Cisternas (sepulturas ú osarios).

Paso 3.º

Darse el buen tiempo
Plumallos
Buho serenado

Paso 4.º

¿Saca burla del tiempo?
Muy cabido con todos
***Buldas**

Paso 5.º

Autenticada
Hojuelas
***Denviar**

Paso 6.º

***Macuerda**
Empar
Ávese
***Ellotro**

Paso 7.º

***Desdel**
***Adreza**
Póngase todo del quebranto

Del REGISTRO DE REPRESENTANTES

Paso 1.º

Roscada
Pescatería

Paso 2.º

Agraciado
***Duendos**
***Albañal del pan**
***Encomienda**
***Hormigueros**
***Jayanes de popa**
***Negro**
***Esgrimir de sobaco**

Voces de... CAZORLA, que se le quedaron al Sr. Cotarelo en el tintero.

Nombres cifrados
Tercea
***Helaquí**

Paso 3.º

Perra, ¿qué haces ahí? (En el sentido de «por ahí te pudras»).
Bajuela
De reposo
Entre dos platos

Paso 4.º

Pasión de harto quilate
Azote de clavo
Trastejar

Paso 5.º

Poner lengua tras de ninguno
Andrajo de paramento
***Don Ladrón** (Está en el mismo párrafo que la famosa *Doña Bruta;* debía de ser algo pariente de *Micer Horca).*

Paso 6.º

Ribaldo
***Don Bellaco** (Primo de *Doña Bruta* á quien *Don Traidor* tenía ojeriza sistemática, tío segundo de *Don Rapaz* y compinche de *Faldetas).*

*

Ávese / **Ábese** (Como el hidalgo vió la palabra escrita con diferente ortografía, creyó, sin duda, que eran dos y las dejó como estaban en el ejemplar que tuvo á la vista).

Del coloquio PRENDAS DE AMOR

Alindada
Altercanza
Garzón

Del COLLOQUIO EN VERSO

***Recontento** (contento con exceso; *¡ye verdá!)*
Lo extremeño
***Mordey**

De DISCORDIA Y CUESTIÓN DE AMOR

Te has resumido
Prende (el cayado).
Aplaceos
***Plauto (el verde)**
Torpedad
Despesar
Págome, no me pago

Del AUTO DE NAVAL Y DE ABIGAIL

***Doña Urraca** (Pudiera ser hermana política del hijo putativo de *Doña Bruta* y de *Don Traidor*, indispuesta con *Doña Gallinilla*, pero grande amiga de *Don Mal Viejo*, aunque enemiga mortal del *Dómine Faldetas*, por cuestiones habidas entre ella y *Don Sardesco*, sobrino del mencionado *Dómine*, de las cuales fueron la causa ciertos amoríos de *Doña Gallinilla* con *Don Ladrón*, administrador del coto redondo que *Don Sardesco* tenía en *Vallado del Corralejo*, término de *Pozuelo de la Jara*, y parte del cual le disputaba *Doña Bruta*, quien, de acuerdo con *Micer Horca*, sostenía el derecho de *Don Rapaz* á la susodicha parte).

*__Don Asnazo__ (Este era un *borde*, hijo de *Doña Asno* y entenado de *Doña Urraca).*
Arrebato (cojo).
*__Aceuta__

De los DESPOSORIOS DE MOISÉN

*__Mostracá__ *(Andacá;* recuérdelo D. Emilio, avive el seso y... no escriba).
*__Poderá__ (D. Emilio pudo glosar esta palabra, diciendo: «Tiempo de verbo usado en la misma forma que lo uso yo»).
Siento : (por alcance, imagino, ó *no sé).*

De la FARSA DEL SORDO

Matiego
*__Huerte__
*__Revellado__
*__Entrueja__
*__Fala__
Destientes
Nos deja como á higa
De vero
Planto
Ledo
Arianzuela
Desequido
Albardado
Pesar de Fez
San de armalla con liria (?)
Tragazón
¡Hucha, hucho!
*__Atán__
Á bufar
Palabradas
*__Tengo una burra y dos potros__ (Maravillosa ocasión para que el Sr. Cotarelo hubiese glosado así: «Parece frase de nuestros días»).

¿Á qué seguir? ¿Acaso no sobra la mitad de lo dicho para que el lector se convenza de que la nueva edición de Lope de Rueda es un *pandemonium* de disparates? El tiempo de que el Bachiller Alonso de San Martín dispone, ¿ha de consagrarse exclusivamente á la doctrina y enseñamiento del Sr. Cotarelo? ¿Podrá acaso éste entender lo que aquél dice? ¿No vale más emplear ese tiempo en hacer una discreta edición del clásico autor?

Sí; y el Bachiller Alonso de San Martín piensa en ello, y pondrá manos á la obra en breve plazo. Pero es lástima que la Academia no haya ahorrado este trabajo, encomendando la tarea á persona de mayores luces que D. Emilio; y es lamentable también, que éste último, en vez de reconocer sus pecados y de agradecer la mesura con que algunos se omitían de propósito por el Bachiller, se haya desmandado brutalmente en su *Satisfacción*, faltando á todas las conveniencias de una controversia literaria, por no ser ducho en delicadezas de estilo, ni entender gran cosa de cortesanías. En el pecado llevó la penitencia, y no será culpa mía si el *vapuleo* que precede le deja lisiado *per omnia saecula saeculorum*

AMÉN.

CORRECCIONES

PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
12	19	no le contesté	no le conteste
14	14	mamo y venero,	amo y venero,
16	2	esta	ésta
27	15	*aportar*	*apostar*
30	5	Rueda	Lucas Fernández
41	31	Nembrot	Nemrod
48	5	haga paciencia	haya paciencia
61	28	arrequifes	arrequives
90	20	**Nómima**	**Nómina**
101	Vocablo **Bonete,** línea 3.ª	A parte	Aparte

INDICE

Explicit feliciter facetissimus liber qui
«Sciant omnes...» (i. e. Obiurgatio) vocatur, adversus
mirabelicam «Purgationem»
ingeniosissimi viri Aemilii Cotarelo
y Mori,
eiusdem Academiae, scriptus,
non sine lepore, vapulatione
et
omnibus cachinnis.
Composuit Baccalaureus Alphonsus de San Martín,
excususque fuit in aedibus
Fortanet,
anno M. CM. X.

OBRAS DEL BACHILLER ALONSO DE SAN MARTÍN

PUBLICADAS

La Hostería de Cantillana (Novela del tiempo de Felipe IV). Madrid, B. Rodríguez Serra. 1902.—Un volumen de 350 págs. en 8.°, con numerosos dibujos de R. Marín. Agotada. (En prensa la segunda edición).

Carmen Gallinaceum. (Letra latina y música. En 8.°, papel de hilo. Cuatro páginas).

Silba de varia lección. Función de desagravios en honor del insigne Lope de Rueda, desaforadamente comentado en la edición que de sus *Obras* publicó la Real Academia Española, valiéndose de la péñola de D. Emilio Cotarelo y Mori.—Madrid. M.CM.IX.—Un tomo de XVI + 104 páginas en 8.°, con un grabado.—Dos pesetas.

EN PREPARACIÓN

Vida y hechos de Don Abilio Aguzadera, luminar de eruditos.

Para que los lectores juzguen de la importancia de esta obra, insertamos el sumario:

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I.—Catástrofes geológicas, atmosféricas y zoológicas que precedieron al nacimiento de D. Abilio: terremotos, aguaceros torbellinos y mortandad de gallinas que hubo en Piloña.

CAP. II.—Nace, al fin, D. Abilio en las Asturias de Oviedo: fecha aproximada del nacimiento y diversidad de opiniones de los biógrafos.

CAP. III.—Infancia de D. Abilio: de lo mucho que tardó en romper á hablar y causas prodigiosas á las que se atribuía tal fenómeno.

LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

CAP. V.—D. Abilio intenta de nuevo aprender á leer, con el mismo resultado que en Pelúgano: convencido de que no puede salir con las letras, sigue el ejemplo de su amo y se mete á componer libros.

LIBRO CUARTO

CAP. I.—Progresos que D. Abilio hacía en la erudición: ve un día en el Rastro un becoquín de orejas, y, tomándolo por un códice, lo merca y lo trae á casa.—De lo que hizo con el códice y horrendos disgustos que le proporcionó.—Famosos cólicos de D. Abilio y ruido que metieron en la Corte: llegan á considerarse como un peligro para el orden público: interviene el Consejo de Castilla.

CAP. II.—De la fuga de unos galeotes á cuyas cabezas puso precio la justicia: D. Abilio descubre el paradero de los fugitivos y los entrega al corregidor.

CAP. III.—Sálese D. Abilio de la casa de Comella y se establece por su cuenta.—Último y desesperado esfuerzo que hizo para aprender á leer y de cómo tampoco ahora salió con su propósito.—Hínchasele la cabeza, por consecuencia de los inútiles desvelos, y tienen que sangrarle de la vena basílica.

CAP. IV.—D. Abilio ajusta un muchachuelo para que le lea y le escriba al dictado.—Primeras obras de D. Abilio y de cómo tuvieron que venderse al peso.—Estalla en Madrid una horrorosa epidemia de cólicos misereres; descúbrese que fueron causados por los alimentos y objetos á que servía de envolvente el papel de dichas obras; amotínase el pueblo contra D. Abilio y quémale la casa donde vivía, en la calle del Burro.

CAP. V.—D. Abilio comienza á padecer de la atrabilis y los médicos le mandan cambiar de aires: piensa en visitar los Santos Lugares y ajusta el viaje con unos hebreos en catorce duros, peseta más ó menos.—Engáñanle los hebreos y, en vez de llevarle á Jerusalem, le llevan á San Antonio de la Florida.

CAP. VI.—De cómo los hebreos le hicieron creer á D. Abilio que el Manzanares era el Jordán y que un horno de cal que había en los alrededores era la Sinagoga.—Muestra D. Abilio deseos de ver el Gólgota y los hebreos le conducen al Cerro del Pimiento; trenos admirables que allí cantó y ronquera que le costaron.—Comen en una taberna y le aseguran que aquel era el lugar en que los judíos celebraban la fiesta de los Tabernáculos y que el tabernero era descendiente por línea recta de Tomás el Dídimo: cree D. Abilio que unos fementidos trozos de abadejo que les dieron eran truchas del lago Tiberiades.—Déjanle sus guías en el Soto de Migas Calientes diciéndole que era Getsemaní.—D. Abilio se queda dormido y al despertar, diputándoles por saduceos, pregunta á unos chisperos, que merendaban con unas majas, cuál era el camino de Capernaum; tómanlo por chunga los de la merienda y le mantean: D. Francisco

de Goya inspírase en aquella escena para pintar un cuadro que tituló *El pelele*.—De cómo D. Abilio regresó á su casa muy maltrecho y atordecido, pero convencidísimo de que había estado en Palestina.

LIBRO QUINTO

CAP. I.—Sigue D. Abilio cultivando la erudición y dictando libros al pendolista.—De la gran fama que le valieron, hasta dar con él en la Academia de los Taciturnos.—Del discurso de entrada, que dijo de coro, haciendo creer que lo leía, y cisco que levantó entre los académicos; petición de la cabeza y de cómo fué grande empresa conseguir que D. Abilio saliese con vida aquella tarde.

CAP. II.—De los libros que después del suceso dictó D. Abilio al pendolista: da á luz uno sobre el conde de Villamedina: indígnase un descendiente del prócer y muele las costillas al autor.—Manda escribir un estudio sobre un fabulista, y éste, al enterarse, le pone verde á alpargatazos.

CAP. III.—De otra obra de D. Abilio que se publicó con el título de *Sidro y los corrales de su tiempo:* sábelo Sidro y le pone un ojo del tamaño de un huevo de pava.—De los estudios sobre el Padre Grabiel; fulmina contra ellos excomunión mayor el Pontífice Romano y le obliga á la restitución *in integrum*.—Hace un opúsculo acerca del Rey Bobo y mándanlo prender.

CAP. IV.—Del proceso y sentencia; le condenan á salir desterrado de la Corte y á no cultivar las Letras durante un año.—Marcha D. Abilio á Portugal montado en un pollino.—Vayas que le dieron los escolares de Coimbra cuando le oyeron decir que el pollino que montaba era pollina; de lo que tuvieron que hacer para sacarle de su error, que es una de las más graciosas aventuras.—D. Abilio gánase la vida en Portugal haciendo papalinas y vendiendo salsufragia.

CAP. V.—Cumplido el tiempo de su destierro, tórnase D. Abilio á la Corte de España y se retira á hacer penitencia voluntaria á casa de Botín.—Sale de allí edificado y con el propósito de abandonar las Letras para siempre.—Dedícase á dar lecciones de danza prima, pero no le producen ningun resultado.—Pone, al fin, mondonguería en la calle Angosta de Majaderitos.—Rótulo en octavas reales que colocó en la puerta del establecimiento.—Mata á palos los primeros cerdos, hasta que un bochín le enseña á degollar.—Logra acreditar la tienda por la superior calidad de sus morcillas.—Vida ejemplar que hizo desde entonces y aprecio en que le tuvieron sus convecinos.

Gramática y Vocabulario de D. Abilio Aguzadera.

(Espécimen del sumario):

CAPÍTULO I.—... Del género de los nombres y ejemplos clásicos de que los acabados en *o* son comunmente femeninos *(asno = pollina)*.

CAP. II.—Del gentil uso que D. Abilio hizo siempre de los pronombres.—Empleo de *este*, *estos*, para denotar la gran distancia del objeto respecto de la primera y segunda persona; y de *aquel*, *aquellos*, para mostrar la proximidad.—Libérrimo y chispeante uso del artículo definido, y de cómo D. Abilio no supo jamás á qué atenerse acerca de esta intrincada materia, á pesar de haber ensayado donairosa y conjuntamente todos los sistemas imaginables.—Consideración especial del relativo *cuyo:* raciocinio admirable de don Abilio acerca de la na uraleza de aquel pronombre; de cómo descubrió que era, al mismo tiempo, relativo y posesivo; ley de D. Abilio: *siendo* CUYO *posesivo, equivale á* EL CUAL; corolarios importantísimos de esta castiza fórmula y aplausos que por su descubrimiento obtuvo de sus conterráneos.

CAP. VI.—De la concordancia en los escritos de D. Abilio y de las peregrinas invenciones que en este punto hizo el insigne filólogo de Piloña.—De cómo hacía concordar en ciertos casos el adjetivo con el sustantivo en género, pero no en número.—De cómo en otros casos hacía concordar el adjetivo con el sustantivo en número, pero no en género.—De cómo en distintas ocasiones mostraba su amplitud de criterio no admitiendo la concordancia del adjetivo con el sustantivo ni en género ni en número y liándose la Gramática á la cabeza.—De la concordancia del verbo con el sujeto y de cómo D. Abilio demostraba en ella la misma amplitud de criterio antes citada, estableciéndola unas veces según el número y la persona; otras según el número, pero no según la persona; otras según la persona, pero no según el número, y otras prescindiendo del número y de la persona.

CAP. X.—Del uso de los verbos en los escritos de D. Abilio.—Consideración especial del verbo *deber* empleado como auxiliar.—Regla descubierta por D. Abilio y practicada por él con plausible constancia, y de cómo, según aquélla, ha de decirse y escribirse: *deber de*, para expresar seguridad ú obligación, y *deber*, á secas, para expresar probabilidad.—Lindezas en el uso de los tiempos del verbo.

CAP. XV.—Frases notables de D. Abilio.—De cómo dijo un día que: «Cuando ni para pan tenía nadie dinero bastante, no había de ir á *emplearlo* por su voluntad en ver desdichas fingidas que *forzosamente y demasiado reales* tenían que sufrir todos».—De cómo escribió de su contemporáneo y amigo Manuel García, que había cantado en Cádiz, «no sin *ingerir* trozos musicales de su composición, probablemente cortos».—Seguridad con que afirmó que *un traductor* de su tiempo estaba «en romance endecasílabo y *dividida* en cinco actos».—Otras frases raras y curiosas.

CAP. XVI.—De la prosodia y de la ortografía de D. Abilio.—Del extremado valor demostrado por D. Abilio en el uso de las cacofonías y sonsonetes, y maestría insuperable que llegó á conseguir en tal materia.—Grandes trabajos realizados por D. Abilio para descubrir

el verdadero sonido de la *x*, y de cómo se persuadió de que su legítima pronunciación había de encontrarse entre las lechuzas.—Expediciones que con ese objeto llevó á cabo en los desvanes de las iglesias y sustos y batacazos formidables que le costaron.—De cómo llegó á penetrar con toda claridad la pronunciación de las lechuzas, diciendo luego con galana frase que «si el *oído* no le engañó las veces que las había *oido*», «su *voz ó silbido* semejaba á *serie de jotas* seguidas y pronunciadas sin vocal alguna ni vibración de la tela del paladar».—Brío con el cual D. Abilio quitaba y ponía *h h* y acentos á los vocablos.

CAP. XVIII.—Del arte métrica y de la generosidad de miras de D. Abilio en cuestión de versos.—Pruebas que dió de su buen natural admitiendo por endecasílabos versos de diez y seis sílabas; por octosílabos, versos de doce sílabas; por octavas reales, seguidillas, y, por sonetos, composiciones de treinta y dos versos y pico.—De cómo leyó un día:

«¿El dar voces, qué importa,
si en ellos ni el hacha de armas corta?»

y dijo que el segundo verso era mucho mejor que el primero.—De cómo reconoció sinceramente lo mismo cuando topó con estos dos:

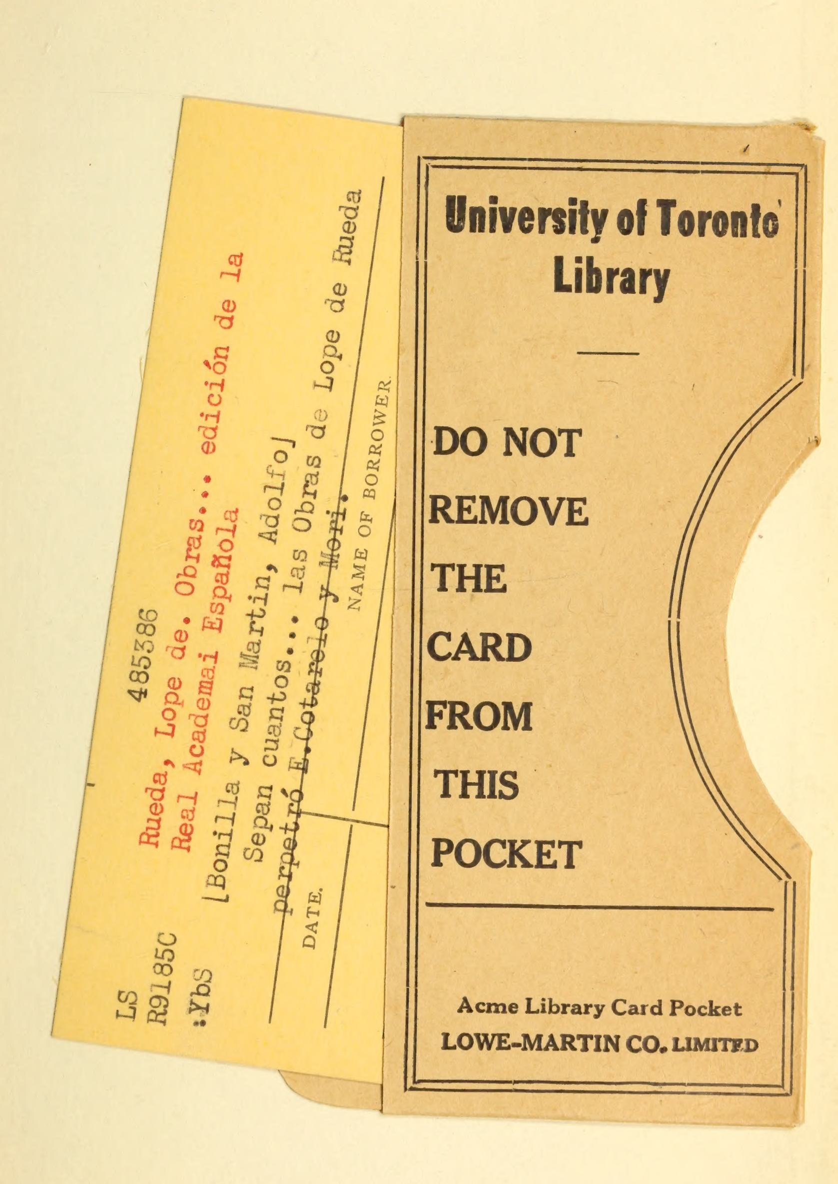
«Cuando nos persuadas
á empresas de más riesgos y más sudores.»

—De otros datos que acreditan la finísima oreja y el acendrado buen gusto poético de D. Abilio.

Segunda parte de la Vida y hechos de Don Abilio Aguzadera, luminar de eruditos.

Enciclopedia de Manuales populares, Vol. I. MANUAL DEL VERDUGO, por Miguel Zancada, verdugo de la Audiencia de Ciudad Real. Madrid. 1905. (En realidad, se trata del *Manual de Sociología Obrera*, por D. Tomás Alarcón y Serrano de la Jiba, Profesor libre de Filosofía obrera en la Universidad Central).—Un folleto de 48 págs. en 8.° Tres reales.

PRECIO: 3 PESETAS


LS
R9185C
:YbS
485386
Rueda, Lope de. Obras... edición de la
Real Academai Española
[Bonilla y San Martin, Adolfo]
Sepan cuantos... las Obras de Lope de Rueda
perpetró E. Cotarelo y Mori.
DATE.
NAME OF BORROWER
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED